

SÍLVIA VILACOBÁ

SIEMPRE JUNTOS



Siempre juntos

Sílvia Vilacoba

ISBN: 9798376543191
Sello: Independently published

Título: Siempre juntos
Sílvia Vilacoba © 2023

Cubierta: Rachel Design.
Maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis hijas, Nina y Cori.

«El amor no tiene curación, pero es la única medicina que cura todos los males».
LEONARD COHEN

«(...) me libero mientras abro las ventanas a una nueva primavera, aunque las noches sean largas, que los días corren deprisa, y no pueda atrapar el tiempo entre mis manos, me libero como las mariposas que levantan el vuelo».

Traducción del poemario “Atreveix-te a entrar” de MONTSE PELLICER MATEU

«Porque cuando un hombre ama a una mujer lo sabe desde el momento en que la ve. Y no importa si algo falla, de la mano de quien vaya, si se ríe o si se calla».
“La promesa” de MELENDI.

Capítulo 1

Se levanta sin hacer ruido y se va hacia la ducha. La habitación está a oscuras, solo entra un poco de luz por las rendijas de la persiana del cuarto de baño.

Vestido no pasa desapercibido, pero desnudo está mucho mejor. Tiene un cuerpo atlético y bronceado. Camina hacia la ducha, con paso decidido y sensual, se le marcan los músculos, especialmente los abdominales, las piernas y unas nalgas bien formadas, redondeadas y firmes. Cualquiera diría que ha salido de un anuncio de perfume.

El agua templada le resbala por encima de la cabeza y por el cuerpo, y por enésima vez, oye la voz de su madre diciéndole: «Martí, Martí... ¿cuándo vas a sentar la cabeza?».

Sabe que ha llegado la hora de sentar la cabeza. Ya basta de rollos de una sola noche. Tiene treinta y ocho años. Ha disfrutado de la vida y de su soltería. No ha tenido la necesidad de atarse a ninguna mujer porque, de siempre, ha tenido las que ha querido. Además, ha podido viajar y hacer lo que le ha venido en gana.

Sale de la ducha con los cabellos y el cuerpo húmedo; la toalla blanca atada en la cintura. Mira a la chica que está en la cama. «Veinticuatro años, me dijo que tenía. ¡Caramba!».

Recuerda que estaba sentado en un taburete de la barra del bar de la discoteca de Roses, cuando ella se acercó para pedir un *gin-tonic*. Mientras esperaba, entablaron conversación. Él fue el primero; sabe que es un experto. La chica, con un catalán bastante correcto, le explicó que era francesa, de Toulouse. Guapa, delgada, simpática y abierta. Llevaba un vestido corto blanco con volantes, que insinuaba lo que había debajo, y unas sandalias planas. Casi sin maquillaje (no le hacía falta), solo la línea y el rímel de color azul en las pestañas que le resaltaban aún más el azul de sus ojos. Los cabellos negros, lisos y largos hasta media espalda. Una piel clara, pero bronceada de unos cuantos días al sol. Después de presentarse no pararon de hablar, de reír, de beber, de bailar... besos, tocamientos y a la cama.

Acabaron en el apartamento de ella, más bien de los padres de ella, en Santa Margarida, delante del mar. Un apartamento pequeño pero acogedor. Anne-Marie había pedido a su amiga si podía desaparecer para poder estar a solas con él. Y la amiga lo hizo. No sabía dónde ni con quién se marchó.

Ahora, allí, de pie, la contempla mientras duerme. No puede dejar de sonreír. Se lo han pasado bien. «Una chica sumisa», piensa. Unos segundos más... recoge su ropa, que acabó tirada por el suelo, y se viste.

Está tan dormida, que no se atreve a despertarla. Quizá no sea la mejor manera de despedirse, pero no se lo piensa dos veces. Ha encontrado un trozo de papel, le ha dejado una nota y ahora cierra la puerta suavemente tras de sí.

Tiene que ir a buscar la moto, que ha quedado en el aparcamiento de la disco. No queda lejos, pero antes tomará un café. Lo necesita. Se dirige hacia el paseo Marítimo. El sol se ha levantado y empieza a calentar. Son pasadas las once de la mañana de un domingo que se presenta espléndido.

Capítulo 2

Entra en una cafetería y al instante, oye una voz que lo llama:

— ¿Martí?

— Eh, ¡Sofía! ¿Qué haces tú por aquí? —le dice mientras se le acerca y le da dos besos.

— Ya lo ves, desayunando.

— Yo también he venido para tomar un café. ¿Y este chico tan vivaracho que te acompaña?

— Es Nico. Di «hola» a Martí, Nico.

— Hola, Martí.

— Hola, Nico, ¿cómo estás?

— Bien. ¡Mamá! Va... vamos. Me has dicho que iríamos a jugar al fútbol en la playa.

— Sí, cielo, un momento.

— ¿Juegas a fútbol? Yo sé bastante. Si me dejas un momento para tomar el café, un cruasán y voy a hacer unos cuantos pases contigo. ¿Te parece bien?

— ¡Sí! ¿Verdad que puede, mama?

— Claro que sí. Vaya, si no te es molestia —dice, dirigiéndose a Martí.

— Pues ve a preparar una portería justo aquí delante y así ganamos tiempo. Mientras, desayuno y hablo un rato con tu madre.

Nico se va contento con la pelota debajo del brazo.

— Tiene un carácter muy abierto tu niño.

— Es cierto. Enseguida se hace con todo el mundo.

— Así me gustan los chicos simpáticos y decididos.

— Hombre, tú tienes experiencia con los niños de la escuela. Sabes cómo tratarlos.

— A veces no es tan fácil... ¿Qué hacéis por aquí? ¿De vacaciones?

— No. De hecho, ahora vivimos aquí.

— ¿Sí? No lo sabía.

— Es normal que no lo supieras. Justo después de la boda de Paula surgió la posibilidad de abrir una nueva farmacia, y la verdad es que no me lo pensé dos veces. Los dos necesitábamos un cambio, y mira, ya lo ves. ¿Y tú, qué haces? Si me lo quieres explicar, claro...

— Una noche loca. Un poco de resaca y un café. Nada en especial.

— ¡Martí! ¿Vienes? —la voz de Nico lo avisa de lejos.

— ¡Ya voy! Hasta luego. Voy a probar mis aptitudes —le dice a Sofía, mientras le hace un guiño.

Antes de poner los pies en la arena se quita los zapatos, unas *náuticas*. Ella se lo queda mirando. “Es realmente atractivo”. Desde la boda de Paula que no había sabido nada de él, aunque más de una vez tuvo la tentación de preguntarle a su amiga por él, nunca lo había hecho.

Al momento, le suena el móvil. Se sobresalta. Últimamente cada llamada es un susto.

— ¡Ah! ¡Hola, Paula!

— ...

— Bien, estoy bien. No te preocupes. Además, ¿sabes a quién acabo de encontrarme?

— ...

— A Martí, el hermano de Andreu, el marido de tu amiga Nuria.

— ...

—Sí, pura casualidad. En este momento está jugando con Nico a la pelota, justo aquí enfrente, mientras yo termino de desayunar.

—...

—Sí, sigue tan guapo como lo recordaba —le dice riendo.

—...

—Va, ya sabes que no estoy para romances. Ahora quien me preocupa es Nico.

—...

—De momento, ninguna novedad. Hablé con el abogado y me comentó que dentro de poco saldría en libertad. Que ya me avisaría.

—...

—Eso espero. Estoy nerviosa. Me da miedo.

—...

—Sí, ya sé que estoy lejos y que no sabe que me he trasladado, pero aun así... no dejo de pensar en ello.

—...

—¿Nico? Muy bien. Contento y feliz.

—...

—Sí. Ya te llamaré mañana. Pasa un buen día.

—...

—Adiós, guapa.

Los mira. Están jugando y divirtiéndose. Martí deja que Nico juegue con la pelota y le marque un gol. El niño explota de alegría. Luego lo coge en brazos y se dejan caer por la playa riendo.

Sofía paga y va a su encuentro.

—Ya veo que os lo pasáis muy bien, pero Martí quizá ha de marcharse...

—¿Te tienes que marchar? —le pregunta Nico en un hilo de voz, deseando una respuesta negativa a su pregunta.

—La verdad es que no tengo nada que hacer.

—¡Lo ves, mamá! Va, continuemos chutando.

—Espera, Nico. Quítate la camiseta que hace calor y te voy a poner un poco de protección solar.

Sofía extiende la toalla que lleva en el capazo, y se sienta encima. Acto seguido, le quita ella la camiseta y le pone la crema.

—Martí, ¿quieres que mi mamá te ponga crema? —le pregunta Nico.

Martí la mira y sonríe. De golpe, una corriente eléctrica los sacude y Sofía se estremece.

—Ya me gustaría, pero no me hace falta. Tengo la piel muy morena.

—Eso no es ninguna excusa. Todas las pieles tienen que protegerse —le dice Sofía mientras se levanta y le hace una señal para que se quite también la camiseta para ponerle protección solar.

Nico se ha apartado de ellos con la pelota.

—Perdone. No me acordaba de su faceta de farmacéutica —le dice mirándola a los ojos.

Ella se ríe, y a la vez se siente estúpida.

—¿Se está burlando de mí?

—No. Al contrario. No era mi intención.

Cuando Martí se quita la camiseta, Sofía no puede evitar fijarse en los abdominales y, más abajo, en los calzoncillos, que le sobresalen de los pantalones azules. Por suerte, él se gira,

porque de golpe ella se ha puesto más que roja.

Se da cuenta de que le tiemblan las manos. «Venga, mujer, tranquilízate» se dice.

Se pone un poco de crema en la mano y la extiende por su espalda. Le llega el olor de agua fresca y mentolada. Se le corta la respiración «Qué torso más amplio. Vestido no lo parece», piensa mientras le hace masajes para que la crema se vaya filtrando. «Es muy guapo. Es atractivo y lo sabe».

—Tienes muy buenas manos. ¡Me encanta!

—¿Quieres más en alguna otra parte? —le dice ella, con la voz entrecortada.

—Ya me gustaría, pero tu hijo me espera. ¡Ya voy, Nico! —exclama mientras se levanta con ímpetu.

Sofía se queda de piedra, estupefacta, temblando e incapaz de dar ninguna señal de inteligencia. Tiene calor. Se traga la saliva. Se sienta en la toalla, se pone el sombrero de paja en la cabeza y, poco a poco, la respiración vuelve a la velocidad normal.

Lo mira de lejos. «Este hombre es puro sexo» se dice a sí misma. ¿Cómo podía ser que no se hubiera dado cuenta en la boda de Paula?

Han pasado dos horas muy rápidamente y divirtiéndose. Han jugado y han entrado juntos en el mar. Martí no ha tenido ningún reparo en meterse con el bóxer.

Él tampoco ha podido dejar de mirarla. Admirar su cuerpo. Es delgada, con la piel tersa y toda ella bien proporcionada. Nadie diría que ha sido madre. Tiene la tripa bien plana y unos buenos pechos. «Noventa», le dice su subconsciente. No recuerda exactamente su edad. ¿Treinta y cinco, le dijo que tenía el día de la boda?

Después de intercambiarse los números de móvil, se despiden con el compromiso y la voluntad de verse de nuevo. Pronto.

Capítulo 3

Estamos a mediados de julio, en plenas vacaciones de verano y Martí se pasa las mañanas en la escuela con otros maestros recogiendo el material del curso pasado y preparando el nuevo para el siguiente. Por las tardes, se queda en su casa leyendo o mirando la televisión, tumbado en el sofá, y al final del día, cuando el sol comienza a ponerse, coge la moto para ir a dar una vuelta hasta la playa. Le gusta especialmente la zona de Cadaqués y Portlligat. Disfruta de las curvas y de las calas con poca gente. Si tiene más tiempo, cuando Andreu, Nuria y sus sobrinos están en Roses, en el velero, les hace una visita.

Martí también tiene un velero, pero no tan grande como el de su hermano. Ha hecho algunos viajes por el Mediterráneo, incluso uno en solitario hasta Génova, en busca de las raíces de un antepasado que estuvo allí en torno al año mil setecientos treinta, en la época que los contrabandistas y los piratas eran los dueños del Mediterráneo y de la Costa Brava.

Pero hace un par de años se compró la moto y, desde entonces, ha dejado a un lado las salidas por mar. Le gusta la aventura, el riesgo, la libertad y en este momento se lo pasa mejor poniéndose los tejanos, la chupa de cuero negro, subiéndose a la moto y... a correr. Con seguridad y precaución, pero correr.

Este año tiene previsto ir a Alemania con su compañero y amigo de toda la vida, Gerard. Los dos tienen motos de gran cilindrada. La de Martí es una *Honda 500* de color rojo, equipada con dos bolsas en los laterales para llevar la ropa. Hace meses que están planeando el viaje. Tienen intención de irse a finales de julio y dedicar entre diez y quince días para recorrer todo el país. El año pasado estuvieron en los Países Bajos y les encantó.

Ahora, después del encuentro con Sofía y su hijo, tiene pereza de volver a su casa. Por ese motivo se ha ido hasta el puerto de Roses.

— ¡Hola, familia! ¿Qué tal?

—Hola, tío —contestan Pere y Mar, al unísono.

—¿Cómo estáis? —les pregunta mientras los abraza.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, también. Pero quizá no tanto como vosotros.

—¿Qué tal, Martí? —lo saluda Andreu, acercándosele y se estrechan las manos.

—¡Muy bien!

—¡Nuria! Ven. Tenemos visita.

—Hola, Nuria.

—Hola, Martí —contesta, y le da dos besos.

—¿Qué haces por aquí, hermanito?

—Dando una vuelta.

—¿Dando una vuelta? ¿Seguro? Son poco más de la una del mediodía. Pensaba que a estas horas aún dormías.

—Pues, ya ves que no. De hecho, vengo de la playa e incluso me he bañado.

—¿Te apetece un café? —le pregunta Nuria.

—Mejor una cerveza fresquita.

—Otra para mí —le pide Andreu.

Mientras, los niños ya se han ido a jugar por su cuenta a las cartas en la sombra.

—Va, explica —insiste Andreu.

—¿Qué quieres que te explique?

—¿Qué hacías en la playa?

—Bañarme, ya te lo he dicho.

—Me engañas. Me escondes alguna cosa. Seguro que no estabas solo.

—¡Cómo eres!

—Te conozco. Eres mi hermano.

—Ya. Pues sí. Estaba con una mujer preciosa, jugando al fútbol con su hijo de cuatro años.

—Una mujer separada y con un hijo. Eso se pone interesante.

—¿Por?

—Pues porque ya no es la típica jovencita de veinte años con quien te sueles relacionar.

—Bueno, antes sí —se le escapa.

—¡Ay! Deja que lo acierte. Te has liado con una de veinte, pero como no has estado a la altura, te ha mandado a paseo antes de lo previsto, y después te lo has hecho con una de treinta que a las diez de la mañana tenía que recoger a su hijo en casa de su ex. Le debes haber dado pena a la chica... ¿Es así como ha ido la cosa?

—No exactamente, señor que quiere controlarlo y saberlo todo.

—Pues explícame, que me tienes intrigado.

—¿Y por qué tendría que explicarte más?

—Pues, porque soy tu hermano mayor, tu confidente y porque estoy al tanto de todos tus asuntos amorosos.

—No sé si quiero hacerlo...

—¡Un secreto! Eso quiere decir que hay alguna cosa especial en ello.

—Puede ser.

—Va, dímelo.

Nuria interviene en defensa de Martí:

—Deja tranquilo a tu hermano, Andreu. Ya te lo explicará cuando tenga ganas y sea el momento. ¿A qué sí?

—Claro. Gracias, Nuria. Mi hermano... ya ves...

—Solo dime una cosa: ¿la conozco?

—Para ya, Andreu —repite Nuria.

—Si no me lo cuenta es porque la conozco y no quiere que lo sepa.

—Basta ya. Parecéis dos niños. ¿Cómo va por la escuela? ¿Ya lo tenéis todo listo para poder ir de vacaciones? —le pregunta Nuria con la idea de cambiar de tema.

—Sí. Todo está ordenado y a punto para el curso que viene.

—Andreu me ha comentado que con Gerard os iréis a Alemania en moto, ¿no?

—Sí. Ya prácticamente lo tenemos todo a punto. Tenemos intención de marchar dentro de diez días, justo a finales de mes. Precisamente, mañana he quedado con él para acabar de concretar algunos detalles.

Andreu se levanta.

—Os dejo. Me voy.

—Lo siento. No sabía...

—No sufras, Martí. Andreu ha quedado para comer a la Gallega con Paul i Jan para celebrar no sé qué de Jan. Yo y los niños nos quedamos aquí. Por cierto, ¿te apetece quedarte con nosotros? He preparado un poco de pasta.

—¿Seguro? ¿No te molesta?

—¡Claro que no!

—Pues dime en qué te puedo ayudar.

—En nada.

Andreu se va. Pero antes se despide de sus hijos y le da un beso apasionado a Nuria.

—Me gusta veros tan felices.

—¿Sí?

—Sí. Has sido un revulsivo en la vida de Andreu, ya lo sabes. Y sé que él está muy enamorado de ti.

—Yo también lo estoy.

—¿Cuándo vais a formalizar vuestra relación? Sé que te ha pedido que os caséis.

—Sí, es cierto, pero no tengo prisa. Además, ha estado un año con muchos cambios. Estoy bien como estoy. Quizá cuando menos os lo esperéis... ¡Quién sabe!

—Muy bien, pero sepas que me gustaría mucho ser vuestro padrino de boda.

—¿Sí?

—Sí. Me encantaría hacer un discurso tierno y romántico. Me gustaría hacer llorar a mi hermano, él que es tan formal —le dice con una sonrisa pícaro.

—¡Lo dices en broma!

—No, lo digo en serio.

—Si al final damos el paso, estaré encantada que lo seas. Pero va, cambiemos de tema. ¿Me quieres explicar alguna cosa sobre tu nueva relación?

—No hay ninguna relación. De verdad. Por cierto, te quiero pedir algo.

—Dime.

—La amiga de Paula, Sofía, ¿te acuerdas de ella? Compartimos mesa en su boda...

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Qué sabes de ella? ¿Sabes que vive aquí en Roses?

—¡Es ella! ¿La has visto?

—Bueno... No... Quiero decir... sí. Por donde empiezo, nos hemos visto esta mañana, un encuentro fortuito, y me han venido ganas de saber más cosas de ella.

—Tampoco es que sepa mucho. Es amiga de Paula de su época universitaria. Sé que Paula es mayor que Sofía. De hecho, cuando Sofía empezó la carrera de Farmacia, Paula estaba adscrita al departamento de Biología, y preparaba su tesis doctoral.

—Eso ya me lo comentó el día de la boda de Paula. Me dijo que le fue de gran ayuda y que su amistad empezó entonces.

—Después se casó con un chico que había sido capitán del equipo de *rugby* y creo que trabajaba o trabaja en la Bolsa de Barcelona. Sofía estaba muy enamorada de él, pero a Paula no le gustaba mucho. Aun así, siempre han sido muy buenas amigas. También me comentó que Sofía quería tener hijos pronto, pero él no. No sé si fue eso la causa de su separación, pero justo cuando se quedó embarazada, se separaron. Sé que la cosa tampoco acabó bien.

—Y...

—Nada más. Paula me lo explicó hace unos cuantos meses. Me dijo que le había salido la oportunidad de abrir una farmacia en Roses y que ella y su hijo...

—Nico —la interrumpe.

—Eso, Nico, necesitaban un cambio y salir de Barcelona. No sé nada más. Tampoco soy mucho de preguntar si las personas no quieren explicar. Yo, antes de la boda, hacía unos cinco años, más o menos, que no había coincidido con ella. Por cierto, la encontré muy guapa y simpática. ¿No crees?

—Sí. Tuvimos un buen *feeling* enseguida. Y la boda fue de lo más amena, gracias sobre

todo a ti.

—Gracias, pero no hay para tanto. Venga, vamos a comer. ¡Niños!

Capítulo 4

Por la noche, ya cuando Nico se ha dormido, se sirve una copa de vino negro, se tumba en el sofá con el pijama puesto y se relaja mirando una película.

No puede concentrarse. Martí la ha trastornado un poco. Su voz, grave y seductora a la vez; aquellos ojos de color medio verdes, medio azules, brillantes e intensos; los cabellos de castaño oscuro un poco largos y despeinados; y aquel cuerpo... ¡Uf, qué cuerpo!

Finalmente, se queda dormida pensando en sus palabras, unas palabras que resuenan en su interior.

A la mañana siguiente todo y todos vuelven a la rutina. Nuria se ha ido a pasar el día con los chicos del centro; hoy toca hacer un poco de piragua. Le encanta dedicar parte de su tiempo a los demás y en especial, a los jóvenes con discapacidad. Andreu y los chicos se quedan en el velero, pues están de vacaciones. La madre de estos, hace pocos meses que ha empezado una relación con Darío, un compañero del hospital donde trabaja, de origen argentino, y se ha ido de viaje con él a su país.

Martí continúa programando sus vacaciones y acabando de recoger las últimas cosas en la escuela.

Y, no sabe el porqué, pero no puede dejar de pensar en Sofía. Ha decidido que hoy sabrá dónde está la farmacia, y quién sabe si la invita a tomar un café.

Y Sofía, contenta por cómo le van las cosas. Contenta por la decisión tomada hace ya ocho meses: irse de Barcelona y del ambiente que la oprimía. Fue una suerte poder traspasar la farmacia que regentaba allí, y abrir otra nueva en Roses, todo esto en poco tiempo. Necesitaba poner un muro, y la oportunidad surgió. Además, Nico se ha adaptado completamente al colegio que está cerca de la farmacia y del piso donde viven. No le extraña. Es un niño abierto y simpático.

En este momento, Nico está participando en las actividades que organiza la asociación de padres de la escuela, así Sofía puede dedicarse a su trabajo en la farmacia. Allí, la ayuda Carla, que hace pocos días que ha vuelto de vacaciones. Durante estos dos meses de verano, también cuentan con Elisabet, una chica que está en el último curso de farmacia y que Sofía ha contratado en prácticas.

Son casi las cinco de la tarde cuando Sofía sale de su clase de defensa personal. Una moto pasa por su lado. Es Martí, pero ninguno de los dos se ha percatado de la presencia del otro.

Elisabet ya ha abierto la farmacia y atiende al primer cliente. Es una chica sana y responsable. Seguro que será una gran farmacéutica y, además, domina el inglés. Por contra, Sofía y Carla se defienden mejor en francés y, en esta época de verano, en la farmacia, saber idiomas es casi imprescindible.

—Te lo quería comentar esta mañana, pero con tanta gente no he podido. Se te ve contenta...

—¿Sí?

—Sí. Esta mañana te he oído canturrear y nunca antes lo habías hecho. Me ha parecido que algo te había hecho sentir bien.

—La verdad es que estoy alegre, pero no por nada en especial.

De golpe siente la necesidad de llamar a Paula y quedar con ella. Aún no tiene la suficiente confianza para explicar sus interioridades a Elisabet. Puede que otro día.

Desde que Sofía se trasladó a vivir a Roses se encuentra con Paula, como mínimo una vez al mes, para cenar y ponerse al día de sus cosas. Normalmente, quedan en Figueres, aunque a veces Paula se desplaza hasta Roses para ver a Nico.

Esta vez no ha sido diferente. Quedan en el Antaviana de Figueres. Nada más verla y sentarse le dice:

—Explícamelo todo.

—No sé por dónde empezar.

—Te ha atrapado. Martí te ha abrumado. No me extraña. Se te nota, tienes los ojos brillantes.

—¡Ostras...! Es muy atractivo y lo sabe. Pero ya sabes que yo...

—¿Que tú qué? Es hora que rehagas tu vida, ya han pasado cinco años. ¡Cinco!

—Sí, pero Martí...

—Bueno, ya lo sé... No puedo decir que sea un santo, pero quién sabe...

—Tengo la sensación que esta vez ha habido una atracción especial. El día de tu boda nos lo pasamos bien, hubo *feeling*, pero no saltaron chispas, ¿me entiendes?

—Claro que lo entiendo. Quizás no era el momento.

—¿Y ahora lo es? No estoy segura de ello. Creo que él se ha quedado tan ancho. Además, he hecho un papel tan idiota...

—¿Por qué lo dices?

—Porque él sabía que me provocaba ciertas reacciones. Seguro que he quedado fatal. ¡Ha sido patético!

—¿Seguro?

—Sí.

—Haríais una muy buena pareja.

—Sería una locura y lo sabes. Además, no sé si él me interesa tanto como para enredarme en una relación sin futuro.

—Ya. Eso no te lo crees ni tú. Me has hecho venir. —Sofía lanza una mirada desafiante a su mejor amiga.

—¡Una locura agradable! ¡Déjate llevar, Sofía, créeme!

—Soy feliz como estoy. Disfruto de mi libertad y de Nico. No quiero cambiar nada. No quiero enredarme con él por muy guapo que sea. No es la clase de hombre por quien me conviene sentir atracción. Es un don Juan. Es tan encantador que la gente hace lo que él quiere, pero convencidos que lo hacen por propia iniciativa. No sé... En todo caso, necesito un hombre fiel, protector, que me cuide a mí y también a Nico, y no creo que él encaje en este perfil.

—No sé qué decirte. Yo me lanzaría. Hace cinco años que no has salido con nadie, y por primera vez te veo entusiasmada. No quiero forzarte a nada. En todo caso, ya me explicarás como te va —le dice riendo, mientras le guiña el ojo.

Capítulo 5

Es media tarde. Una tarde soleada. Viste unas bermudas y una camiseta rosa chicle que le resalta con la piel bronceada. Andreu está estirado en el sofá, descalzo, con los pies sobre un puf y saboreando una cerveza bien fría, mientras mentalmente está haciendo un repaso a este último año al lado de Nuria. No puede sentirse más feliz. Ha sido un año de cambios; cambio de casa, cambio de vida, una nueva al lado de Nuria en Figueres; cambios y novedades en el trabajo de los dos... y sus respectivos hijos, contentos y felices. De pronto, le suena el móvil y se sobresalta. Estaba totalmente ensimismado en sus pensamientos.

—...

—Sí. Soy yo.

—...

—¿Cómo dice? ¿De la embajada de Buenos Aires?

—...

—Sí, es mi ex. Darío es su actual compañero, contesta mientras se levanta de golpe.

—...

—¿Están seguros de que son ellos? —dice mientras camina de arriba abajo por la cabina.

—...

—Entiendo.

—...

—Sí, tengo el pasaporte en regla. De acuerdo.

—...

—Gracias. Allí estaré.

No se ha dado cuenta. Mientras hablaba se ha levantado y ha empezado a caminar sin parar. Cuando cuelga se deja caer en el sofá y se pone a llorar tapándose la cara con las manos. La cabeza le está a punto de estallar. De golpe, le vienen un montón de preguntas y dudas: «¿Cómo puede ser? ¿Qué haré? ¿Cómo se lo diré a los niños?» Está tan absorto en estos pensamientos que no oye que Nuria llega.

—¡Hola! ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —le pregunta mientras se le acerca.

—Eh, Nuria, siéntate.

—Me asustas —contesta. Andreu la coge de las manos.

—Consol y Darío han tenido un accidente. Han muerto.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Un funcionario de la embajada de Buenos Aires me acaba de llamar desde Argentina. Solo me ha dicho que viajaban en helicóptero y que se han estrellado. Han muerto, Nuria. Quieren que vaya para identificarlos y también para todo el tema burocrático. Consol no tiene familia y por lo tanto...

—No sufras. Lo entiendo. Debes ir.

—Pero los niños...

—Yo me ocuparé de ellos. No te preocupes por eso.

—No sufro por eso. ¿Cómo se lo voy a explicar, Nuria? —le dice entre lloros.

—Encontraremos la forma —responde ella mientras lo abraza.

Nuria no había visto a Andreu tan frágil... Bueno, recuerda el día de su secuestro, de lo

pálido que estaba y de cuando le explicó el suicidio de Raquel. Ahora, esto es diferente. Ahora se trata de su familia.

Capítulo 6

Intenta ignorar el magnífico cuerpo que tiene delante, buscando en sus pensamientos algo que la abstraiga de lo que ve. Pero no sirve de nada. Este hombre es perfecto. Continúa quieto, aquí, de pie, con la cabeza un poco inclinada, mirándola de una forma penetrante e intensa. Los cabellos despeinados del color de la madera del cerezo, la boca entreabierta. Ella ve como se le hincha el pecho... Respira hondo. «También está nervioso. Su respiración parece un poco acelerada. Está jugando conmigo» se dice a sí misma.

—Te estaba esperando.

—Sí. ¿Pero así?

—Sí, la verdad es que sí. Es en lo único que he pensado desde el domingo pasado.

Su actitud es segura y decidida. La mira con determinación, y su mirada le dice que está a punto de morir de placer. Tendría que marchar, pero por más que quiera, no lo hace. Baja la vista primero hasta sus abdominales, después continúa más abajo hasta la altura de la entrepierna. Incluso por encima de los tejanos se percibe que está completamente excitado. Ella también.

Su cuerpo se bloquea por culpa del pánico y de los sentimientos contrapuestos. Su mente que está en conflicto hace que se mueva mientras separa los labios e inspira profundamente. Agacha la cabeza.

—Relájate, Sofía —la tranquiliza con su voz suave—. Sabes que lo estás deseando.

Claro. Solo tiene que mirarlo. Se queda quieta. Cuando él empieza a acercársele lentamente, con los ojos clavados en los suyos, nota su corazón golpeándole el pecho, acelerando el ritmo. Lo tiene a pocos centímetros. Le llega su perfume fresco, de menta y eso le provoca que se le tense involuntariamente el cuerpo. Él la mira fijamente. Está a tocar, pero no la toca.

—Gírate —le ordena con una voz suave.

Ella obedece. Poco a poco se gira mientras suspira y cierra los ojos. «¿Qué hace?». Se le tensan los hombros esperando el contacto, y sus esfuerzos mentales para relajarse son infructuosos. El único sonido que se oye en la habitación son las respiraciones agitadas de los dos. Se queda quieta un momento y se da la vuelta, pero él se lo impide poniéndole sus manos firmes, sobre sus hombros. Unas manos firmes, cálidas y un poco temblorosas. Sofía se estremece con el contacto; y él levanta una mano lentamente, para recogerle los cabellos sueltos y ponerlos detrás de la oreja.

Martí vuelve a colocar la mano sobre el hombro y comienza a hacerle un masaje muy lento a sus músculos tensos. La sensación es maravillosa. Hace un movimiento con la cabeza en un gesto de agradecimiento y suspira. La presión aumenta y se recrea en los deliciosos movimientos de sus manos, a la vez que percibe un aliento caliente y fresco que se aproxima a su oreja. Se estremece de nuevo y acerca su cara a la de Martí. Sabe que la está excitando, pero en este momento ya ha perdido totalmente el sentido. Quiere más.

—No pares —dice. Y su voz le provoca olas de placer por todo el cuerpo.

Sofía está temblando. La situación se la ha escapado completamente de las manos. Tiene un nudo en la garganta. No quiere hacerlo. Casi no reconoce su voz. No se puede creer que la haya atrapado de esta forma; no se puede creer que esté accediendo a todo esto.

—Sé que lo quieres. No has dejado de pensarlo ni un solo instante. Ahora te desnudaré. Te quitaré el vestido.

Él conoce su respuesta y comienza a morderle y a chuparle el lóbulo de la oreja. De pronto

aumenta la presión que siente en su interior.

—Eres muy guapa, Sofía —susurra mientras juega con su oreja.

—¡Oh, Dios mío...! —Se apoya en él y nota su erección sobre los tejidos contra sus nalgas.

—¿Lo notas? —empieza a hacer círculos con su cadera y ella lanza un gemido—. Te quiero toda mía.

Se siente completamente esclava de sus palabras. No tiene ninguna duda de que Martí tiene mucha práctica en este asunto; ha refinado el don de la seducción y de él, ha hecho un arte. No se está engañando a ella misma. Las mujeres deben caer a sus pies día sí, día también. Tiene experiencia y seguro que siempre consigue lo que se propone, pero él no le da importancia. En estos momentos está aquí por él, sin consciencia ni indecisión. Ha dejado de lado cualquier duda, cualquier cautela. ¿Qué mal le puede hacer una cosa así?

Nota como el dedo índice de Martí empieza a subirle desde la parte inferior de la espalda hasta el centro de la columna, y automáticamente la cabeza le empieza a dar vueltas sin control.

Cuando llega a la parte superior del vestido, coge la cremallera con una mano, mientras la otra la pone en la cadera. Ella cierra los ojos fuertemente. Le desabrocha con lentitud y escucha como suspira al ver su piel.

—¿Una mariposa?

—Sí.

—*Papillon*. Me gusta.

Al momento, percibe como pasa las manos por debajo de los tirantes y los aparta con cuidado hasta que el vestido cae al suelo. Sofía se queda sin aliento, a la vez que da las gracias por haberse puesto un conjunto de ropa interior bonito. Está de pie, con el sujetador, el tanga y los zapatos de tacón de aguja a merced de Martí.

—Mmm..., *blonda* —murmura él.

La hace girar, para tenerla de cara. Levanta ligeramente la mirada y se encuentra con sus labios carnosos. Desea un beso, pero él no se lo da.

Acerca una mano a su pecho y con el pulgar le dibuja círculos en torno al pezón, por encima del sujetador; con la otra mano le cubre el otro pecho. Mantiene la mirada fija en sus movimientos. Con el contacto, el pezón se le ha puesto firme. Una pequeña sonrisa se perfila en sus labios conscientes del efecto que le causa. Ella aprovecha para poner las manos sobre el pecho de Martí. Es tan cálido y fuerte... Nota que cuando lo acaricia él también se estremece.

Le desabrocha y le quita el sostén, que cae al suelo, y seguidamente le da un beso que le quita de nuevo la respiración. Tiene la boca caliente y la lengua provocadora. La abraza aún más fuerte y nota su erección en contacto con la parte inferior de su vientre. Es dura como el acero. Todo en él es perfecto, tal y como se lo había imaginado.

—Quiero perderme en ti —suspira mientras su mano desciende hasta cogerla de las nalgas.

Con un movimiento suave le levanta la pierna hasta la cadera. Busca su mirada con desesperación.

—Hay algo entre nosotros, Sofía. No son imaginaciones mías —le susurra en el oído.

No, no son imaginaciones tuyas. Recuerda lo que pasó el domingo cuando lo vio. Sintió como si la hubieran electrocutado. Se estremeció de arriba a abajo y todo tipo de pensamientos pasaron por su cabeza. Estaba contenta de saber que no fue la única.

—Alguna cosa —confirma ella en voz baja.

La vuelve a besar con más intensidad.

—Te deseo tanto... —le dice.

—Yo también —pero de golpe, no puede—. ¡Déjame!

—¿Qué pasa?

—¡Nada, no pasa nada! Déjame por favor. No puedo.

Totalmente, abrumada, recoge el vestido del suelo y se va. Tiene que salir... Se marcha con los ojos llenos de lágrimas. Está desconcertada.

Al momento, se despierta sobresaltada. Le cuesta reconocer que está en su cama y que todo ha sido un sueño.

—¡Uf! —se dice, y vuelve a reposar la cabeza sobre su almohada.

Capítulo 7

Andreu se ha ido. A sus hijos les ha dicho que su madre ha tenido un accidente muy fuerte y que está en el hospital muy grave. No se ha atrevido a explicarles nada más. No le gustan las mentiras, pero hasta que no lo compruebe, hasta que no esté seguro del todo que es ella... No puede. Aún no.

El viaje ha sido triste y largo. Cuando llega a Buenos Aires es media mañana y hay una persona de la embajada que lo está esperando en la terminal del aeropuerto. Al funcionario que lo atendió por teléfono, le comentó que quería ir de inmediato al depósito de cadáveres. Quiere cerrar lo más rápidamente esta angustia.

Suben al vehículo y él se deja caer en el asiento del copiloto. En el centro de la ciudad hay un gran caos circulatorio, un montón de coches arriba y abajo, retenciones y frenazos. Llegan a un edificio antiguo, de color ocre, que le da una imagen fría, y envejecida. Entran. Andrés sigue a su acompañante sin decir nada, cabizbajo. Está sudoroso, a pesar de la temperatura fría del recinto. «¿Cómo es que estos sitios son tan fríos y poco acogedores?», se pregunta.

Llegan al final del pasillo. Detrás de una puerta de cristal sale un hombre. “Parece un médico, quizás sea el forense”, piensa. Se saludan:

—Buenos días, señor Prat.

—Hola.

—Soy el doctor García Vargas, médico forense. He sido el encargado de practicar la autopsia a la señora Consol Ferrer y también al señor Darío Vargas. Justo ahora he acabado de redactar el informe de su exmujer.

—¿Está seguro de que es ella?

—Completamente. Además de los objetos personales que traía con ella, recibimos por correo electrónico de la clínica de Girona las radiografías de su boca, que nos han servido para corroborarlo. Lo siento mucho.

—Gracias. ¿Podría verla?

—¿Está seguro? La parte de la cara ha quedado en buen estado. El resto del cuerpo ha sufrido muchos daños.

—Sí, quiero verla, por favor.

—Si tiene la amabilidad de seguirme...

Las piernas le tiemblan cuando traspasa la puerta vidriada. La pizca de esperanza se ha fundido. Ha llegado el momento de tomar conciencia.

Cuando sale del edificio son más de la una. El funcionario lo ha esperado. Le pregunta si quiere ir a comer.

—No tengo mucha hambre, pero alguna cosa tendré que comer.

Lo acompaña hasta un restaurante. Una vez sentados en la mesa, Andreu le pide cuál es el siguiente paso.

—Esta tarde tendremos listos todos los documentos y embarcaremos el féretro en el vuelo de mañana por la noche, tal y como usted nos indicó. Yo también estaré presente.

—De acuerdo.

—Le vendría bien descansar. Le hemos reservado una habitación en el hotel Meliá Recoleta Plaza.

—Se lo agradezco.

—¿Quiere hacerme alguna otra pregunta?

—Darío... quiero decir, su familia... ¿Han hecho ya los trámites?

—Sí. Precisamente esta tarde celebran el entierro en la iglesia de la Virgen del Pilar, en La Recoleta.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—A las cinco de la tarde en la iglesia de la Virgen del Pilar. Está muy cerca de su hotel.

—Pues quizá vaya.

—Si quiere puedo acompañarlo.

—Gracias, pero no será necesario.

Pone la maleta sobre la cama, se tumba en ella y cierra los ojos. Más tarde llamará a Nuria y a Martí; en este momento no se siente con ganas.

De golpe le pasan por la cabeza un montón de imágenes de Consol: imágenes de cuando se conocieron, de aquella sonrisa contagiosa, de cuando eran novios, de las cenas con los amigos, del día que se casaron. «¡Qué lejos y cómo ha pasado el tiempo!», piensa. Y la llegada de los niños. ¡Los niños! Al momento le afloran las lágrimas, nuevos pensamientos y recuerdos. Cogido a la almohada, se duerme.

Nuria está sentada en un taburete delante de un plano en su despacho de arquitectura. Un escalofrío y un pellizco de dolor en el pecho la hacen estremecer. No sabe el motivo. Bueno, sí que lo sabe. Andreu sufre. Aunque esté a miles de kilómetros, lo percibe.

Capítulo 8

Roberto lee un libro sentado en la silla de la celda. Está a punto de ser libre. Su celda está al final del pasillo; es un compartimento sobrio y frío. Tiene derecho, además de la cama, a una mesa, a un armario con estantes y a una silla. En una esquina, un lavabo y un váter separados del resto del espacio solo por una cortina de plástico. Ningún tipo de intimidad. Afuera tienen las duchas y váteres comunitarios.

En este módulo convive con una docena más de presos. Son presos considerados modélicos, que no comportan problemas y tiene cierto poder económico. Como él. Juegan al ajedrez o a otros juegos de mesa en la sala comunitaria, pero también a tenis, a frontón o hacen mini partidos de fútbol en un pequeño patio semiprivado donde pueden salir y hacer ejercicio.

Aunque come bien, ha adelgazado. Quizá es el ejercicio que hace. Altivo y frío, Roberto conserva su aura de persona influyente. Tiene los cabellos negros y la piel bronceada, aunque últimamente está más apagada, de un tono ceniza. Sus ojos, unos ojos marrones que tiempo atrás habían sido brillantes e intensos, ahora se muestran desafiantes, a la vez que ariscos.

Siempre ha sido esmerado en el vestir, y durante este tiempo no ha sido diferente. Se lo puede permitir. Normalmente, se pone ropa cómoda, sobre todo chándal o ropa deportiva para hacer deporte y para los trabajos del taller, y tejanos y camisa cuando va a la biblioteca. Eso sí, siempre es ropa de marca.

Durante estos cuatro años, tres meses y veinte días que hace que está en prisión, no se ha unido a ninguna banda ni se ha quejado por nada: hace el trabajo que se le pide, come lo que le dan, va limpio y arreglado, habla con respeto a los guardas, hace ejercicio regularmente, no fuma ni se droga, no utiliza un lenguaje vulgar y se pasa buena parte de los interminables días leyendo libros y también la prensa diaria, sobre todo el *Financial Times*.

En este tiempo solo ha recibido las visitas de su abogado y de su hermana, quien le ha procurado la ropa. No es que no tenga amigos que no lo quieran ver; no lo ha querido. No acepta que nadie lo vea en estas condiciones.

El primer año fue para él una tortura que soportó con la cabeza gacha y un continuo silencio. Todo el mundo pensaba que estaba deprimido y más de una vez lo había visitado el psicólogo, que no lo veía nada anormal.

Él no paraba de revivir el juicio, de ver como el abogado de Sofía lo atacaba y lo duro que éste había sido con él. En el fondo, admiraba su profesionalidad. Implacable. Y las pruebas. Nunca hubiera pensado que Sofía pudiera aportar pruebas. En realidad, no había pensado nunca que lo podría denunciar. Pero lo hizo. También fue duro verla en el juicio. No era la Sofía dócil que él conocía. Tenía carácter y se mostraba distante y fría. Incluso le aguantó la mirada cuando lo señaló. No podía ser... aquella Sofía era otra. Estaba guapa con aquella falda de tubo de color gris, la camisa blanca de manga larga y los zapatos negros de tacón. Llevaba el pelo recogido en una cola baja, y un maquillaje suave. No había pasado día que no la hubiera soñado.

Después de una semana de juicio y un día de deliberación, el jurado popular lo declaró culpable. Su abogado ya le había advertido que la pena rondaría entre los tres y los diez años de prisión. Pero, cuando el juez la dictaminó, fue como un jarro de agua fría. Cinco años y medio de condena y una indemnización de ciento veinte mil euros. El dinero era lo de menos... ¡Pero cinco años..., cinco años de prisión! Él, que era un espíritu libre. ¿Cómo lo soportaría?

Llegó un momento que decidió mostrarse puertas afuera como un buen chico, mientras que

por dentro comenzó a preparar su venganza. No podía sacarse de la cabeza que Sofía lo hubiera denunciado. ¡A él, que le había dado todo!

Y poco a poco se fue recuperando. El ejercicio y la lectura lo ayudaron. Las mañanas las pasaba haciendo diversos trabajos en el taller y por la tarde catalogando los libros de la biblioteca y leyendo. Es el responsable de la prensa diaria que reparte a primera hora de la mañana por las diferentes secciones de la prisión.

Capítulo 9

Se acerca hasta la iglesia, pero no entra. Es muy grande. Se ha quedado fuera, de pie. Al cabo de pocos minutos, comienza a caminar. En la parte lateral está el cementerio. Entra. Está limpio y bien cuidado. El cementerio de La Recoleta es quizá el más importante de Buenos Aires. Incluso es un punto de interés turístico. Aunque es enorme, se respira paz. Del centro salen diferentes avenidas con mausoleos y bancos; él se sienta en el primero que encuentra, a la sombra de una acacia.

Tiene la cabeza en otra parte o, mejor dicho, en ninguna parte, y no oye llegar a la pequeña comitiva. La casualidad hace que sea la familia de Darío. Delante, la madre, una mujer pequeña y regordeta, con los cabellos cortos, que se apoya en una chica de unos treinta años que no para de hablarle al oído, consolándola, dándole besos en la mejilla. «¿Quizá es una hija?», se pregunta a sí mismo.

Tendría que salir, pero no lo hace. No puede. Es una escena tan triste y, a la vez, tan próxima... Unas palabras por parte del sacerdote y más lloros. No puede aguantar tanto dolor. Pero aun así se queda allí. En parte porque este dolor también es suyo. Un dolor punzante que llega al fondo del alma. Es parte de Consol, y, por lo tanto, también lo percibe como propio. La chica se le acerca.

—¿Nos conocemos?

—Perdona. Soy Andreu Prat, el exmarido de Consol. Lo siento mucho. No quería molestarles.

—Hola. Yo soy María, la hermana de Darío. Y no molesta en absoluto. Al contrario, estoy contenta de que esté aquí. Venga, le presentaré a mi madre.

—Mamá, es el señor Andreu, el exmarido de Consol. Ha venido a dar el pésame.

—Gracias, señor. Consol era una gran persona. No la hemos podido conocer mucho, pero supo hacer feliz a mi hijo.

—Sí, señora. Consol era una gran mujer.

—Ha venido a hacer los trámites para llevársela, ¿no? —le pregunta María.

—Sí. Esta mañana estuve en el depósito de cadáveres y mañana por la noche salimos para Roses.

—A mi madre le sabe mal que no sea enterrada aquí, junto a Darío, pero entiende que están sus hijos, y que lo mejor es que se la lleven a su tierra.

—Sí. Yo también creo que es lo mejor.

—Sus almas están juntas en el cielo —consigue murmurar la madre.

—Bueno, tengo que irme. Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias.

—Nosotros también. Cuídese.

—Gracias. Igualmente.

Andreu sale lentamente del cementerio.

Nuria está en Figueres con los niños de Andreu. Está allí desde el día en que este se marchó hacia Buenos Aires. Sus hijas también han venido para acompañarlos, igual que su madre y Martí, que estos días se ha quedado con ellos. Ha decidido anular el viaje que quería hacer con Gerard a Alemania.

Pere y Mar no paran de hacerles preguntas. Sospechan que alguna cosa no va bien.

—Sí, mamá. Es complicado. Te agradezco de veras que estés aquí.

—¿Sabes, hija? Ayer Mar me pidió si estaba al corriente de lo que le pasaba a su madre. Le pregunté qué era lo que yo tenía que saber y ella me pidió si yo sabía si su madre era un ángel. Y yo le dije que por qué se pensaba que su madre era un ángel y me respondió:

—Pues porque estáis todos muy tristes, y la gente solo está triste cuando alguien se va al cielo. Y pienso que mi mamá está ahí —me contestó.

—No lo sé, princesa. Puede que sí. ¿Y qué te parecería si estuviera en el cielo? —le pregunté—. ¿Y sabes qué me dijo?

—¿Qué?

—Que en el cielo solo van las personas buenas, y que su madre lo era mucho. Y después continuó:

—Pero si no la puedo ver más... me pondré muy triste.

—Ya lo sé, Mar —le dije mientras la abrazaba—. ¿Pero sabes qué? Tienes muchas fotos de ella, fotografías donde estáis retratadas las dos, también hablaremos de ella, y si cierras los ojos... hazlo, Mar... ¿la ves?

—Sí.

—Así siempre la verás.

—¿Y sabes qué, Nuria?

—No. Dime.

—Me dio las gracias y se fue tranquila hacia su habitación. Me dijo que iba a buscar fotografías de Consol.

—Cómo son los niños... —dice Nuria—. Siempre te sorprenden.

—Aun así, Nuria, no será fácil.

—Lo sé, mamá —le dice mientras la abraza—. Te quiero mucho.

—Yo también, hijita.

Martí ha contactado con un psicólogo infantil para que les dé pautas de cómo abordar el tema. Todos tienen dudas; no saben cómo afrontar y contestar las preguntas que les plantean los niños. Les han dicho que mejor que esperen que llegue Andreu y que sea él en persona quien les explique. Porque... ¿cómo explicas a dos criaturas que vuelves a casa sin su madre o, más bien, que regresas con el cuerpo de su madre muerta y que ya no la verán más?

Así pues, deciden esperar a darles la noticia cuando llegue Andreu, tampoco les han dicho exactamente cuándo volverá a estar aquí, y mientras, evitan hablarlo y a la vez, no mentirles.

La tarde antes de la llegada de Andreu, aprovechando que los niños se han quedado en casa de la abuela Teresa, como la llaman todos, Nuria y Martí hablan con el sacerdote del pueblo de la ceremonia de entierro y de la homilía. Los dos irán a recibir a Andreu y Consol en el aeropuerto. El coche de la funeraria los esperará allí.

La llegada del cuerpo y la noticia de su muerte se extiende como la pólvora. Era una persona muy conocida en el pueblo y también en Figueres, ya sea por su trabajo de enfermera en el hospital, como por su colaboración en diferentes asociaciones. Por esto, el eco mediático, justo al saberse el accidente, ha sido importante. La noticia ha salido en todos los canales de televisión y en la prensa. Por suerte, los niños no se han enterado.

Paula llama a Sofía para contárselo.

—¡Ostras! Había oído alguna cosa, pero nunca me hubiera imaginado que era la ex de Andreu —le dice Sofía.

—Sí. ¡Qué palo para los niños!

—Pues sí, ni que lo digas... Así, Paula, ¿la ceremonia del entierro es esta tarde?

—Sí, a las cinco en la iglesia del Far. ¿Nos encontramos tú y yo un poco antes, y vamos juntas?

—De acuerdo. Cuando salgas de Olot me avisas y quedamos.

—Hasta luego.

—Adiós.

Ha quedado asombrada. Ella no conocía a Consol, pero sí conoce a Andreu, a Nuria y a Martí. «¡Ostras, Martí! Yo que estos días había pensado que pasaba de mí, y el pobre estaba superocupado pendiente de su hermano y de sus sobrinos».

Capítulo 10

Último día de agosto. Ha pasado un mes desde el entierro de Consol y los niños continúan llorando cada día la pérdida de su madre, especialmente cuando se hace de noche. Andreu, Nuria y Martí se han volcado de lleno en ellos, intentando hacerles pasar los días y los ratos bien ocupados y procurándoles todo el amor posible.

La madre de Nuria también va a menudo a hacerles compañía y entretenerlos. Es una mujer aún muy activa, que sabe un montón de cuentos e historias, y además tiene mano izquierda para los niños; si no juega con ellos a juegos de mesa, se los lleva de paseo, al parque, a merendar o a la biblioteca a leer.

Han sido, a pesar de todo, unas semanas complicadas.

Hoy por la tarde Sofía ha quedado con Martí para tomar un café. Desde el entierro, lo ha llamado a menudo para saber cómo se encontraba y para interesarse también por los niños. Al mediodía recibe una llamada.

—Hola, Sofía. Soy Miquel Montfort.

—Hola, Miquel.

—¿Va todo bien?

—Sí. La verdad es que sí.

—Te llamo, tal como te dije que haría, para hacerte saber que Roberto saldrá en libertad la próxima semana.

—¿Ya? —exclama.

—Sí. Ha cumplido cuatro años y casi cuatro meses. Le han rebajado la pena por buena conducta y otros atenuantes.

—No me lo esperaba. Bien, sabía que no tardaría, pero me ha sorprendido.

—El tiempo pasa rápido. ¿Estás preocupada?

—La verdad es que un poco, ahora que sé que la salida es inminente.

—En principio, él no sabe dónde vives, ¿no?

—No. Solo tú, mi padre y Paula.

—Pues deberías estar tranquila —le dice para calmarla.

—No lo estaré, ya lo sabes. Es capaz de remover cielo y tierra para encontrarme, y no creo que la prisión lo haya cambiado. Al contrario.

—En este momento no podemos hacer nada. Si por cualquier motivo te localizara, si se pusiera en contacto contigo o cualquier otra cosa, tomaríamos medidas.

—Si me encuentra, esta vez no voy a tener tanta suerte.

—No seas pesimista, mujer. Quizás tiene otros planes y te deja en paz. Tampoco sabe nada de Nico.

—No. Pero me preocupa.

—Me sabe mal por ti. Sé que te mereces lo mejor después de todo lo que has vivido, pero la ley es la ley.

—Sí. Bueno, gracias por todo.

—Estamos en contacto. Si te puedo ayudar en algo, me lo dices.

—Gracias, Miquel.

Miquel Montfort es y ha sido su abogado en este asunto. Debe tener unos sesenta años, aunque no los aparenta. Es alto, de buen ver, y con los cabellos completamente blancos. También

es el abogado de su padre, y es por eso que [A1]se conocen desde hace tiempo. Sofía recuerda cuando Miquel fue al tanatorio al morir su madre y después los acompañó también, a ella y a su padre, al notario para arreglar los documentos de la herencia. Este hombre le cae bien, y le transmite confianza.

Se derrumba. Suerte que tiene una silla cerca y se deja caer en ella.

—Eh, Sofía, ¿te ocurre algo? ¡Estás pálida! —le dice Carla.

—No. Una mala noticia. Nada por lo que te tengas que preocupar.

—¿Seguro? Si quieres que hablemos, ya sabes que me tienes aquí, y si te viene de gusto irte a tu casa a descansar, Elisabet y yo nos ocuparemos de la farmacia.

—De acuerdo. Quizás me iría bien salir y que me dé el aire. Gracias, en serio.

Son casi la una del mediodía. Elisabet se quedará con Carla hasta las dos. Después, esta se quedará sola hasta las cinco, que será cuando regresaran Sofía y Elisabet. Aún tiene un buen rato para descansar, aunque la cabeza le da vueltas y más vueltas, y, por si fuera poco, ha quedado con Martí.

Capítulo 11

Son las cuatro de la tarde cuando se encuentran en el café situado en la plaza, justo enfrente de la farmacia. Para esta ocasión Sofía se ha puesto un vestido estampado de flores que le resalta su piel morena, a la vez que es discreto. Martí se ha presentado con unos tejanos de color azul oscuro y una camisa de lino blanco que lleva por encima de los pantalones.

Aunque el momento es delicado, no deja de pensar en lo atractivo que es.

—Me alegro de verte. Estás preciosa.

—Gracias. ¿Cómo estás? —le pregunta, y justo después le da un beso en la mejilla.

—Bien. Abrumado aún por todo lo que ha sucedido, pero en general, bien.

—¿Y tus sobrinos?

—Bastante mejor. Es complicado hacerles entender que han perdido a su madre y que no la verán más, pero por suerte Andreu y Nuria hacen piña, y con diálogo, paciencia y amor las cosas irán a mejor.

—Me alegro mucho de saberlo. La verdad es que no paro de darle vueltas. Solo de pensar qué sería de Nico si a mí me pasara algo... se me pone el vello de punta.

—¿Y su padre?

—No tiene padre. Está muerto —le dice vacilando.

—Perdona, no lo sabía.

—Bien, no pasa nada. Estamos nosotros dos solos y estamos bien así.

—Lo siento, de verdad.

—¡Te digo que no pasa nada!

Las miradas se cruzan. Él le lanza una tierna con sus ojos de color azul verdoso y de golpe, a ella le sabe mal la forma como ha reaccionado. Simplemente es que, para ella, Roberto no existe.

Hay unos segundos de silencio.

Para romper el hielo, Sofía le propone enseñarle la farmacia. Entran por una puerta lateral.

—¡Hola, Carla! Soy yo.

—Hola.

—Te presento a Martí, un amigo.

—Mucho gusto.

—Si quieres, puedes irte. Ya me quedo yo.

—De acuerdo.

Una vez se ha ido Carla, Sofía le enseña, en primer lugar, el trastero y el baño y, acto seguido, una habitación, mientras le cuenta que allí es donde hacen los diferentes preparados. En ella, hay una mesa blanca arrinconada en la pared, con un microscopio, una báscula y, a un lado, una nevera. Todo muy ordenado y con olor a limpio, como de lejía.

Al otro lado, hay un espacio abierto con un mostrador y un ordenador donde clasifican y entran los medicamentos en el programa antes de colocarlos en el lugar correspondiente. Los medicamentos están guardados y ordenados alfabéticamente en armarios blancos con puertas correderas y cajones en su interior. En una esquina hay un escritorio pequeño, y al lado, una caja con juegos y cuentos.

—Este es el rincón de Nico —le comenta.

El espacio de atención a los clientes es amplio. Consta de dos mostradores con sus

respectivas pantallas de ordenador. La puerta de la entrada es automática y, a cada lado, hay dos grandes ventanas que proporcionan luz al establecimiento. Todo el conjunto se cierra automáticamente con persianas.

Al momento, la puerta se abre. Es Elisabet, la chica de prácticas.

—¡Hola, Elisabet!

—¡Hola!

—Te presento a Martí.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien.

Elisabet ha ido a por su bata.

—Parece que tenéis trabajo. Os dejo. ¿Qué te parece si quedamos para ir a la playa el próximo domingo?

—Me gustaría —responde ella.

De golpe, le da un beso fugaz cerca de la comisura de los labios. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Lo mira y le sonríe. No puede apartar la vista de él mientras mira cómo se va.

Elisabet se ha fijado. Ahora ya sabe cuál es la causa de la felicidad de Sofía.

Capítulo 12

—Una puerta blindada no me servirá de mucho si me busca y me encuentra. Y es una probabilidad real, lo sabes. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo, y no puedo hacer nada más, Paula. Nada de nada.

—Tranquila.

—¡No puedo estar tranquila! No puedo dejar de darle vueltas. ¿Cómo lo haré? Tengo miedo. Últimamente, me siento angustiada; veo a Roberto por todas partes, me asusto con cualquier sonido. Siento que no puedo controlar nada... Ostras, Paula, eres la única persona a quien puedo dirigirme para explicar cómo me siento y desahogarme. Me asusta que no pueda hacer nada. Me asusta que descubra a Nico y le haga daño.

—Me lo imagino —Paula la mira a los ojos—. Creo que serías una imbécil si no tuvieras miedo. No obstante, también hay motivos para no alarmarte; asustada quizás. Pero has tomado medidas, tienes ventaja, tienes a gente que te ayudará, y tienes a Martí, ¿no?

—Supongo que sí, pero Martí no sabe nada de mi pasado ni de Roberto.

—Pues quizá sería hora que hablaras con él...

—Lo sé, pero no encuentro el momento. Además, también está Arnau mi vecino. Cada noche a las nueve nos llama para saber si hemos llegado y si necesitamos algo. Es tan atento... A veces es Nico quien va para estar un rato con él. Siempre le tiene preparadas unas galletas que le gustan.

—¿Quizá te ronde? ¿No será que te quiere ligar?

—¡No! He sabido que era gay. El otro día mientras hablábamos me lo dijo. ¡Lástima! Porque mira que es guapo, atractivo y, además, se cuida. ¡Se le marcan todos los abdominales! Ah, y tiene un buen trabajo.

—Uy, uy, uy...

—Sí. Me dijo que su compañero se trasladaría pronto a vivir con él. Ahora mismo no recuerdo el nombre... da igual. Supongo que pronto lo conoceré.

Paula se compadece de su amiga por el peso insoportable y opresivo de su vida y de su futuro, que tanto tiempo lleva cargando en su espalda. Ve que no se puede permitir ningún tipo de descanso, y, por si fuera poco, la noticia de la puesta en libertad de Roberto la hace más vulnerable y temerosa.

—El día que quieras que me quede a dormir para no estar sola, me lo dices. Nos quedaremos despiertas hasta tarde hablando de Martí y haciendo planes. Estaba pensando... ¿por qué no llamas a Marina? ¿Aún tienes contacto con ella?

—¿Mi psicóloga?

—Sí. Te ayudó mucho.

—Sí, pero no sé si me apetece volver a recordar nada de lo sucedido.

—Como te decía ella, tienes que ir aceptando los hechos, los miedos, acogerlos para que no te vuelvan a sacudir. Has estado muy bien durante estos últimos años y quizá, solo comentando lo que te preocupa, el hecho de que te escuche y te entienda, además de evaluarlo juntas, te ayuda más que lo que te pueda decir yo.

—Tienes razón. Quizá lo haga.

La conversación con Paula le hace recordar a Marina Huguet. La conoció en el hospital. Baja y delgada, de unos cincuenta y pocos años, su afabilidad y su gran dosis de humanidad la

ayudaron en aquellos primeros momentos. Con ella se pudo abrir, pudo explicárselo todo, al detalle. Marina se quedó con ella y con Paula durante toda la noche, mientras le hacían las diferentes pruebas, animándola, dándole la mano. «No te preocupes», le decía. «No sufras. Yo estaré a tu lado, en todo momento». Y así fue.

Una vez Sofía se instaló en casa de su padre, Marina era quien normalmente se desplazaba para visitarla. Cuando hacía buen tiempo, se sentaban fuera en el porche y tomaban un té verde, o paseaban cogidas del brazo. Y cuando el tiempo no acompañaba se quedaban en la salita o en su habitación. Sofía había ido tres o cuatro veces a su consulta. Era un espacio minimalista; una consulta que emitía serenidad, como sus manos, como ella. Marina parecía que se movía a cámara lenta. Mientras la escuchaba, solía fruncir las cejas, a veces una, a veces la otra, y a menudo las dos a la vez.

Durante aquel tiempo aprendió a amarse de nuevo, a amar aún más al hijo que esperaba. A partir de entonces todo fue más fácil. Aprendió a aceptar lo que le había sucedido y le dio herramientas para afrontar el juicio. Conocer previamente una sala de juicios le sirvió después para estar y sentirse un poco más tranquila y cómoda.

Un día incluso le trajo una fotografía de Roberto. La había pedido a su padre, eso lo supo después. Le había dicho que tenía que trabajar los miedos que sentía y afloraban hacia él. Le hizo ver que era él quien tenía un problema, o, mejor dicho, una enfermedad. Estaba enfermo, y eso era lo que le había llevado a cometer aquella barbaridad. Racionalmente, podía llegar a entenderlo, pero no podía perdonarlo de ninguna manera.

Capítulo 13

El domingo se presenta soleado. Martí la llamó ayer para confirmar y concretar la hora del encuentro. En un primer momento, Sofía se planteó ir sola, pues le hubiera gustado un poco de intimidad para poder conocerlo mejor. Pero al final, decide ir con Nico. Los dos forman un tándem.

Por la mañana se ha levantado nerviosa. Ha dormido poco. La causa: Martí, su imagen, su cuerpo y el miedo a cómo reaccionará ella cuando lo tenga cerca.

Se decide por una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. De hecho, cualquier cosa que se ponga le queda bien, ya que tiene un cuerpo proporcionado y sabe combinar bien los colores para lucirlos. Coge también un sombrero de paja.

Por primera vez, Martí también está nervioso. Desde que coincidió con Sofía, hace ya un mes, no ha parado de pensar en ella. Ninguna otra mujer le había hecho sentir así antes; totalmente abrumado. Estas últimas semanas no ha tenido tampoco la necesidad de ninguna compañía femenina. ¿Qué le está pasando?

Se encuentran en el lugar acordado. Nico se echa a correr hacia Martí nada más verlo y le propone ir a jugar a la pelota.

—¡Claro que jugaremos! Tranquilo. Deja primero que salude a tu madre.

—Nico, no agobies a Martí. Habrá tiempo para jugar, para bañarnos... Tendremos tiempo para todo, así que tranquilízate. Martí, perdónalo. Desde que esta mañana le he dicho que nos encontraríamos aquí en la playa está que no para.

—No sufras, me hago cargo de ello. Por cierto, estás preciosa —le dice y a continuación le da dos besos.

—¡Gracias! ¿Qué os parece si nos instalamos?

Ella lleva un capazo grande con toallas, la crema del sol, una botella grande de agua fresca, un paquete de galletas y un montón de cosas para jugar con la arena. Nico lleva su pelota de fútbol debajo del brazo y Martí lleva la toalla colgada al cuello. Los tres se sientan juntos delante del mar. Cualquiera que los viera puede pensarse que son una pareja feliz con su hijo.

La mañana, igual que el primer día que se vieron, pasa rápida, pero esta vez están más cómodos, más abiertos. Nico y Martí pasan bastante tiempo jugando a la pelota y después, y en diversas ocasiones, se bañan. Al final, mientras Nico se entretiene con la arena intentando hacer un castillo cerca del agua, ellos conversan, se miran y se sonríen.

—Me he dado cuenta de que llevas una mariposa tatuada en el hombro...

—Sí. Me la hice tatuar justo cuando llegamos a Roses.

—¿Por algún motivo en especial?

—Me gustan. Simbolizan tantas cosas bellas, que me vino ganas de hacérmela.

—¿Sí?

—A mí también me gustan. Son tan frágiles y a la vez tan bonitas.

—Es cierto. Cuando son orugas pasan de ser feas a crisálidas, y acaban siendo hermosas, coloridas y libres. Y todo este cambio lo hacen solo en un mes —comenta Sofía—. En algunas culturas las equiparan a la encarnación del alma. En China, por ejemplo, simbolizan el amor, la unión indestructible de los amantes y también la buena suerte. A mí, particularmente, me gustan por su belleza y elegancia. ¡Ya ves que las mariposas me gustan un montón!

Son más de las dos cuando Martí los invita a comer. Comen una paella en una terraza

delante del mar. Ríen, hablan y se explican más anécdotas. Se relajan. Los dos se encuentran cómodos uno al lado del otro, como dos amigos que se conocen de hace tiempo y se ponen al día después de una larga temporada sin verse.

Cuando se levantan de la mesa son casi las cinco e inician una caminata por el paseo marítimo. Martí lleva el capazo. Su toalla y la pelota de Nico están dentro. Ninguno de los dos querría que este día acabara. Un día maravilloso.

Sofía ha descubierto un Martí diferente: efusivo, amable, juguetón, atento con ella y con Nico. El hombre con quien querría pasar el resto de su vida. Y para más inri, con un cuerpo de infarto. Él ha visto en Sofía, aparte de una mujer guapa, una persona fuerte, admirable, una buena madre, atenta, afectuosa y, sobre todo, una mujer con quien quizá podría asentar definitivamente la cabeza.

Nico se va a casa de su vecino mientras ellos se preparan una última copa en el piso de Sofía. Un instante de intimidad. Los ojos se han encontrado. Las miradas, que durante todo el día se han buscado, ahora son intensas, penetrantes y cercanas. Los cuerpos se aproximan y se tocan. Un abrazo y un beso. Enseguida, la boca de Martí envuelve la de ella, y sus dedos se entierran en los cabellos de él. Apasionado e intenso, así ha sido el beso. Apasionado, intenso, lleno de luz y de energía.

La llegada de Nico los corta. Se separan, sonríen y se despiden.

—Ha sido un domingo fantástico, pero la próxima vez te deseo para mí solo. Toda para mí, *papillon* —le dice al oído.

Ella se estremece.

Capítulo 14

Le había comentado que iba a clases de gimnasia dos veces por semana. Martí quiere darle una sorpresa. Llega a la entrada de la puerta y queda paralizado, abrumado. Solo tiene ojos para ella. Está practicando algún tipo de arte marcial y parece capaz de dar unas cuantas hostias a cualquiera. En este momento, a la lujuria se le suma el interés y la admiración.

Tiene la cara humedecida por el sudor, igual que el top ceñido que lleva puesto. Las piernas, que se le ven gracias a unos pantalones negros cortos, no paran de dar coces, de moverse y de girar mientras los músculos de los brazos se contraen y se relajan en función del ejercicio.

Llega a la conclusión que acabará babeando en pocos minutos, y entonces ve como mantiene el equilibrio con una sola pierna, pues con la otra acaba de dar una patada. Todo ello ejecutado con una rapidez y elegancia increíbles. Acabada la clase, su entrenador le da con las palmas en los hombros.

Hace un poco de ruido cuando se le acerca. Sofía se gira y adopta una postura de ataque, con la mirada distante y feroz. Cuando lo ve, se relaja con la misma rapidez y le sonríe.

—No te había visto —le dice mientras inspira—. Me has asustado.

A él no le parece que esté asustada.

—¿Qué era eso? ¿Taekwondo?

Ella niega con la cabeza mientras bebe agua directamente de la botella que tenía en el banco de las pesas.

—Defensa personal.

—En la sala contigua he visto gente haciendo taichí, y en comparación a lo que hacías tú, parecía una mariconada a cámara lenta.

—No es cierto. Los movimientos del taichí se hacen poco a poco porque la finalidad es el control de la mente. Si estos mismos movimientos los haces rápidos, sirven para la autodefensa y el combate —lo invita con el dedo a acercarse a ella—. El taichí te ayuda a concentrar la energía.

—A mí me continúa pareciendo una mariconada, y eso no es lo que te he visto haciendo.

—¿Sabes que los movimientos del taichí tienen nombres de origen natural? Por ejemplo, “acariciar la cola del pájaro”, “la cigüeña blanca extiende las alas” o “empujar las olas” —le cuenta mientras le enseña este último movimiento poco a poco. Levanta los brazos con elegancia y continúa moviendo las manos hasta dejar las palmas delante de él, después los baja y repite el proceso, como si estuviera empujando algo—. Sin embargo, si haces el movimiento con más intensidad, luego sirve para defenderse... —Lo empuja con fuerza, consiguiendo que pierda el equilibrio y después lo coge por la camisa clavándole un fuerte tirón de manera que lo aleja de ella—. ¿Lo ves?

—¡Eh! ¡Que no estaba preparado!

Sofía sonríe mientras separa las piernas y las dobla. Después lo reta con un gesto de la mano.

—Va. Has visto *Matrix*, ¿no? —le pregunta él en un tono burlón, arrancándole una sonrisa.

—Eres más fuerte que yo, más corpulento, más alto y tienes los brazos más largos. Quizá seas más rápido, aunque esto está por ver... Si tuviera que defenderme, tendría que concentrar mi fuerza para neutralizar la tuya. Cuando era joven practicaba todos los días, ya me entiendes, mis obsesiones: gimnasia, Pilates, aeróbic... incluso una vez probé el boxeo.

—¿El boxeo? —le pregunta, aún más interesado.

—Sí —dice y levanta los puños—. ¿Qué te parece un combate?

—Quizá después.

—Hacía rutinas de cardio, horas y horas de Pilates y de cualquier cosa que se te pueda ocurrir. Todas las semanas. Así me sentía ágil y segura. Con iniciativa, supongo. Después lo dejé, me relajé, y ahora me siento un poco oxidada. Dejé de obligarme a hacerlo hasta que...

—¿Hasta qué?

—Nada.

—Pues a mí no me parece que estés muy oxidada.

—Los músculos tienen memoria. Recuerdan los movimientos con facilidad. Además, también hay la motivación.

—Enséñame. Espera. No he venido a esto. Has vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Distraerme. Un cuerpo sudoroso y muy sexi. No te hace falta ni taichí ni nada para desequilibrar a un hombre.

—Qué guay —dice haciendo un gesto con los hombros—. Ahora mismo también me siento poderosa.

—He venido para invitarte a dar una vuelta en moto.

—Me dan miedo.

—¿Miedo? No lo dices en serio, ¿no?

—Pues sí. Además, me tendría que duchar, y a las cinco debo abrir la farmacia.

—Son las cuatro y cuarto —le dice Martí después de comprobar la hora en el reloj—. Pues date una ducha rápida y vámonos a tomar un café antes de que vayas al trabajo.

—Tendré que volar, pero de acuerdo —le dice clavándole un beso en los labios que deja a Martí descolocado.

Sencillamente, esta mujer le gusta.

Capítulo 15

Hace poco más de medio año que Nuria abrió una oficina técnica de arquitectura en Figueres. Se trata de un espacio en una planta baja, a pie de calle, de casi dos cientos metros cuadrados, divididos en una zona de entrada, donde hay la recepción y una pequeña salita de espera, dos despachos para atender a los clientes, y al fondo, un espacio amplio con mesas de dibujo y taburetes donde diseñan y dibujan los planos.

Su casa de Banyoles, donde vivía y desde donde trabajaba, la alquiló con opción a compra a un matrimonio con un hijo pequeño. No se atrevió a venderla. Quizás lo haga más adelante; aún hay demasiados lazos sentimentales.

A finales de verano del año pasado se trasladó con Abril, su hija pequeña, a vivir a casa de Andreu, en Figueres, donde la chica estudia bachillerato. Julia, su hija mayor, comenzó la carrera de derecho en Girona y optó por quedarse a dormir en casa de su padre. Como ya ha cumplido dieciocho años y tiene su propio coche, entra y sale de casa de Nuria y de Andreu cuando quiere. Así lo decidieron entre todos.

La madre de Nuria, continúa viviendo en Banyoles, en la villa olímpica, en un pequeño apartamento amueblado con vistas al parque de la Draga. Un piso soleado en una zona tranquila. Por suerte para ella también conduce y se desplaza a menudo a Figueres.

Los padres de Nuria se separaron cuando ella tenía veinte años. Fue un golpe duro. No obstante, tanto ella como sus hermanos, Sergi e Irene, mantienen una buena relación con los dos. Irene tiene dos años menos que ella y está felizmente casada con Toni. Viven y trabajan en Banyoles y tienen dos hijos: Gerard, de doce años, y Alba, de ocho. La diferencia de edad con su hermano Sergi es de cinco años. Él es soltero y vive en Berlín, donde encontró trabajo justo al acabar la carrera de Ingeniería Eléctrica, y ya no ha vuelto, excepto por vacaciones y fechas señaladas.

Este último año Andreu y Nuria han tenido mucho trabajo. Después de abrir la empresa en Marruecos, en este momento Andreu está trabajando en la expansión de la misma en Osaka, Japón, donde a menudo tiene que ir por negocios. Aún con el trabajo, ha procurado sacar tiempo para Nuria y sus hijos. Ella, mientras, va aumentando su clientela gracias a los contactos de él.

En su despacho de arquitectura trabajan: María, una chica joven arquitecta que acaba de salir de la universidad; Jordi, que compagina su trabajo con clases de interiorismo en la Universidad de Girona, y Rosa, que es la secretaria.

Los cuatro forman un equipo bien avenido y compenetrado. Se han convertido en buenos compañeros y cada viernes comen juntos para hablar de los proyectos que están realizando en un ambiente distendido.

Nuria está en el despacho. Rosa le pasa una llamada telefónica. Un nuevo cliente. Un nuevo proyecto: reformar un chalet en Roses. «En Roses aún no me había salido ningún proyecto», piensa mientras cuelga el teléfono. Ha quedado con el propietario mañana mismo en la dirección que este le ha dado.

Actualmente, está trabajando en la ampliación de una empresa en Vilamallá, que la tiene completamente ocupada. María se encarga de pequeñas reformas y rehabilitaciones, mientras que Jordi se dedica a diferentes proyectos de interiorismo y la decoración de un par de comercios.

Por la tarde, Nuria hace algunas llamadas y se va del despacho hacia las seis. Ha quedado con los hijos de Andreu y Abril para ir a la presentación de una exposición fotográfica de un

amigo de la familia. Después disfrutarán de una cena rápida todos juntos en el centro de Figueres. Andreu está de viaje en Osaka y no regresará hasta dentro de dos días.

A Sofía, ni el consuelo de tener a Paula cerca y Nico a su lado, ni el hecho de saber que tiene el piso con todas las protecciones posibles —portero electrónico con cámara, puerta blindada y cristales dobles—, ni tampoco la rutina, no la han liberado de otro mal sueño. Se ha despertado a menudo, y se ha esforzado por dejarlo atrás, pero cuando se dormía el sueño se repetía.

A las cuatro de la mañana se ha rendido. Se ha levantado y ha preparado la cafetera. Ha decidido hacer una serie de ejercicios físicos que la han dejado cansada y sudorosa, después se ha entretenido con la documentación de la farmacia; ya está con la liquidación de los impuestos trimestrales.

Ha tenido tiempo para poner la contabilidad al día, de redactar un borrador de novedades para incluir en la web y de leer unos cuantos blogs.

Hace cuatro horas que está despierta, y es hora de empezar a prepararse para ir a la farmacia, ahora haría una cabezadita, pero no puede. Tiene que despertar a Nico y acompañarlo a la escuela que ya han empezado las clases.

Al mediodía paseará por la playa. Un poco de aire fresco, de ejercicio y de cambio de escenario le irá bien. Se mantendrá activa hasta que esté muy cansada, y... a soñar, ya sean malos sueños u otra cosa. Últimamente, se siente muy sensible.

Una vez fuera de la prisión, pasó unos cuantos días en un hotel. Tenía que saber dónde estaba. El primer día fue hasta el piso donde había convivido con Sofía. Lo halló cerrado, vacío y con olor a rancio. En los armarios solo había su ropa, bien colocada, eso sí. Los vecinos extrañados por su presencia, le comentaron que hacía tiempo que no sabían nada de ella.

También se había pasado por la farmacia y tampoco le pudieron dar referencias. Solo que la habían traspasado a través de su abogado. «Malnacido», pensó.

Cada día hacía la misma rutina, y tampoco ahora tenía motivos para cambiarla. La misma desde hacía cuatro años: tres series de cien flexiones diarias, cien sentadillas y cien abdominales. Siempre se había cuidado.

Se duchó, se afeitó y se lavó los dientes. Acto seguido, se puso unos pantalones de vestir grises con una camisa de color granate, una corbata a juego y los zapatos.

El dinero que había ganado en prisión lo había guardado en el banco, no lo necesitaba. Dentro de la cartera llevaba su documentación y algo en efectivo.

Había llegado el momento de poner en práctica su plan.

Capítulo 16

—¿Qué hora es?

Sofía levanta las cejas y mira el reloj.

—Las dos de la tarde.

—La hora exacta. —La coge del brazo y entra en su casa.

—¿Dónde vamos?

—¡Cómo si no lo supieras!

La para de golpe, la hace girar y se apodera de sus labios al mismo tiempo que le pone las manos en las nalgas.

—De acuerdo. Te quiero decir que normalmente no soy tan fácil, pero...

—Me da igual —le dice Martí mientras le pasa las manos por debajo de la camisa para acariciarle la espalda desnuda.

—A mí también —le dice ella.

—Buena idea —la empuja hacia dentro de la casa.

Le quita rápidamente la chaqueta fina que lleva y la inmoviliza contra la pared. Sofía, llevada por la desesperación, también quiere quitarle a él la suya.

—Espera.

—No —le dice ella mientras lo desnuda.

—Deja que me la quite yo. Mmm —murmura mientras ella le acaricia el pecho.

—Hace tiempo que esperaba este momento —le dice cuando Martí deja de besarle los labios para darle un beso en el cuello.

Tendría que haberse sorprendido, incluso haberse enfadado, pues era una camisa bastante decente, pero el desgarrar de la tela seguido de un ligero roce de las manos en su pecho, la han dejado al borde del precipicio.

Se estremece al mismo tiempo que se restriega en él entre gemidos, y tantea la cremallera de los pantalones. Él le desabrocha la suya con un movimiento rápido e impaciente, y con una mano empieza a explorarla a consciencia. Sin dejar de mirarla a la cara, sin dejar de mirar aquellos ojos serenos que resplandecen como el cristal, la acaricia hasta hacerla llegar a la cima.

En este momento vuelve a besarla y continúa dándole placer hasta que se le debilitan las rodillas.

—Ni hablar —murmura al ver que se desliza por la pared hasta el suelo.

La solución más fácil es cogerla, cargarla por encima de los hombros y buscar la superficie horizontal más cercana. Se decide por la mesa del comedor, después de tirar al suelo todo lo que había encima. Por suerte no se ha roto nada, pues eran libros.

Le quita las sandalias porque la quiere toda desnuda.

—Ostras, ¿estoy encima de la mesa?

—Aún no te he desvestido del todo.

Pero le falta poco. Quiere acariciar cada centímetro desnudo de este cuerpo, y también los que aún no lo están. Después de quitarse las náuticas y los pantalones, se sube encima de la mesa y se coloca encima de ella con las piernas separadas.

—Muy práctico —comenta cuando ve que el sujetador se desabrocha por delante. Lo desata, y se limita a inclinar la cabeza para devorarla.

—¡Dios mío! —dice Sofía mientras hace presión con los puños sobre la mesa, aunque no

tarda mucho en clavarle los dedos en la espalda.

Ahora Martí hace servir los dientes y Sofía cree que va a volverse loca. Demasiado. Es demasiado. Una ola de deseo y de placer. Su cuerpo se está consumiendo con la necesidad de querer más.

Nota un segundo tirón y comprende que Martí le acaba de romper el tanga. La está devorando de forma salvaje mientras le oye jadear. La sorpresa le hace aumentar la excitación.

Intenta pronunciar su nombre para decirle que vaya más despacio, lo suficiente para poder respirar, o para decirle que ella también quiere ser partícipe. Mientras, Martí le levanta las piernas, le hace doblar las rodillas y la penetra. Está tan duro como el acero y la ha penetrado con la rapidez de un relámpago, de manera que solo puede gritar y dejarse llevar por el temporal.

Sofía se tensa cuando se vuelve a correr y el cuerpo de Martí la presiona con fuerza. La sensación lo hace excitar aún más. La desea desde el principio. Pero ahora, en ver su figura atlética y dura temblando debajo de él, en abrazar este cuerpo y estos músculos sorprendentes y tan eróticos, el deseo se ha vuelto imparable. Sigue moviéndose hasta que nota que se relaja, pero continúa un poco más, hasta que llega al clímax y se corre en su interior.

A los pocos segundos, Sofía escucha una música. «¿Coros celestiales?», se pregunta un poco aturdida. Le parece extraño que los coros celestiales canten para celebrar un revolcón encima de la mesa. Intenta tragarse la saliva y nota que tiene la boca seca.

—Música —murmura.

—Es mi móvil... en mis pantalones... ¡Qué más da!

—Ostras, no son coros celestiales.

—No. Es Eric Clapton.

—Me encanta. —Coge aire y energía para levantar una mano con la que le acaricia la espalda—. Tengo que darte las gracias de nuevo, Martí.

—No me las tienes que dar.

El comentario le hace sonreír.

—Me alegro, porque la verdad es que no he colaborado mucho, ¿no crees? —pregunta ella.

—¿Has oído que me quejara?

Sonríe, cierra los ojos y le sigue acariciando la espalda.

—¿Dónde estamos exactamente? —le pregunta ella.

—En la mesa del comedor, que también hace de escritorio. Aquí es donde corrijo los exámenes.

—Ah, sí... ¿Hemos hecho el amor en tu mesa del comedor? ¿En tu escritorio?

—¡Ajá! Es resistente, ¿no?

Ella levanta la mano para acariciarle la mejilla y después la baja hasta el hombro.

—¿Sabes que esta mariposa me gusta mucho?

—Lo sé. Me lo has dicho unas cuantas veces.

—Me gusta tanto como tú.

—¿Me das una poca de agua? Tengo la boca tan seca que parece que haya atravesado un desierto.

—Claro.

Frunce las cejas al ver que Martí se baja de la mesa y va en dirección a la cocina. Desnudo está muy atractivo. Ella no tiene ningún problema con su cuerpo, pero no se ve caminando desnuda por su casa.

Se sienta, coge un golpe de aire y se quita la pereza de encima con una sonrisa de oreja a oreja. De golpe, se para, un ventanal sin cortinas. Acaba de hacer el amor salvajemente delante

de un ventanal sin cortinas. Por suerte solo ve campos y más campos.

—No me había dado cuenta. Pero la próxima vez tendremos que ser más prudentes, si es que estás interesado en repetir la experiencia, está claro.

—Aún no he acabado contigo.

—Una manera muy tuya de decirlo así. —Bebe el agua del vaso que le ha traído—. Otro día lo podríamos hacer en un lugar más discreto.

—Tenías prisa.

—No te lo discuto.

Martí vuelve a sonreír.

—Eres un centro de mesa de primera. Estoy pensando en hacerte una fotografía aquí, sentada, en el centro de la mesa, con el sol reflejado en tus cabellos, así despeinados, y estas piernas tan perfectas dobladas delante de tus preciosos pechos.

—Ni de coña.

Él le coge la mano para mirar la hora en el reloj.

—Aún queda una hora...

—Que tengo para ir a casa y ducharme antes de ir a la farmacia. Además, tengo que ir por una camisa y un tanga.

—Tenías...

—Prisa. —Acaba ella entre risas, y aunque no haya cortinas, le vienen ganas de ponerse de pie encima de la mesa y bailar. Pero no lo hace—. De todas formas, tendrás que dejarme una camisa.

Mientras va en su busca, desnudo, ella baja de la mesa y empieza a ponerse los pantalones y el sujetador.

Martí vuelve con la misma naturalidad con la que había ido a buscarla y le tira la camisa que unos momentos antes ella misma le había quitado.

—Gracias. Me llevaré tu olor.

— ¿Sí? ¿A qué huelo?

—A menta.

Mientras ella se pone las sandalias, él se pone los pantalones. Aunque está bastante emocionada, decide que es mejor comportarse con la misma naturalidad que él. Así que se le acerca y le acaricia la mejilla otra vez.

—Un último consejo: la próxima vez mejor que antes comamos un poco —le dice y le da un beso rápido—. Gracias por dejarme utilizar tu mesa.

Salen de casa y se despiden. Por el retrovisor del coche ve como Martí, sin camisa y con las manos en los bolsillos de los pantalones que aún no se ha abrochado, la mira cómo se va. Y eso le gusta. Sofía sonríe para sí.

Capítulo 17

Después de dejar a los niños en la escuela, Nuria se dirige hacia Roses. Se ha vestido de forma cómoda e informal: unas bermudas de color ocre por encima de las rodillas, una camiseta azul marino y unas sandalias sin tacón. Aun siendo finales de septiembre, hace una buena temperatura.

En la dirección marcada, la está esperando un hombre moreno, bien plantado, de entre treinta largos años, o cuarenta, que va a su encuentro.

—¿La señora Nuria Roca?

—Sí. Supongo que usted es el señor Alsina... —le dice mientras le da la mano.

—Gracias por venir tan rápido. Tengo muchas ganas de tenerlo a punto ya. Es una sorpresa que le quiero hacer a mi mujer. Acompáñeme, que le muestro.

Nuria, aparte del bolso, coge un bloc de notas y lo sigue. Es un chalet grande, en el sector de la Almadrava, en concreto, es la última casa de una calle sin salida envuelta de árboles y de pinos que la esconden a medias. Justo en un lateral y en frente, hay un pequeño terraplén, una piscina enorme en cascada. Diversas hamacas y tumbonas bien colocadas te invitan a pasar las tardes y desde allí disfrutar de las puestas de sol. La casa tiene, además, un porche amplio con algunos sofás.

Vuelven a salir por fuera y después la hace entrar por el sótano, donde está el garaje con un *BMW* todoterreno y un pequeño coche descapotable aparcados. Al otro lado, una moto de gran cilindrada y una *Vespa* antigua. Al fondo, un equipo de musculación para montar o a medio montar, y también una despensa con una pequeña bodega, el trastero, el fregadero y un aseo pequeño. Este espacio ocupa toda la superficie de la casa, unos doscientos cincuenta metros cuadrados.

El ascensor interior los conduce hasta la planta baja, directamente a una sala de estar grande, fresca, en forma de «L», que también da al comedor y a una cocina abierta con una isla en medio. ¡Una casa fantástica! Cuatro habitaciones dobles y dos baños completos. Arriba, un estudio.

Le comenta que la ha comprado hace poco y antes de enseñársela a su mujer quiere hacer unos cuantos cambios. Quiere que sea una sorpresa.

«¡Qué romántico!», piensa en un primer momento Nuria. Pero quizá ella no se atrevería a hacer grandes reformas sin consultárselo a Andreu. Este cliente tiene que conocer muy bien los gustos de su mujer para saber lo que quiere y tiene que estar muy seguro que lo que haga le gustará.

Pasan de una habitación a otra. En esta planta casi no le ha propuesto ningún cambio, hasta que llegan al estudio, que no deja de ser una habitación grande, con una superficie de unos ciento veinte metros cuadrados. Desde allí hay una vista impresionante del golfo de Roses, pero, aunque las aberturas son grandes, ha podido constatar que nadie los ve. Es una habitación espaciosa que cuenta también con un baño completo con *jacuzzi*. Su cliente quiere suprimir la habitación pequeña que hay a un lado para hacer un vestidor comunicado con la habitación principal. Quiere cambiar todos los ventanales para poner cristales dobles con marcos de aluminio, pero solo quiere que se abran algunos. También le encarga revestir de nuevo todas las paredes para insonorizarlas. «No lo entiendo. Quizá pone la música a todo volumen o no quiere que se les oiga. No lo sé...», piensa ella. No le discute nada. Le ha dado la sensación de que sabe

muy bien lo que quiere y cómo lo quiere. Toma algunas medidas y las apunta en el bloc.

Tampoco le ha puesto ningún reparo cuando han hablado del presupuesto. Le ha comentado que cuando le presente el borrador del proyecto y el presupuesto detallado le hará un adelanto de dinero en efectivo.

Aunque su presencia y sus formas son correctas, ve al señor Alsina como un hombre amargado. «Un tipo bien especial», se dice mientras sube al coche.

Capítulo 18

Paula y Sofía se encuentran, como de costumbre, en el restaurante Antaviana, situado en el centro de Figueres. Es un espacio acogedor, con aires minimalistas, que combina la piedra, la madera clara y el color blanco. Evidentemente, aparte del ambiente, les gusta la cocina, medio tradicional, medio creativa. Un espacio recogido donde pueden hablar tranquilamente de sus cosas, de sus secretos.

Sofía ha llegado después de dejar a su hijo en casa de Carla. Una vez al mes le hace de canguro. Desde que se trasladó a vivir a Rosas, no han faltado nunca a la cita.

—Tendrías que abrirte de una vez por todas a alguien, Sofía, aparte de mí, está claro. Tendrías que confiar de verdad en él.

—Es tan complicado... ¿Y si se asusta y me deja? No lo podría soportar. Además, no hace tanto que nos conocemos.

—¿Crees que Martí es del tipo de personas que se asustan con facilidad? No lo creo. Ni tan solo en este caso. Estoy hablando de ti, Sofía. Estoy preocupada. Te quiero ver feliz y saber que estás segura.

—No voy a correr ningún riesgo. Te lo prometo. Pero sabes que haré lo que esté en mis manos para proteger a Nico. Haré cualquier sacrificio y todo lo que sea necesario para cambiar las cosas a nuestro favor.

La pasión de sus palabras le recorre de nuevo todas las partes sensibles del cuerpo de Paula. La entiende y no puede imaginarse a Sofía soportando por más tiempo esta carga.

—No tendrías que valorar tanto la influencia que ejerce sobre ti tu ex, y, en cambio, tendrías que valorar más tu relación con Martí. Sofía, las cosas son como son, y con él tienes una relación.

—Me lo pensaré. Por cierto, ¿cómo fue la celebración de vuestro aniversario de boda?

—¡Fantástica! Albert me sorprendió con un viaje exclusivo en globo.

—¿Exclusivo? ¿Quieres decir los dos solos? ¿Los dos solos en globo?

—Sí, sí y sí. ¡Fue maravilloso! De entrada, yo no sabía dónde íbamos. ¡Flipé! Cuando el globo se izaba habían escrito en una pancarta enorme «Feliz aniversario» y una vez arriba, aparte de unas vistas impresionantes, nos ofrecieron cava, fresas y bombones. Todo estaba en silencio. Solo nosotros y el viento. ¡Alucinante!

—¡Qué guay! ¿Y tú qué le regalaste?

—¿Yo? La verdad es que fui muy tradicional. Le regalé un fin de semana a Andorra, al balneario de Caldea.

—¡No puede ser, Paula!

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero estaba tan liada con la escuela, que no tuve tiempo de preparar nada. Ya hemos hablado de ello. Hemos pensado ir el próximo fin de semana. Aprovecharemos para hacer las compras de Navidad, y que sepas que tengo un conjunto de ropa interior que, cuando me lo ponga, a Albert se le va a caer la baba, y luego seré yo quien lo voy a sorprender de veras.

—¡Cómo eres! ¿Sabes qué? El otro día vino Nuria a la farmacia.

—¿Le ocurre algo?

—No. Bueno, no te puedo decir nada. Solo que hemos fijado una cena de mujeres para dentro de dos viernes. ¿Qué te parece?

—¡Fantástico! ¿Dónde?

—Nuria había propuesto hacerlo en el velero, pero al final iremos a su casa de Figueres. También van a venir Gloria, la mujer de Jan y Marie, la pareja de Paul. Tú ya las conoces, yo solo he coincidido con ellas un par de veces. En principio, los hombres y los niños irán a la casa señorial del Far d'Empordà. Martí y Andreu han propuesto encargar la cena a La Malícia.

— ¡Qué bien! Será divertido. ¿Dejarás a Nico con Martí?

—No lo sé, aún no se lo he pedido.

—Ya verás que estará encantado. Le diré a Albert que lleve a Lluc, y con Pere se lo pasarán a lo grande.

Después de hablar con Paula siempre se queda más tranquila. No le ha podido decir nada del motivo de la visita de Nuria a la farmacia. Se imagina que les comunicará la noticia a todas, el día que se encuentren. Será una sorpresa magnífica.

Capítulo 19

—Lo que te voy a explicar es muy personal e íntimo. Si después de esta conversación decides no saber nada más de mí, lo entenderé.

—¿Huir? ¿De quién? ¿De ti?

—Sí.

—¿Por quién me has tomado? ¿Qué pasa? Sé que hay algo que se te come y te atormenta por dentro. Hace días, por no decir semanas, que te noto angustiada. No hace falta ser ningún sabio para verlo. Además, tu pasado es tuyo. Si no quieres explicármelo, tampoco me hace falta.

—Lo sé. Pero no quiero tener ningún secreto contigo. Querría una relación nacida de la confianza y la sinceridad. Solo te pido, por favor, que no me cortes. Me resulta muy difícil. Lo que te voy a contar solo lo saben Paula, mi psicóloga y mi abogado. Ni tan siquiera mi padre sabe toda la verdad.

Da un pequeño sorbo al té, respira hondo y empieza a contarle su tortuosa vida.

—Nico, sí que tiene un padre, aunque él, quiero decir su padre, no lo sabe.

—Me dijiste...

—Sé lo que te dije. Espera. Deja que empiece por el principio.

—Cuando hacia segundo de farmacia, conocí a Roberto, quien después sería mi marido. Era moreno, guapo, un joven muy atractivo; del que me enamoré como una loca. Estábamos bien, nuestra relación iba por buen camino. Él tenía tres años más que yo y justo estaba acabando la carrera de económicas. Le gustaban más los números que las letras, así que su padre, que es un abogado muy conocido de Barcelona, justo cuando acabó sus estudios lo colocó en la Bolsa. Enseguida se hizo un nombre. Era hábil para oler el dinero y los negocios, y pronto escaló posiciones.

»Nos casamos justo al acabar yo la carrera. Mis padres también estaban económicamente bien y heredé la farmacia de casa. En aquel tiempo todos estaban contentos y felices. Un año después de la boda, mi madre murió. La relación con mi padre, que siempre ha sido especial, se estrechó aún más. Soy su niñita. Bueno, soy la única niñita que tiene.

»En un principio todo iba bien, pero poco a poco Roberto empezó a cambiar. Se volvió muy celoso. Me controlaba constantemente: como vestía, con quien hablaba, con quien me relacionaba... Los viernes empezó a salir solo o con sus amigos, al menos eso me decía, y la mayoría de veces llegaba a casa borracho. Yo lo animaba a salir, y también lo excusaba: que si tenía mucha presión en el trabajo, que estaba bien, que saliera con sus amigos, etc. Por contra, yo no podía ir a ningún sitio. De manera progresiva me fue apartando de mis amigas, de mi familia y también de mi padre. Solo lo veía en contadas ocasiones, en alguna comida familiar o cuando él se pasaba por la farmacia.

»Recuerdo perfectamente la primera vez que me levantó la mano. Había salido con sus amigos y llegó a casa de madrugada. Cuando le pedí explicaciones por la hora, se puso como una fiera diciéndome que yo no era nadie para pedirle nada, que él hacía lo que le venía en gana. Cuando intenté dialogar, me abofeteó. En seguida me pidió perdón, me dijo que no quería hacerlo y que no sabía cómo había podido. Y yo lo hice; lo perdoné. Estuvo unas cuantas semanas dulce y tierno, como hacía tiempo que no lo había estado. Cambiamos de casa. Por fuera era preciosa, pero por dentro una prisión: cristales dobles opacos, paredes insonorizadas... Al principio, no lo entendí, pero por desgracia lo fui descubriendo.

»Poco después volvimos a discutir. Nada era de su agrado: que si no sabes cocinar, que si eres una niña mimada, que tampoco sabes arreglarte ni vestirse para mí... Y, aún con todas las críticas, intentaba y hacía lo posible por contentarlo. La verdad es que yo estaba mucho por él y no veía el daño que me hacía con todo aquello. Una noche, cuando volvió de una de sus habituales salidas nocturnas, yo me hacía la dormida, pero me despertó de malas maneras y me dijo que tenía ganas de follar. Yo le dije que no, que estaba dormida y que lo haríamos por la mañana cuando estuviésemos los dos descansados. Vino hacia mí con los ojos salidos, me apartó las sábanas, y se sentó sobre mí, con toda la fuerza de su cuerpo. Me inmovilizó cogiéndome por los brazos y me dijo: «¡Ahora!».

»Lo dejé hacer con la idea de que fuera rápido y me dejara en paz. Empujaba y empujaba dentro de mí. Parecía que me iba a romper. Mis ojos estaban anegados de lágrimas, pero él no lo veía. Al acabar, se estiró a mi lado. Cuando estuve segura de que dormía, me levanté, me cerré en el baño y me dejé caer en el suelo. Me había violado y yo no había hecho nada por impedirlo.

—Sí que lo hiciste. Le dijiste que no, y él te obligó. ¡El muy cabrón! Si lo tuviera aquí delante te aseguro que lo mataría.

—Déjame que continúe. A la mañana siguiente hizo como si nada. Al contrario, se mofó diciéndome que no sabía follar ni que era mujer para él, que conocía putas que le hacían mejor servicio. Yo, callada. Comencé a preguntarme por qué no se separaba y me dejaba en paz. Pero no. Él era el hombre respetable, buena persona y el buen amigo. Tenía una mujer obediente. Muchas personas me consideraban tímida, siempre callada por miedo a ofenderlo o decir la palabra inadecuada. Era la niñita guapa y obediente que él mostraba puertas afuera. Cada vez todo iba a peor.

Mientras Sofía explicaba, a Martí se le fue cambiando la cara. Primero, mostró sorpresa e incredulidad. Ponía cara de odio cada vez que Sofía nombraba a su marido y cara de tristeza a medida que avanzaba la historia.

Capítulo 20

—Siempre había procurado no dejarme señales en lugares visibles. Normalmente, la cara se escapaba a sus ataques, algunos bofetones sí que me había dado, que te aseguro que no eran nada suaves. Incluso había llamado a Montse, mi ayudante en la farmacia, para decirle que no iba a ir, que estaba indispuesta. Me encerraba en una habitación vacía durante todo el día, sin comida ni bebida, y sin poder hacer las necesidades en la debida forma.

Un día que tuvimos invitados en casa, entre ellos mi padre, no pude decir nada. Mi padre vino un momento en la cocina y me pidió si estaba bien. Le dije que sí. ¿Qué le tenía que decir? Aun así, me dijo que no se lo creía, que no me creía, que solo tenía que verme: más delgada, más triste y más callada. Me dijo que tenía las puertas abiertas de su casa y que fuera cuando quisiese. No tardé mucho en ir.

»La última vez que me puso las manos encima había salido y, como siempre, llegó borracho. Yo ya hacía tiempo que me automedicaba: tomaba antidepresivos y somníferos. Todo ello me mantenía en un estado de somnolencia y letargo permanente. Montse, pobre Montse, se ocupaba de la farmacia sin sospechar nada.

»Aquella noche, no sé por qué, me temí lo peor, y me escondí debajo de la cama, bien acurrucada. ¡Sofía! Gritaba... ¿Dónde estás? ¿Estás jugando al gato y al ratón? Me gusta. Espera cuando te coja...

»Yo quieta. Sin respirar. Pero me encontró, me cogió de un pie y me hizo salir de debajo de la cama. Yo le suplicaba que no me hiciera daño. Le pedía perdón si había hecho algo mal.

»¡Shh! ¡Calla! Eres mía y haré contigo lo que me plazca, ya lo sabes. Y además te has portado mal, me decía mirándome fijamente a los ojos, apretándome fuerte los brazos... De golpe, me hizo girar de espaldas a él, y con la corbata me ató las manos. En aquel momento, más que nunca, estaba a su merced. Me tiró sobre la cama, de espaldas, y yo no podía moverme. Me separó las piernas y en menos de un segundo puso su miembro dentro de mi ano. Así, tal cual como lo oyes. Me provocó un esguince y perdí casi el conocimiento por culpa del dolor.

—¡Hijo de puta!

—Después me hizo girar de cualquier forma y se puso encima de mí. Me provocó una dislocación del hombro y me rompió dos dedos por culpa de su peso y de la posición en la que estaba. Continuaba con los brazos atados... y me volvió a violar.

»Quería que se acabase, pero se me hizo eterno; movía las piernas, pero era como no hacer nada. Y él, reía, se lo pasaba bien viéndome en aquel estado. En aquel momento, sufría por mi vida.

»No sé cuánto rato más duró. No sé cuánto tiempo pasó, pero acabó y yo estaba allá, viva. Por suerte, me desató. Después, cuando estuve segura de que dormía, telefoneé a Paula y le pedí que me viniera a buscar. No podía más, tenía que salir; tenía que huir. Le dije que la esperaba en el rellano de la casa.

»En aquella época, Paula aún pasaba algunos fines de semana en Barcelona, aunque hacía vida en Olot. Yo hacía semanas que había preparado una pequeña maleta por si tenía que irme. Recogí mis documentos y cuatro cosas más, me puse una gabardina larga, unos zapatos y la esperé. No tardó. Le expliqué lo que me acababa de suceder y me llevó acto seguido al hospital. Allí me trataron muy bien. La verdad es que me sentí acompañada y protegida. Al cabo de poco rato, un agente de los Mossos de Esquadra vino para interrogarme. También me visitó una

psicóloga, Marina, la que acabaría siendo mi terapeuta. Ella y Paula no se movieron de mi lado en ningún momento.

»Con todo, había llegado la mañana. Aunque Paula quería que me fuera con ella, preferí irme a casa de mi padre. No me dijo nada, solo me abrazó y dejó que llorara durante todo el día, acurrucada como una muñeca entre sus brazos.

A Martí le cae una lágrima mejilla abajo. Continúa acariciándole la mano y parte del brazo. Sofía sigue con su relato.

—Mi padre contactó con un abogado, Miquel Montfort, un amigo suyo de confianza y que ha sido de gran ayuda durante este proceso, que te aseguro que no ha sido nada fácil. Él se encargó de la gestión de la farmacia, juntamente con Montse, que quedó paralizada al saberlo todo. La pobre venía a verme cada semana para darme cuenta de cómo iba todo. Más tarde, también se ocupó de recoger cuatro cosas básicas que tenía en el piso, aunque yo no quería nada. El abogado me comentó que Roberto pasaría un tiempo en la cárcel antes del juicio, ya que con las pruebas que presenté, el juez no tuvo ninguna duda de lo que me había hecho. Lo acusaron de maltratos reiterados y de tres violaciones consumadas.

Sofía toma otro sorbo de té y coge aire para continuar. De vez en cuando mira a Martí, pero le cuesta mantener la mirada.

—No te he comentado que cada vez que me agredía, yo me encerraba en el baño, y me tomaba fotografías de las marcas que me dejaba en el cuerpo, con la fecha de cada maltrato. No sé por qué lo hice, pero después me alegré.

—¿Continúa en prisión?

—Espera, que aún no se ha acabado la historia.

—¿Aún hay más? —le dice con un hilo de voz—. No te mereces lo que te sucedió.

—Lo sé, de veras que lo sé. Al cabo de dos meses me di cuenta de que no tenía la regla, y me hice la prueba. Estaba embarazada. Embarazada de Nico. Me lo pensé muy seriamente, pero mi corazón deseaba este hijo, no por su padre, sino por mí. Él no merecía lo que me había sucedido y a mí ;me gustaban tanto los niños! No sé si lo puedes entender...

—¡Claro que lo puedo entender! Y además ahora que lo conozco, me cae muy bien, ya lo sabes.

—Sí. Por suerte fue un embarazo tranquilo. Tenía el apoyo de mi padre, de Paula, de Marina y de Montse. Me dejaba cuidar y, poco a poco, me fui recuperando. La llegada de Nico no solamente me ayudaba a no pensar en Roberto, sino también a imaginar el futuro. Poco a poco volvía a ser la Sofía de siempre. Además, el juicio se fijó para después del parto. Roberto nunca sabría que tenía un hijo. Fueron semanas intensas. La psicóloga me ayudó a afrontar el juicio y al hecho de tener que volver a verlo cara a cara. Ya no le tenía miedo. Habían pasado trece meses. Lo condenaron a diez años de prisión. El abogado me dijo que seguramente solo cumpliría la mitad, si tenía buena conducta y hacía trabajos en prisión. Hace poco más de un año se presentó la oportunidad de abrir una farmacia en Roses y no me lo pensé. Estaba convencida de que un cambio nos vendría bien. La farmacia de Barcelona se traspasó, con el compromiso de que Montse continuara como ayudante de farmacia, a través del bufete de abogados de Miquel Montfort. Por eso mi nombre no figura en ninguna parte. Mi padre hacía un tiempo que salía con Rosario, una mujer también viuda como él, y se fueron a vivir a Málaga, de donde es originaria ella. Paula, como ya sabes, acabó viviendo permanentemente en Olot y después se casó con Albert. Así que no había ninguna razón para quedarnos en Barcelona. Nico comenzaría educación infantil en Roses y... aquí nos tienes.

De golpe, las lágrimas que ha estado aguantando, le fluyen sin remedio. Martí ha quedado

paralizado.

—¿Sabes que eres la mujer más fuerte y más valiente que conozco? Venga, Sofía, tranquila, no llores, no quiero verte así.

Sin saber cómo, al momento, Sofía inclina la cara sobre el pecho de Martí, quien la abraza y le acaricia la espalda con la mano. Le dice que se desahogue, que todo irá bien. Y su voz la tranquiliza.

Se agarra a él, y deja que la consuele su cuerpo fuerte, seguro y sólido. Desea sumergirse en su fuerza y reclamarla como si fuera de ella.

—Gracias —le dice con su voz aún temblorosa.

—Estoy contento de que hayas confiado en mí. Creo que te aprecio aún más.

—¿Seguro? No querría que te quedaras conmigo por pena o por compasión.

—¿Tú crees que lo haría?

—No lo sé. Pero sabiendo toda mi historia... No sé qué puedes pensar de mí...

—Pienso que eres increíble: valiente, fuerte, decidida, además de atractiva, simpática y buena persona. Eres mi *papillon* y te amo.

—Yo también. Repítelo...

—Te amo, te amo.

—Aún te tengo que contar más cosas.

—¿Sí?

—Hace un par de semanas me telefoneó el abogado para decirme que Roberto ya está en libertad y... no sé. Tendría que haber cambiado mucho para pensar que me dejará tranquila. Antes pienso que querrá vengarse.

—¿Por eso vas a clase de defensa personal?

—En parte sí.

—¿Sabe que estás en Roses?

—En principio no. Pero creo que tarde o temprano me encontrará.

—Ya. Pero yo estaré aquí para protegerte —le dice abrazándola mientras su cabeza piensa que, si Roberto pone un dedo sobre Sofía o Nico, lo matará.

Capítulo 21

En la cena de mujeres, Nuria desvela el misterio, y por sorpresa de todas, anuncia que vuelve a estar embarazada. Sofía aún recuerda, como si fuera ayer mismo, cuando Nuria entró en la farmacia y le dijo que tenía una falta, que necesitaba saber si estaba esperando un bebé y que no podía esperarse.

—¿Tienes un test de embarazo? —preguntó—. Estoy de una falta y ya ha pasado una semana.

—Ahora vengo —lo fue a buscar y la acompañó hasta el baño. Cuando salió se sentaron un momento en la sala que Sofía tenía detrás de la farmacia.

—Vómitos matinales por segundo día consecutivo. Aunque haya pasado cierto tiempo, conozco estos síntomas. Tengo mareos, estoy cansada y me noto el cuerpo cambiado. Es difícil de explicar tocándose la barriga y los pechos. Me noto embarazada. Pero quiero confirmarlo antes de decirle nada a Andreu.

Al poco rato se quedó pasmada y blanca por unos segundos. El test había salido de color rosa: estaba embarazada. La noticia la cogió medio desprevenida, pero aun así estaba contenta. Le manifestó que no sabía cómo reaccionaría Andreu ante este hecho. Tenía miedo. Creía que después de la muerte de Consol quizá no era el mejor momento.

—¿Realmente, piensas eso? Yo no, Nuria. Conozco poco a Andreu, pero creo que le hará muy feliz. Estáis bien, estáis enamorados. Habéis pasado un hecho muy doloroso, es cierto, pero la vida sigue y la llegada de este hijo es una bendición.

—Gracias, Sofía. ¿Me guardarás el secreto hasta que lo haya dicho a la familia?

—Claro que sí —le dijo mientras la abraza.

Después les explica como lo hizo para comunicar la noticia a Andreu, y cuál fue su reacción.

—Aquella misma noche, después de que los niños se fuesen a dormir y mientras nosotros estábamos tomando una copa en el jardín, le dije que tenía una sorpresa que darle: «¿Sí?», preguntó con cara de curiosidad. Me senté a su lado, a tocar. Si os he de decir la verdad, estaba un poco nerviosa. No sabía cómo se lo tomaría.

—¿Cómo querías que se lo tomara, mujer? —le dice Marie.

—Es que chicas, ha sido un año muy complicado, difícil y triste. No sé si era el mejor momento, ya me entendéis.

—Continúa, continúa... Ya me imagino la cara de Andreu —le dice Paula haciéndole un guiño.

—Bien, pues había puesto un chupete dentro de una cajita. No sé qué debía pensarse al momento, porque puso una cara pícara...

—¿Qué es? Me preguntó. Y yo le respondí: Espero que te guste. Tú ábrela, y lo sabrás.

—¿Y? —le pregunta Paula, impaciente.

—A Andreu le empezaron a resbalar las lágrimas por las mejillas mientras me decía: «Nuria, ¿es lo que imagino?» Sí, le dije yo. «Ostras, Nuria, me encanta tu regalo. ¿Ya es seguro?» ¡En principio, sí! No sabía cómo te lo tomarías. Con todo lo que hemos pasado estos meses... «¿Qué dices? Es el mejor regalo que me podrías hacer, no lo dudes. ¡Te quiero tanto!» Lo que vino después no os lo explico. Os lo dejo a vuestra imaginación —finaliza el relato.

—¡Qué bonito! —exclama Sofía.

—De veras, Nuria, ¡estamos muy contentas! —asegura Paula mientras la abraza.

—¡Gracias, guapas! Estoy un poco asustada por mi edad, pronto haré cuarenta y cuatro, y aunque el ginecólogo me ha dicho que no tengo que preocuparme, lo estoy. Pero aquí no se acaba la cosa...

—¿No? —pregunta Gloria.

—Justo este lunes, en el ginecólogo...

—¿Va todo bien? —Se avanza a preguntar Gloria.

—Todo perfecto. Tengo la fotografía de la ecografía.

—La quiero ver —pide Paula visiblemente emocionada.

Nuria coge su bolso.

—¿Tendremos que pensar en *blue*? —le pregunta Marie.

—No lo sé. Espero que en rosa y en azul.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclaman todas a la vez.

—Vienen dos. Cuando el ginecólogo nos lo dijo, Andreu se puso pálido, y yo también un poco, la verdad. Me estrechó fuerte la mano, y me sonrió. Se me acercó al oído y me dijo: Dos, Nuria. Ya no seremos familia numerosa. Seremos familia supernumerosa. Luego estallamos de risa.

—¿Dos? —repitió Paula.

—Sí, dos. Mirad qué preciosidades —les dice mientras les enseña la ecografía. Aún no me lo creo. Me haría ilusión que uno de ellos fuera un niño. Yo he tenido dos niñas, pero cuando lo pienso detenidamente, tanto me da. Solo espero que todo vaya bien.

—Gemelos. ¡Seréis seis en total!

—Sí, ya hemos hecho la suma. Y aún lo estamos digiriendo.

—Estamos muy felices por ti —murmura Sofía.

—Claro que sí. Nosotras te cuidaremos, ya lo verás. Seremos unas buenas *tantes* si tú quieres —le dice Marie con su acento francés.

—¡Claro que quiero! Responde mientras se levanta y las abraza una a una.

—¿Y los niños? ¿Cómo se lo han tomado? —le pide Paula.

—¡Muy bien! Están muy contentos. Ya están haciendo planes de como decorar la habitación de invitados para poner a los gemelos, haciendo propuestas de nombres. ¡Y solo hace tres días que lo saben! Lo que nos espera —dice sonriendo.

—¿Y para cuándo está previsto el parto?

—En principio, un poco antes de la fecha prevista. Aproximadamente a principios de junio, ¡si aguanto hasta entonces!

Todas sienten una gran alegría. Son felices por Nuria y Andreu. Con todo lo que han pasado, se merecen más que nadie toda esta felicidad. Sofía quizá es la más feliz de todas. Para ella también ha sido un verano especial. Conocer a Martí ha sido lo mejor que le ha pasado. Y haberle podido explicar su pasado, una liberación.

—¿Os puedo explicar más cosas?

—¿Aún tienes más? No me lo puedo creer.

—Andreu me ha pedido que nos casemos.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Me ha dicho que lo decida yo. Aunque le gustaría que fuera antes de la llegada de los gemelos.

—Boda y nacimiento —dice Gloria—. Estaremos bien ocupadas organizándolo todo.

—¿Cuándo te lo ha pedido?

—Después de darle la cajita y la noticia del embarazo, entró en casa y vino con el anillo. Me comentó que hacía semanas que esperaba el momento oportuno y que aquel lo era. Después se arrodilló delante de mí, y en palabras textuales, me dijo: «Te quiero. Eres mi amiga, mi amante, mi media naranja y ahora, la madre de nuestros hijos. ¿Se casará conmigo, señorita Nuria Roca?». Y yo le contesté: «Sí. Sí. Quiero casarme con usted, señor Andreu Prat». A continuación, nos dimos un beso. Un beso intenso.

—¡Qué romántico!

—¡Chicas, brindemos! —dice Marie—. Tendemos un año bastante movido. Tendremos que preparar una despedida de soltera, una boda y el nacimiento de los gemelos.

—¿Pensáis que tengo que casarme embarazada? ¿Quiero decir, con tripa y gorda?

—¿Y por qué no? —responde Sofía.

—Si nos casamos en abril, estaré de cinco meses. Bien, siempre había soñado que, si nos casábamos, me gustaría que fuera en abril, que es cuando nos conocimos. Pero no sé si será buena idea. Estaré embarazadísima y quizá fuera mejor esperar al nacimiento de los peques. Estoy confusa.

—Aún tienes tiempo para pensártelo, pero estarás preciosa con tripita. Eh, ¿alguna de vosotras tiene alguna cosa para explicar? ¡Dios mío, qué noche! Exclama Paula entre risas.

Todas ríen. Es suficiente. Basta ya de novedades.

Capítulo 22

Desde que comenzó su relación con Martí, este no ha parado de enviarle mensajes por *WhatsApp*. Al principio eran del todo inocentes; le preguntaba cómo se encontraban ella y Nico, qué hacía o qué no hacía..., pero desde el último encuentro en su casa, los mensajes habían pasado a ser más eróticos, más intensos y provocadores.

A Sofía le gustaba el juego. Sabe que con Martí todo es posible. Lo espera todo de él, y especialmente, cuando pone aquella mirada sensual y brillante que la desarma, justo como ahora.

—Quiero hacerte el amor, pero quizá no lleguemos a casa y acabemos haciéndolo en el coche —le dice mientras le da la mano y la hace salir de la cafetería.

«¿Qué ha dicho? ¿Sexo en el coche? ¿Y no podríamos hacerlo en otro sitio más cómodo?», piensa ella.

—Vamos —le dice él.

—Sí. Quiero hacerlo en el coche —contesta Sofía de golpe.

—Sofía, te desconozco... —le responde fingiendo que se escandaliza por su respuesta.

—Nunca lo he hecho en un coche —comenta ella en voz baja.

—De acuerdo... me gusta que sea conmigo tu primera vez en el coche.

—Martí, lo he dicho sin pensar... ¿Quieres decir que vale la pena? —Se ruboriza y parpadea sin dejar de mirarlo. Es tan diferente de... no puede acabar de decir su nombre.

Él abre la boca y se pone a reír, sorprendido. En este momento, ¡parece tan despreocupado y tan guapo!

«Me encanta cuando ríe».

—Dime, ¿en el fondo eres una romántica, a que sí, Sofía?

Se dan la mano hasta el *Audi* que tiene aparcado justo enfrente, al otro lado de la calle.

—¿Así que quieres sexo en el coche? —le pregunta mientras lo pone en marcha.

—La verdad es que en la cama de casa también me hubiera parecido bien.

—A mí también, pero creo que nos lo vamos a pasar bien —le responde mientras la mira y sonríe.

Su risa es contagiosa y no tardan en hacer grandes carcajadas; él inclina su cabeza hacia ella, y le pone la mano en la rodilla mientras sus dedos la acarician.

Martí aparca el coche en una zona aislada a las afueras de Roses y para el motor. Se gira hacia ella, apoyando su cuerpo en la puerta, y el codo en el volante.

—¿Estás dispuesta a hacer lo que te ordene? —le pregunta—. ¿Confías en mí?

—Sí. Confío en ti, ya lo sabes.

—Pues quiero que te quites la ropa. Quiero mirarte mientras lo haces. Y... Sofía, hazlo bien despacio.

—¡Ostras, Martí!

—Hazlo, por favor. Quiero mirarte.

Ella se desnuda lentamente, como le ha dicho Martí. Primero se desabrocha la camisa blanca.

—Deja que te ayude a quitar los zapatos. Mientras, quítate los pantalones.

Ella lo hace sin decir nada. Aunque en un primer momento se ha sonrojado, ahora está tranquila. La mirada de él es serena y cálida.

Está solo con la ropa interior.

—¡Me gustas! ¡Y me vuelves loco! ¿Lo sabes, a que sí?

—Me gusta que estés bien conmigo, porque yo lo estoy a tu lado.

Poco a poco, él inclina su cabeza hacia Sofía y le da un beso en los labios, después en el cuello, y así hasta llegar a los pechos. Ella suspira:

—Mmm...

Le quita el sujetador para poder atrapar los pezones con su boca, primero uno y después el otro, todo a cámara lenta. Ella se derrite. Martí continúa bajando hacia su tripa y el ombligo mientras Sofía suspira.

—Me gusta mucho —le dice.

—No te impacientes, que aún no he acabado —le responde mientras con cuidado le quita el tanga y no deja de besarle la parte inferior del abdomen.

—¡Me excitas!

—¡Y más que lo haré! Hasta que mueras de placer.

Acto seguido, con la delicadeza de sus dedos, le empieza a masajear el clítoris. Ella no puede dejar de colocarse mejor y abrirse a él.

—¡Sofía, me encantas! ¡Estás tan entregada!

Ella misma acaba por quitarse el sujetador. Está toda desnuda en el coche de Martí y rendida a él. Nunca se lo hubiera imaginado.

Los dedos de Martí están en su interior. Sofía gime, mientras él continúa moviéndolos, como él sabe, para darle placer. Sofía no puede dejar de empujar su pelvis para recibir más.

—¡Sofía!

—¡Me corro!

—Eso es lo que quiero. Déjate llevar.

—No. Quiero que me lo pongas dentro.

—No. Quiero que te corras así, *papillon* —le pide al oído.

Ella explota.

«Mi cuerpo es su esclavo», piensa. Al mismo tiempo, siente como Martí exclama:

—¡Oh, Sofía!

Capítulo 23

—¿Sabes? No tengo pesadillas cuando estás conmigo —murmura al despertarse en los brazos de Martí, bajo la tenue luz del amanecer que inunda el cielo por el otro lado de las persianas.

—Me alegro. —Sus dedos le acarician los cabellos—. No me gusta nada que las hayas tenido. Ojalá te los pudiera borrar.

Está justo a su lado. Cada vez que se despierta por la mañana la tiene allí. «Guapa, vital, inteligente. Una mujer desinteresada, empática y que siempre hace lo que considera correcto. Y, además, resulta que es muy buena en la cama», piensa con su sonrisa pícara.

A él, después de que Sofía le explicara su pasado, le cuesta dormir, y eso le fastidia, porque hasta ahora siempre había dormido bien. No puede quitarse de la cabeza todo lo que le contó. No puede hacerse idea de todo lo que había pasado y sufrido. Había tomado la decisión de pasar más noches con ella. De día Sofía estaba atareada con la farmacia, con Nico y con las clases de defensa personal. Si pasara alguna cosa, el Far no queda tan lejos.

—Pareces cansada.

—Es que me dejaste agotada, ¿sabes? Lo digo en el mejor sentido de la palabra. Después de la sesión en el coche y la de casa, ¿qué esperas?

Martí es un amante excelente y ella, una mujer abierta, entregada y con ganas de experimentar.

—Me alegra mucho que me lo digas. ¿Tienes hambre?

—Sobre todo de ti —le dice—. La verdad es que estoy muerta de hambre.

—Quédate en la cama, voy a preparar algo para los dos. Aún es temprano, Nico aún debe estar dormido.

—Seguro. Ayer quedó agotado de tanto jugar con Arnau y Carles, y se fue a dormir más tarde de lo que está acostumbrado.

Martí se da prisa en preparar un buen desayuno a base de tostadas con mantequilla, mermelada, zumo de naranja natural, café y leche caliente. No se olvida de coger una de las margaritas que Sofía tiene en el comedor y la pone en un vaso de cristal largo. Se sientan en la cama, uno enfrente del otro, y mientras comen en un agradable silencio, no puede dejar de observarla, de soñar con ella. Sabe que es la mujer de su vida, con quien quiere pasar el resto de sus días. El hecho de que su hermano se case con Nuria y vuelva a ser padre, quizá es la razón por la que ahora se le abre más el corazón.

Ya es casi mediodía cuando Nico se despierta. No le sorprende en absoluto encontrarse a Martí en casa. Lo ve del todo natural. Sabe que ama a su madre y también a él. Es lo más parecido a un padre. Un padre que no ha tenido nunca.

Por la tarde había estado en casa de Arnau y Carles, los vecinos gays. Ambos son buena gente, sensibles y juguetones con el niño. Le habían preparado un plato de pasta, que a él le gusta mucho, y habían estado jugando al parchís y a la oca, hasta que Sofía y Martí lo habían recogido. No eran más de las diez de la noche, pero para un niño de cuatro años sí que era tarde. Martí lo cogió en brazos con el pijama ya puesto y lo llevó a la cama.

Aun siendo a mediados de octubre, hace un día de sol. Deciden quedarse por casa y comer temprano. Sofía preparará algún plato ligero y por la tarde irán hasta Olot, a la Feria de Sant Lluç. Ya ha contactado con Paula para encontrarse.

Han paseado por la Feria del Dibujo y por el mercado de artesanía. Martí se ha interesado por una acuarela no muy grande que podría colgar en su casa, o quizá en el piso de Sofía. Han comprado también un montón de embutidos y quesos, una coca de chicharrones a Can Carbasseres y una botella de licor de ratafia.

Nico empieza a estar cansado de tanto caminar. Se acercan a la Plaza Catalunya para merendar a Can Corbaton. Son las seis de la tarde, y no quieren irse muy tarde a Roses. Mañana hay escuela.

Ha sido un día completo y marchan cargados.

Capítulo 24

Se acerca la Navidad. La primera sin Consol y la primera en que los niños estarán con Andreu todos los días. Había hablado de ello con Martí, y este le había propuesto un encuentro familiar en la casa solariega. Se podrían quedar allí durante la Nochebuena, y pasar la Navidad todos juntos. La idea le pareció muy buena.

Para Sofía estos días son de locura. Siempre lo han sido y no por culpa de nadie más que no sea ella misma.

Está sentada en el suelo, rodeada de cajas, envoltorios de regalo, papeles de seda, cintas y lazos. Aunque es ordenada y sabe organizarse, cada año, tres días antes de Navidad, acarrea cajas arriba y abajo, no encuentra lo que quiere, y al final acaba estresándose. Cada vez se promete que lo hará mejor, que irá a comprar antes, y con una lista.

Le gusta mucho la Navidad: los villancicos, las luces, los colores, los secretos, la inocencia y la ilusión. Y mucho más, le gusta esta desde que la comparte con Nico. Le gusta ir a comprar, envolver los regalos, y ver como quedan una vez terminados y apilados debajo el árbol. Así pues, ¿cómo es que siempre acaba en el último momento, deprisa y corriendo?

Este año, después que Martí la llamase para invitarlos a la fiesta de Navidad, se ha propuesto que justo el día antes lo tendrá todo a punto.

Sofía además se ha ofrecido a ayudar a Martí a prepararla. Tiene que ser especial. Serán un buen grupo: Andreu y Nuria, con sus respectivos hijos; Paula y Alberto, con su hijo pequeño; Martí, Sofía y Nico; el amigo de Martí, Gerard, con su última amiga y, finalmente, Paul y Jan, con sus respectivas familias, aunque estos últimos no se quedarán a dormir. Para la comida de Navidad ha invitado también a la hermana de Nuria, Irene y su familia, su hermano que vive en Berlín, pero que estos días está aquí de vacaciones, y la abuela Teresa.

Cuando se da cuenta, ya es más de medianoche. Nico hace horas que duerme. Acaba de anotar en un papel posibles regalos para los niños y niñas de Nuria, y se va a la cama.

Aprovechando que Martí tiene un par de días de fiesta antes de Navidad, ha contratado un servicio de limpieza para tener la casa a punto, ha hecho traer un árbol enorme que ha colocado en medio de la sala y ha preparado una lista, con la ayuda de Sofía, con todo lo que debe comprar para decorar el árbol, la sala y la mesa.

Nuria se ha ofrecido a preparar unos entrantes, Sofía se encargará del guiso y Paula, de los postres. El resto de invitados también traerán alguna que otra cosa.

Ha llegado el día. Han quedado que Martí la pasará a buscar por la farmacia. Por la tarde, recogerán a Nico que ha ido a casa de un amiguito.

Le coge la bolsa mientras ella se pone el abrigo, una bufanda y los guantes. También controla su expresión cuando la conduce hasta una habitación llena de regalos, bolsas y papeles de envolver.

—¿Todo eso?

—Sí. Somos un buen grupo. Estos son para tu familia, estos para Paula y compañía, para Nico... He comprado para todos. ¡Me encanta la Navidad!

—Se nota —dice mientras le devuelve la bolsa que es más ligera y más fácil de llevar—. Vamos, venga, ve a buscarme una botella de agua mientras empiezo a cargar todo esto en el

coche.

—Gracias.

«Por lo menos, ha apilado los regalos en cajas abiertas de cartón» se dice a sí mismo Martí mientras coge la primera del montón.

Capítulo 25

Nada más entrar en la casa y ver los regalos, el árbol de Navidad ya casi decorado del todo, y la mesa también a medio preparar con todo el ambiente que transmite la Navidad, intuye que será una noche perfecta.

Con Martí acaban de arreglar los últimos detalles y colocan los regalos debajo del árbol. Han preparado tres habitaciones para los adultos, y colchones con mantas en el suelo de la habitación más grande para los pequeños; seguro que se lo pasaran súper.

A media tarde lo tienen todo a punto. La casa ha quedado preciosa. Limpia y ordenada. Desprende paz y sensación de confort. Justo lo que necesitan hoy.

Martí la acompaña hasta su piso. Han quedado en la casa solariega a las ocho de la tarde, así que tiene un par de horas por delante.

Se ducha y se seca el pelo en media hora. Solo le falta pasarse la plancha y vestirse. Se pondrá un vestido negro de manga larga, unas medias y botas altas. Elegante y cómoda a la vez. La bolsa de viaje ya la tiene lista desde hace unos días. Puso unos pantalones negros y una camisa para la comida de Navidad; un chándal para ponerse en la casa durante la mañana y preparar lo que haga falta, aunque Martí le dijo que no se preocupara de nada, que lo tenía todo controlado; para Nico, un pijama, un chándal, unos pantalones azul marino y una camisa azul cielo; el neceser y poca cosa más.

No puede dejar de pensar en cómo va a ser compartir una fecha tan especial con Martí y su familia, y pasar la noche con él en su cama. Sus encuentros en su casa, hasta ahora, han sido escasos; de hecho, solo ha habido uno, y el solo hecho de recordarlo la hace enrojecer. Normalmente, es Martí quien ha pasado las noches con ella.

Mejor no pensar en ello, ni tan siquiera intentar imaginárselo. Mejor dejar que las cosas sigan su curso y dejarse sorprender. En eso, Martí es especialista.

Cuando llega Nico, lo ducha y lo ayuda a cambiarse. Él también está nervioso o, mejor dicho, más que nervioso, está eufórico. No para de hablar de la Navidad, de los regalos, de los niños que conocerá, de Martí, de lo que harán...

Mientras, Martí también se está arreglando para la ocasión. Se viste con unos pantalones azul oscuro y una camisa blanca. Antes, ha estado repasando por enésima vez la lista de la fiesta: la música, el fuego, la compra, la zona de juegos, un espacio más tranquilo para hacer tertulia y la comida. Una parte ya la tienen preparada; la otra la traerán las chicas. Así que, todo está listo. Oye como se acerca un coche y sale a recibirlos.

—¡Hola! —le dice Nico, mientras lo abraza.

—¡Hola, Nico! ¿Qué tal, campeón?

—Bien.

—Deja que ayude a tu madre —dice mirando a Sofía.

Le coge de las manos la enorme olla de acero inoxidable que trae.

—¡Pesa tanto como tú!

—Mi guiso siempre ha tenido mucho éxito, así que he preparado una buena cantidad. Tengo que volver al coche a buscar la bolsa.

—Ya voy yo. Quitaos los abrigos —les dice—, y servíos algo para beber. Sois los primeros en llegar.

—De acuerdo. La bolsa está en el asiento de detrás.

—Vengo enseguida.
—La casa ha quedado preciosa, ¿a que sí, Nico?
—Muy chula. ¡Mira, mamá, qué árbol!
—Después pondremos algunas bolas y aún falta colocar la guirnalda. ¿Me ayudarás, Nico?
—le dice Martí mientras deja la bolsa en el armario de la entrada.
—Claro —contesta él, muy campante.
—Martí, mientras tomamos el aperitivo, se tendrá que calentar el guiso —le dice Sofía entrando detrás de él, en la cocina—. ¿Sabes que esta cocina me gusta muchísimo?
—Mi madre se pasaba horas. Decía que la relajaba —le dice.
—No me extraña nada —le contesta mientras le da un beso en la mejilla.
Detrás de él se abre la puerta. Empiezan a llegar el resto de invitados.

Está solo en casa. Un servicio de limpieza se ha cuidado en dejarlo todo limpio y pulido. Se pasea tranquilamente por todas y cada una de las habitaciones, orgulloso de cómo han quedado las reformas. Pero de lo que está realmente satisfecho es del estudio.

«Le va a encantar», murmura. Ya se imagina la escena: atada a la cama, como solía hacerle, y volver a sentirla toda ella para él solo. Tiene ganas de dejar el hotel e instalarse en la casa, pero aún no es el momento.

Está contento con el trabajo que ha hecho Nuria. No tiene ninguna queja; se ha mostrado como una auténtica profesional dirigiendo los trabajos. De hecho, ya le ha pagado el resto de la factura, eso sí, dándole el nombre de una empresa falsa. Justo esta misma semana le ha pedido que se encargue del diseño interior y los detalles de la decoración. Ella le ha respondido afirmativamente que se va a encargar personalmente. Después de dos meses intensos de reformas, ahora la decorarán.

Lo tiene que celebrar. Por fin todo va tomando cuerpo. Le encanta su nueva casa y espera que a su mujer también. Cierra la puerta detrás de sí. Ha encargado mesa para cenar en la marisquería.

Capítulo 26

Poco a poco los invitados van llegando. Martí hace de anfitrión. En la casa se respira familia Prat por todos lados.

Después de la cena ve como Mar se acurruca en la falda de Nuria mientras visten unas muñecas. Pere, sentado entre Andreu y Martí, intenta montar con paciencia un complicado barco de guerra de Lego, de no sé cuántas piezas. Y Nico desafía primero a Martí, después a Albert, a Pere y a Gerard a un juego de la PlayStation.

—¿Cómo se lo hace este niño? ¡Nos ha ganado a todos! —dice Martí mientras coge a Nico, lo levanta, en medio de su risa.

Las hijas de Nuria y su sobrina, Alba, se muestran atentas con Mar y con el hijo de Paula, Lluc, y después se ponen a jugar a la Wii.

Está contento al oír hablar a Nuria sobre la posibilidad de casarse la próxima primavera, antes de que nazcan los gemelos. Andreu se lo había propuesto y ella no se ha podido negar. Durante toda la velada, Sofía ha notado que Martí tenía los ojos puestos en ella un sinfín de veces y siempre con aquella sonrisa pícara. Seguro que ya estaba pensando en el después, cuando todo el mundo estuviera en la cama. Ella también.

Hace un buen rato que la familia de Paul y la de Jan se han ido. Poco a poco, los niños empiezan a desfilar hacia la habitación; los mayores también, pero antes, dejan los regalos dentro de los calcetines. Los han colocado todos alrededor de la chimenea. ¡Qué bonito!

Hoy han abierto unos cuantos regalos, mañana el resto. Los acaban de llenar, cada uno los suyos, con sus cosas: golosinas, tickets regalo, pequeños detalles, fotografías...

Se oyen sonidos a lo lejos.

—¿Pasa algo, *papillon*? —le pregunta Martí.

Ella se gira y le sonríe mientras se le acerca y lo coge por la cintura. Después apoya su cabeza sobre su pecho.

—No. Todo bien. Todo perfecto.

Aún hay magia cuando cierran despacio y suavemente la puerta de detrás de él. Se dejan llevar, sin nervios y sin dudas. Cuando Martí le acaricia la espalda y los lados de los pechos, la emoción le provoca un pulso firme e intenso. Como si bailaran, caminan hasta la cama.

—Estoy deseando volverte a ver desnuda. No me cansaré nunca.

—Y yo a ti.

Nota su sonrisa mientras le desabrocha la cremallera del vestido y se lo quita poco a poco. Ella se lo acaba de retirar, lo recoge del suelo y lo deja en la silla.

—Creo que se me ha parado el corazón. Mírate.

Por un momento le parece que la mira como no lo había hecho antes. Sus ojos se encuentran, y se produce la conexión. Y la reconoce antes de atraerla hacia él.

La sensación de sus manos en su piel, sus cuerpos calientes, le produce un escalofrío tras otro.

Ella le desabrocha la camisa sin dejar de darle besos. Es Martí. Alto y guapo. Bajo el tacto de sus dedos y de sus manos, nota el latido acelerado de su corazón.

Se tumban en la cama. Sofía, con sus curvas compactas, sus cabellos brillantes, sus ojos intensos y la piel suave, debajo. Las sensaciones se escampan en su interior: su aroma, su gusto, su roce entre las sábanas, mientras ella se mueve con él. ¡Todo en ella es tan familiar y tan

inesperado y diferente a la vez! Entrecruza sus dedos con los de ella y acerca su cara a sus pechos. Suaves, perfumados.

Martí le acaricia con los labios la curva de sus senos, que sobresalen de la punta de encaje del sujetador. Después, mete la lengua por dentro. Automáticamente, ella aprieta fuerte los dedos.

Martí se recoloca sobre ella, con esmero, y la besa hasta que los dedos de Sofía vuelven a relajarse. Él la suelta de la mano para acariciarla, para rozar la piel de seda, el encaje, gustoso con la sorpresa, a gusto con cada descubrimiento. Le besa el cuello, le desabrocha el sujetador y se acerca para besarle de nuevo el pezón.

A fondo. Tenía que haber pensado que sería exhaustivo, con los labios, acariciándole la piel con las manos. Le quema el cuerpo con aquella sensación tan especial, tan detallista, concentrada, con aquella paciencia infinita tan característica de él.

A Sofía se le acelera la corriente sanguínea, se le pone el pulso a galope, mientras él, con sus caricias, le produce un placer dulce y embriagador. Se le entrecorta la respiración, se levanta, se abre hasta que todas las restricciones y barreras ceden.

Solo Martí.

Sofía se deja llevar, y se envuelve de lo que es ella, y de lo que le hará. «Sin límites», se dice. Esta energía, esta respuesta inmediata, esta exigencia rápida. Con ella todo es fresco, nuevo, pero maravillosamente familiar.

Contiene el aire, deja ir un suspiro cuando él se introduce poco a poco en su interior, cuando él también la llena.

Una vez más, a Martí le parece que se le para el corazón por unos instantes. Se queda atónito, sin aliento. Se mantiene allí, sobre de ella; mirándola maravillado.

Ella se incorpora, se coge del cuello y envuelve las piernas en su cintura. Después tira la cabeza hacia atrás y la de él se desploma sobre el pecho de Sofía.

Empieza a moverse, resbaladiza como una bala, rápida como un rayo, y lo lleva, más allá de un instante de admiración, hasta el placer, el deseo y la pasión.

Ella deja a un lado su raciocinio, temeraria y ambiciosa, para anclarse a él, cogiendo con pasión toda la calidez que le da Martí. Y al acercarse al clímax, se acurruca, al mismo tiempo que aquella intensa sensación le recorre todo el cuerpo, y por fin, la catapulta al orgasmo.

Acaban de desplomarse sobre la cama, exhaustos. Se abrazan dulcemente intentando recobrar el aliento.

—¿Por qué? —pregunta él.

—Porque, ¿qué?

Con los ojos cerrados, Sofía levanta un dedo en señal de espera de otro minuto.

—¿Por qué no hacemos esto más a menudo? —le pregunta él.

—¿Más? La verdad es que ha estado magnífico hacerlo de nuevo aquí, en tu casa.

—¿Has estado cómoda? Porque si no recuerdo mal, la otra vez lo hicimos en... la mesa, ¿no?

Ella se ríe y le da un bofetón en el culo.

—Que sepas, pues, que también ha estado muy bien. Sabía que se te daría bien. Eres el hombre de los detalles y te agradezco que no se te haya escapado ninguno.

—De nada.

Cierra los ojos satisfecha.

—Tendría que estar cansada...

—¿No lo estás? Si quieres continuamos el trabajo.

—¡Huy, huy! Yo diría que lo has acabado. Además, deben de ser ya las cuatro... después de un día larguísimo, debería estar cansada y, en cambio, me siento bien, relajada.

Martí se acurruca aún más.

—Tendríamos que dormir un poco. Hoy nos espera un día largo —comenta Martí.

—Claro... ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —responde él, mientras le da un beso suave en los labios.

Cierran los ojos y se dejan llevar por el sueño. El último pensamiento es de pura felicidad.

Capítulo 27

Ya vienen. Hace unos diez días que Martí los había llamado para invitarlos a pasar la Navidad en Roses. Quería darle una sorpresa a Sofía. Y Manel no dudó ni un momento. La misma Sofía y Nico le habían ya hablado de él. Sabía que la hacía feliz y tenía ganas de conocerse personalmente.

Desde que su hija entró por la puerta de su casa, después de la agresión que sufrió por parte de Roberto y embarazada de Nico, la relación entre ellos fue diferente: más fuerte, más intensa y más transparente. Aquel día no le dijo nada, no hacía falta. Un padre conoce a los hijos y no le extrañó que le hubiera pasado algo. Le dolió muchísimo verla de aquella forma, pero sabía que Sofía era muy valiente.

Sin decir nada, la abrazó y estuvieron horas y horas así. Le preparó una infusión y, más tarde, un baño. No le pidió explicaciones. Sabía que tarde o temprano ella se las daría.

Una mañana, en uno de los paseos que hacían de costumbre, se sentaron en un banco de un parque próximo. No lo olvidará jamás. No podría. Nunca.

Cuando conoció a Roberto no le pareció una mala persona; lo veía incapaz de hacer todo lo que le explicó Sofía. No se lo podía creer. Sabía que su hija no estaba bien, que no era feliz. Cada vez que la veía, sus ojos la delataban, pero también su tristeza y su figura, cada vez más delgada. A menudo se preguntaba por qué no había intervenido antes.

A partir de entonces se prometió que la ayudaría en todo lo que pudiera. Que estaría siempre a su lado. Se lo merecía.

El juicio fue una prueba de fuego para todos. Él, que había sido una persona serena y tranquila, perdía los nervios cuando veía que Roberto, «aquel malnacido» negaba los hechos o, simplemente, sonreía. «¿Cómo se atrevía?», se preguntaba. El abogado ya les había advertido que eso podría pasar, y que necesitaba que se calmaran, que las pruebas que ellos presentarían eran irrefutables y que el jurado reconocería todo el daño y el dolor cometido a Sofía.

Por otro lado, la llegada de su nieto lo llenó de alegría, y más cuando Sofía le pidió que estuviera con ella presente en el parto, juntamente con Paula. Su hija no había querido saber el sexo del hijo que esperaba, así que, cuando le anunciaron que era un niño, les dijo que había pensado en ponerle Nico. Él no pudo aguantar y se le escaparon algunas lágrimas, lágrimas de felicidad.

Este periodo de alegría y tensión también coincidió con la recuperación de la amistad con Rosario, una antigua compañera que había quedado viuda antes que él, y que poco a poco ha acabado convirtiéndose en una más de la familia.

Como padre, estuvo al lado de su hija cuando decidió trasladarse a Roses. Estuvieron mucho tiempo hablando de ello. Pros y contras. Un nuevo lugar y una nueva vida. Se lo merecían. Aunque ahora la distancia se les hace pesada. No ver cómo crece Nico, ni estar con su hija a diario, le costaría. Pero entendía que a Sofía le iría bien volver a ser ella misma, por sí sola. Tendría que aprender a vivir en libertad, tranquila, lejos de Roberto y de su pasado. A la vez, él había decidido irse a vivir al sur, en concreto a Málaga, de donde era Rosario. El buen tiempo le iría bien para su salud. Se hacía mayor y el reuma se le agravaba con la edad. Se prometieron llamarse y verse a menudo.

Sofía esperaba que vinieran por Navidad, la primera que pasaban en Roses, pero su padre le dijo que no podrían, que Rosario había pillado un buen resfriado y no le convenía hacer un

desplazamiento tan largo. Una mentira piadosa que quedaría compensada con la sorpresa que le tenía preparada Martí.

Capítulo 28

Los niños se han levantado temprano. Continúan excitados y alegres. No paran de reírse y de pasarlo bien. Paula y Nuria les han preparado el desayuno, que han comido rápidamente, y han regresado a las habitaciones para continuar jugando.

Después, ellas, Andreu y Alberto también han comido un poco. Al finalizar, las chicas han empezado a conversar en la cocina mientras los hombres han ido al comedor.

—Fue una cena preciosa —dice Paula.

—¡Es cierto! ¡Los niños se lo pasaron muy bien, y los mayores, aún más! —comenta Nuria.

—Sí. Martí y Sofía hicieron un buen trabajo con todos los preparativos. La casa está desconocida. Y, además, hacen muy buena pareja —dice Paula.

—Te tengo que dar la razón. A Martí, con Sofía, se le ve más tranquilo y centrado. No sé por qué, pero tengo la intuición que tendremos boda pronto.

—Yo también veo a Sofía cambiada. Pletórica. ¡Tengo tantas ganas que vuelva a ser feliz!

—Lo ha pasado mal, ¿verdad?

—Sí. Su ex era un hijo de puta. Por eso tengo ganas que recupere el amor con alguien que la ame de veras.

—Siempre he sabido que algo grave había sucedido. ¿Tan grave fue?

—Sí, pero no te puedo decir nada, Nuria. Se lo prometí a Sofía.

—No quiero que me lo expliques. Lo respeto. Martí puede parecer muy frívolo, y hasta ahora, un alocado. Pero te aseguro que con ella ha cambiado. ¡Y está muy enamorado de Sofía!

—Jo también lo he visto. Y hacen una pareja fantástica. Son guapos por fuera y por dentro, y a la vez, creo que se complementan.

Mientras hablan, van recogiendo los platos del lavavajillas y haciendo los preparativos para la comida de Navidad.

En la sala de estar, Andreu y Alberto tiran los envoltorios del día anterior, recolocan los regalos debajo del árbol y ordenan la mesa para comer más tarde. Se oyen pasos y risas que dan vida a la casa solariega que hacía un par de años que estaba cerrada.

—Y tú, Nuria, ¿cómo te encuentras? —le pide Paula, acariciándole la tripa.

—Bien. Cada día con la tripa más grande y con mucho apetito. Aparte de esto, me siento feliz y activa. Justo después de Navidad tengo que redecorar un chalet en Roses y comenzar a preparar la llegada de los gemelos y la boda. Por suerte, mi madre me ayudará, e Irene, también. Supongo que deben estar al llegar. Quedamos que vendrían sobre la una, y ya casi lo son.

—Sí, me dijiste que vendrían. ¿Habéis decidido si os casaréis antes o después de la llegada de los niños?

—Creo que lo haremos en abril. Luciré un buen embarazo, pero no me puedo esperar más. ¡Soy tan feliz!

—Nuria, si confías en mí y en Sofía, te organizaremos la boda de tus sueños, y así tú te concentras en cuidarte y, sobre todo, en los gemelos.

—¿Sí? ¿Seguro que lo queréis hacer?

—¿No te encargaste del mío? ¿Crees que no vamos a ser capaces?

—Claro que sí. Me encantará que lo hagáis. Será una sorpresa para todos. Si te parece bien, después hablamos de algunos detalles que me gustarían y, a partir de aquí, yo me olvido. Ah, déjame que se lo diga a Andreu.

Oyen un claxon.

Capítulo 29

—¡Eh, perezosa, a ver si nos levantamos! ¡Ya son más de las once de la mañana!

—Buenos días —le responde aún dormida.

Martí la abraza por detrás y le da un beso en el hombro.

—Quédate aquí. Tengo una cosa para ti —le dice Sofía mientras se levanta a coger una bolsa.

—¿Qué? Buena idea. ¿Cómo tengo que esperar?

—No te hagas ilusiones. Te he comprado un regalo y te lo quiero dar ahora.

—¿Qué es?

—¡Sorpresa! Ábrelo —le dice mientras vuelve a la cama y se sienta a su lado.

—¿Qué es este paquete? ¿Qué hay dentro?

—Si no lo abres, no lo sabrás.

—¡Guau! ¡Eres tú! Me encanta —le dice mientras la besa.

—De nada. El día que estuvimos aquí, ya sabes, me dijiste que te gustaría una fotografía desnuda de mí. Esta no es un desnudo, pero soy yo, mi hombro y mi mariposa que tanto te gusta.

—Es magnífico. Me gusta muchísimo. Lo colgaremos donde tú quieras. Yo también tengo un regalo para ti, pero tendrás que esperarte.

—¿Sí?

Martí mira el reloj.

—Dentro de una hora te lo daré —le dice y la deja aún más intrigada.

—De acuerdo. No sé de qué va, pero después de todo lo que me has dado esta noche puedo esperar una hora. ¿Tengo tiempo de ducharme?

—Una ducha rápida.

—¿Tengo tiempo de ducharme contigo?

Se pone a reír.

—No sería rápida.

Se inclina y le da un beso. Un beso prolongado, intenso y tan delicioso que le hace serpentear todo su cuerpo. Renacen las primeras llamas de un fuego inminente.

«Tiene razón. No sería rápida de ninguna de las maneras», piensa ella.

—Venga, ve a ducharte —le dice mientras le aparta las sábanas.

Martí le da unos cachetes en el culo cuando pasa por su lado. Sofía se para unos segundos y le regala una sonrisa descarada.

—Desnuda y enjabonada de pies a cabeza —le dice—. Supongo que te lo perderás todo.

—Eres muy mala —contesta Martí, riéndose.

El baño es grande. Las paredes están hechas de una combinación de madera de teca oscura y mármol blanco con líneas grises. El suelo también es oscuro. Tiene un plato de ducha grande con una columna de hidromasaje.

Le gustaría compartir esta ducha con él, pero, si tienen poco tiempo, ha de admitir que lo más sensato es haber rechazado la propuesta. Aun así, no puede sacárselo de la cabeza. Acciona el chorro de la ducha, y mientras espera que el agua salga a la temperatura ideal, se lava los dientes.

Inclina la cabeza dejando que el agua le resbale por la piel y empapar los cabellos. Tiene un dosificador de champú en la pared y se pone un poco primero en las manos para después

extenderlo por la cabeza. Se lo aclara a consciencia. Cierra los ojos, dejando que el agua le caiga por la cara y le resbale por el cuerpo dibujando cálidas líneas.

No lo oye entrar, pero antes de que la toque sabe que está allí. Puede que haya sido un pequeño sonido de fondo, un cambio de luz. O puede que sea telepatía, un presentimiento o la conexión que nunca ha experimentado con nadie más. Lo único que sabe es que no ha sido una sorpresa. Percibe su erección detrás de ella mientras Martí le coge los pechos.

Ninguno de los dos dice nada, pero ella apoya la cabeza hacia detrás mientras él la acaricia. Las poderosas manos de Martí juegan con sus pechos, y los dedos con sus pezones. Le pasa una mano por la tripa, y un poco más abajo. La encuentra húmeda, resbaladiza y como siempre, dispuesta. Le hunde los dedos en su sexo, llenándola, palpándole el clítoris sensible y la deja sin aliento cuando le introduce el dedo. Unas olas expansivas de calor hacen que su cuerpo se estremezca del todo.

Los dedos juegan dentro de ella, desplazándose lentos, con movimientos sinuosos y sensuales para volverla loca. Está tan cerca del clímax que gime cuando le retira la mano, pero en realidad no ha acabado. La tira hacia delante haciendo que se doble sobre su estómago y se apoye con las manos en la pared. Martí continúa silencioso, callado. Sofía sonríe de cara a la pared de la ducha, con las manos sobre el mármol caliente y su culo contra él. Nota como le acaricia la espalda, su mariposa, y como sus manos se pasean lentamente por el lateral de su cuerpo hasta las nalgas. Su pene se introduce resbaladizamente por su interior.

Está tan húmeda y abierta que la penetración ha sido suave. Pero, poco a poco, las embestidas se hacen cada vez más fuertes, profundas, largas y ávidas, mientras siente como se le tensa el cuerpo a medida que se acerca al fin. Todo ello, un cúmulo de sensaciones sexuales, de liberación inminente, de una corriente eléctrica a punto de estallar, como si tanto placer fuera imposible de mantener guardado dentro de ella.

Llegan juntos en una vibrante explosión y acaban jadeando y cansados. Al momento, Martí se retira, la hace girar y se abrazan.

—Me parecía haber oído que llegaríamos tarde —le dice cuando acaban.

—Y llegaremos tarde, pero ha valido la pena —le contesta, mientras le da un beso intenso—. Venga, démonos prisa en vestirnos.

Sofía se ha puesto los pantalones negros y una camisa blanca, unas botinas de color gris oscuro y un pañuelo de cuello color rosa con estampados grises. Martí se ha vestido con unos pantalones también negros de un tono brillante y un jersey azul cielo.

—Me tienes intrigada con la sorpresa. ¿Qué es?

—No te lo puedo decir.

—Venga, dímelos...

Capítulo 30

Mientras se acaban de arreglar, el sonido de un claxon los sobresalta.

—Creo que mi sorpresa ha llegado.

—¿Sí?

Salen fuera, cogidos de la mano.

—¡Papá! ¡Es mi padre! ¿Qué haces aquí?

—Hola, querida —le responde mientras se le acerca para abrazarla.

—¡Rosario, qué alegría! —le dice y le da dos besos.

—Veo que te gusta mi regalo.

—Sí. ¿Cómo...?

—Martí me telefoneó y nos propuso venir a pasar unos días con vosotros. No nos podíamos negar, ¿no? También nos comentó que quería que fuera una sorpresa.

—¡Una muy buena sorpresa! ¡Estoy muy contenta! Gracias, Martí —le dice mientras lo abraza y le da un beso en los labios.

—Perdóname, hija, pero no te lo podía decir.

—¡Perdonado! —responde mientras le da otro achuchón a su padre—. Te quiero.

—Yo también.

—Además, aquí no se acaba la sorpresa —le dice Martí.

—Ah, ¿no?

—No. Como soy un poco egoísta, les he pedido a tu padre y a Rosario que cuiden de Nico mientras nosotros hacemos una escapada a Montgó con el velero. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? ¡Fantástico!

—Nosotros estaremos felices de estar con Nico, cuidándolo y mimándolo al máximo durante unos días.

—¿Cuántos días?

—Solo tres días para nosotros solos. No es mucho, ¿a qué no? Así, después podrás acabar las vacaciones con tu padre y Rosario.

—¡Sí, perfecto!

—Además, Carla se ocupará de la farmacia, y me he permitido la libertad de telefonear a Elisabeth, que vendrá a echarle una mano.

—¡Ostras, has pensado en todo! —le dice. Entonces le pasa el brazo por la cintura y se le acerca—. ¿Lo ves, papá? Ya te lo decía que Martí era especial y detallista.

—Yo solo quiero que seas feliz. Y si él te hace feliz, tiene toda mi estima.

—Gracias —le contesta ella.

—¡Abuelo, abuelo!

—¡Ey, Nico! Aquí tengo a mi nieto. ¡Cómo has crecido! —exclama, y a continuación lo abraza.

—¿Cómo es que estáis aquí? ¿Os ha traído Santa Claus?

—Sí, Nico. Santa Claus nos dijo que a ti y a tu mamá os haría mucha ilusión que Rosario y yo viniéramos y además Martí nos ha invitado también a pasar unos días —le dice mientras hace un guiño a los mayores.

—Gracias, Martí —agradece Nico con un abrazo.

—De nada, campeón.

—¡Rosario!

—¿Qué tal, Nico? ¿Cómo estás?

—Yo bien, y ¿tú? ¿Has cuidado bien al abuelo?

—Claro que sí. ¿No lo ves? Está hecho un toro. Además, yo no rompo nunca una promesa, y menos con Nico —le dice al resto.

Todos ríen.

—Entrad que os presento a mi hermano, mi cuñada y al resto de la familia. A Paula ya la conocéis. También está aquí.

—¡Qué bien! ¡Qué alegría! —dice Manel.

En el mismo momento llega otro coche. Es la hermana de Nuria.

—¡Qué alboroto de gente! —exclama el padre de Sofía.

—Ni que lo digas. Nos hemos reunido todos —contesta su hija.

—Venid, que os presento.

—¡Nuria, ha llegado la abuela Teresa! —exclama Pere, mientras Nuria y Paula salen en el umbral de la puerta.

En la entrada se han concentrado el padre de Sofía y Rosario; la madre y la hermana de Nuria, Irene, con toda su familia. De la casa han salido los hijos de Andreu, y este, Paula, Alberto y Lluç. Y, por descontado, Sofía, Martí y Nico. Un buen grupo. Una gran familia.

Más tarde vendrán el hermano de Nuria, el hijo mayor de Paula con su novia, y Julia.

Capítulo 31

Su familia lo había invitado a pasar la Navidad con ellos, pero no le había apetecido ir. Está bien solo. A media mañana ha decidido estirar las piernas, despejar la mente, estudiar el terreno y prepararse para lo que vendrá en pocos días. Se ha puesto un chándal y una parka, pues hacía frío a pesar de ser las once de la mañana. Hace días que se muestra nervioso, con ganas de acción y de movimiento. Ha dejado la casa limpia y lista, pero desea que llegue el gran día. Ha de tenerlo todo bien atado y no dejar nada a la improvisación.

La comida los reúne a todos alrededor de la mesa donde el día anterior habían cenado con los amigos. Hoy es día de familia y la preparan entre todos.

Tampoco ha faltado ningún detalle. Andreu y Martí han sacado los manteles blancos y la vajilla que utilizaban sus padres para las grandes ocasiones, y este día también lo vale.

Sofía ha decorado la mesa con unos centros de flores secas combinadas con unas velas que había guardado en una de las cajas que el día anterior habían traído con Martí, y habían sido de sus padres. Nuria ha puesto, en el mueble del comedor, un par de fotografías de Consol con los niños que se habían tomado la Navidad pasada.

—Así ella también estará presente —le dice a Andreu, quien le agradece el detalle.

Son las dos del mediodía, y poco a poco, todos van sentándose. Los niños han dejado de jugar en cuanto han llegado los abuelos y los tíos. Todos están habladores y alegres, entusiasmados por el acontecimiento.

Es un día especial. Un día de gozo y, a la vez, de tristeza por los seres queridos que no están presentes. Aun así, se distraen y se divierten.

La abuela Teresa ha traído la típica «escudella i carn d'olla», ya que Nuria, hace unos días, le pidió que la preparara. Le sale deliciosa y sabía que a todos les vendría bien: caliente en un día frío y reconfortante para el cuerpo y el espíritu. Manel y Rosario han traído los típicos postres malagueños de Navidad: mantecados, alfajores y unos borrachuelos hechos por ella misma. Todo acompañado con un buen vino, que han saboreado con mucho gusto. El resto de la familia también ha traído postres y bebidas.

La sobremesa se ha alargado hasta bien entrada la tarde. Han intercambiado regalos y han jugado un buen rato todos juntos. Ha sido un día de Navidad especial y diferente, que seguro que ninguno de ellos olvidará.

Capítulo 32

Sofía y Martí se van a media mañana del día treinta y uno. El cielo se ha levantado medio nublado, pero no hay amenaza de lluvia y, aprovechando la poca brisa, se dirigen hacia cala Montgó.

Martí había preparado el velero de Andreu para hacer esta escapada. Ha procurado que no falte ningún detalle, nada que puedan necesitar estos dos días que estarán fuera: ropa de cama, mantas, toallas, comida, cava, música...

—¿Por qué precisamente quieres ir a cala Montgó? —le pregunta Sofía.

—¡Me encanta! Es el paraíso de la familia Prat; en ella tenemos nuestras raíces. Un antepasado mío, que se llamaba Joan, se casó con Helena, una chica que vivía cerca de la torre de Montgó. Joan, era de Roses y había sido un pirata a mediados de mil setecientos.

—¿De verdad? ¡Qué interesante!

—¿Te gustan las historias de piratas o la historia en general?

—Las dos. ¡Es fascinante tener un antepasado pirata!

—Sí, yo también lo pienso. Además, Joan se convirtió en un héroe para la gente de Roses y de la Escala. Resulta que se fue a Génova con un pirata de veras. Fue su ayudante. No sé qué le dijo o qué le propuso, pero fue así. Volvió al cabo de un par de años, rico, con su propio velero, y comercializó con la gente del golfo de Roses trayendo sal, aceite y otros productos básicos, evitando los aranceles del gobierno. Poco después se casó con Helena. La había conocido en una incursión que había hecho de Roses a cala Montgó antes de irse a Génova. Según cuentan, fue un amor a primera vista y, mientras él estuvo fuera, se enviaban cartas y mantuvieron el contacto hasta que Joan regresó. Algunas de esas cartas las tenemos guardadas en la casa solariega, entre otras cosas de aquella época.

—¡Qué historia más apasionante! ¿Y fueron felices? —pregunta entusiasmada.

—Sí. Felices para siempre. Tuvieron tres hijos: Joan, Andreu y Martí, y una hija, Mar. De ahí que siempre ha habido tradición en repetir sus nombres en sus descendientes. Así pues, yo me llamo Martí como su hijo pequeño.

—¡Fantástico!

—¿Sabes? Cuando hice los dieciocho años, ya era un aventurero y un soñador.

—¿Cómo ahora?

—No sé por qué lo dices —le responde con una sonrisa pícar—. Bien, ¿puedo continuar?

—¡Claro!

—Pues, con el velero que entonces tenía, me fui hasta Génova.

—¡Ostras!

—Sí. Un viaje muy interesante. Hice escala en diferentes puertos del Mediterráneo hasta llegar a la ciudad donde Joan había ido para hacer fortuna. ¿Y sabes una cosa? Aún pude contemplar el local que utilizaban como almacén, ahora convertido en un centro comercial, donde guardaban los productos. Además, también visité la taberna donde Joan iba a comer que continúa existiendo. ¿Te lo puedes creer? Bueno, ahora más bonita y reformada que lo que debía ser entonces. La verdad es que me hizo mucha ilusión poder revivir lo que él había visto y vivido. Mira, ya llegamos.

Enfrente, se divisa claramente la torre encima del macizo y la entrada de la cala. Martí le

enseña las diferentes cuevas que se ven y le acaba de contar la historia de Joan, de su padre, de Peret, y de cómo habían arriesgado sus vidas para hacer contrabando y se habían escapado de los guardas.

Martí es un buen historiador y un buen orador. No deja de explicarle todos los detalles de la vida de la época, enlazándolos con el contrabando que tenía lugar durante la Guerra Civil. Y, cómo no, la historia de amor que nació entre Helena y Joan; de su vida en pareja, de su boda y de la llegada de sus hijos.

La cala está solitaria. No hay nada ni nadie en ninguna parte. Todo está tranquilo. El agua, de color azul oscuro, en calma. El ambiente, sereno.

Martí ha planeado pasar un par de días en el velero. No quiere nada más. Comenzar el año y una nueva vida al lado de Sofía es lo mejor que le puede pasar.

Capítulo 33

—Me gusta estar aquí contigo.

—Y a mí —le dice Martí mientras la abraza aún más dentro de la cama.

—¡Es un lugar tan mágico!

—Estoy contento que también lo sientas así, pues es parte de mi historia y de mi vida. Mis padres nos inculcaron la importancia de la familia y de las raíces. Con ellos y Andreu veníamos siempre que podíamos, ya fuera para pasar un par de días, o una semana. El mar y, en concreto, cala Montgó son únicos.

—Me lo imagino. La historia que me explicaste ayer es muy bonita, y este entorno, un paraíso.

—¿Te lo vas a creer si te digo que, aparte de mi familia, no he estado aquí con nadie más?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué nunca has traído a ninguna mujer, a ninguna novia?

—A Nadie. Puede que sea por lo que te comentaba antes... cómo es un lugar único, lo quería compartir con alguien realmente especial.

—¡Qué honor!

—El honor es mío, no lo dudes. ¡Te quiero mucho! Y esta es una palabra que tampoco había dicho nunca a nadie, o al menos en el sentido que tiene cuando te la digo a ti.

—¡Ostras, Martí! Me dejas sin palabras.

—No hace falta que digas nada —le dice, y al momento le da un beso en los labios. Un beso dulce e intenso, como se encuentran los dos en estos momentos.

A los pocos segundos, ella gime cuando la vuelve a besar. Un beso que se vuelve más apasionado. Con un solo roce de sus manos en la espalda, él ya sabe que es suya.

—Esta vez quiero ir más despacio, infinitamente más despacio, para saborear cada momento, cada caricia, cada gemido —le dice Martí mientras apaga la luz—. Quiero esta parte de ti. Y esta también —le susurra mientras con los labios le resigue el cuello—. ¿Sabes qué? Me encantas, Sofía— le dice mientras centímetro a centímetro le quita la camiseta.

Cuando la tiene desnuda le clava los ojos en su cara. No ha de esforzarse para mover las manos lentamente ni para reprimir el impulso de sumergirse en su interior. Ni tan siquiera cuando ella suspira con su tacto, ni cuando sus manos la tocan, ni cuando se entrega por completo antes de pedirle nada. La está explorando de nuevo como si fuera la primera vez.

Ninguno de los dos oye el viento.

Después, ella lo cabalga. Puro placer, suave como la rosada de la mañana y profundo como el mar oscuro. Poder sentir cómo se desliza en su interior, transformándose, desplegándose hasta llevarla a la cima donde solo existe él.

Ella le besa el cuello, el pecho. Nadie antes le había hecho el amor de aquella forma. Luego le besa poniendo todos sus sentidos en aquel beso, sabiendo que Martí está con ella; que es su complemento. Sus bocas se funden, una en la otra, y el último golpe de placer se apodera de ellos.

Él no puede moverse, no quiere moverse. No es capaz de apartarse. Sentirla es maravilloso. Sus cuerpos sin energía, saciados y la mente vacía. El corazón le tiembla y palpita con fuerza. Sin decir nada, se acerca aún más a ella, y deja que el viento y las olas los acurruquen hasta que se quedan dormidos.

Estos tres días han servido para estar más juntos que nunca. Han hecho el amor unas cuantas veces, han tenido tiempo para hablar de ellos y se han conocido un poco más, en todos los sentidos. Se han explicado momentos de su infancia y adolescencia, de cómo eran sus respectivos padres, de su época universitaria, de sus viajes, en especial los de Martí, que es quien ha recorrido más mundo.

Prácticamente, no se han movido de la cama. Han sido unos días perfectos, de confidencias y complicidad. Y también han hablado del futuro. De un futuro que quieren iniciar juntos.

Capítulo 34

Los inviernos en Roses son realmente tranquilos, excepto los fines de semana, que es cuando los franceses del sur y las familias que tienen su segunda residencia llegan buscando el relax, el ambiente marinero y la tramontana.

Después de las vacaciones de Navidad, todo vuelve a la rutina. Sofía continúa con sus clases de defensa personal, las salidas a correr, la farmacia y la atención a Nico. Un fin de semana cada quince días tiene guardia, y como tiene la farmacia muy cerca del mercado semanal, los sábados pasan rápido.

Martí ha regresado a las clases, pero la mayoría de las noches las pasa en casa de Sofía y Nico. Se encuentran a gusto los tres juntos.

Andreu está en Tánger supervisando la empresa. Ahora, con la llegada de los gemelos, le da temor separarse de Nuria y dejarla sola con los niños, aunque tenga ayuda. En este viaje tiene previsto delegar en el director que tiene allí unas cuantas funciones de las que normalmente él se ocupaba. Necesita pasar más tiempo con la familia, y en especial con Nuria, durante el embarazo. Dentro de un mes tiene previsto otro viaje a Osaka, pero esta vez irá con ella, que no ha estado nunca, y aprovecharán para hacer una escapada romántica antes del nacimiento de los gemelos. También aprovechará el viaje para delegar diferentes tareas.

De esto ya ha hablado con Sergi, que después de la muerte de Raquel, se ha convertido en su mano derecha y lo ha nombrado gerente de la empresa. Él continúa como director general. El desliz amoroso que tuvo, ya es agua pasada.

Nuria ha iniciado la decoración del chalet del señor Alsina, un nuevo proyecto de remodelación de un despacho, y junto a María, las reformas de la biblioteca de Port de la Selva. No para. Se plantea, antes que nazcan sus hijos, contratar otro arquitecto que la ayude. Seguro que durante unos meses no podrá compaginar el trabajo con los niños.

También ha empezado a diseñar la habitación de los gemelos. De entrada, ocuparán la habitación de invitados. Ha pensado en pintarla de color amarillo pálido con tonalidades moradas, para que destaquen las camitas de barandas, la cómoda y las estanterías blancas.

Durante los días de Navidad, Martí y Andreu tuvieron ocasión de hablar sobre la casa solariega, que es propiedad de los dos.

—Andreu, ¿no crees que tendrías que trasladarte a vivir aquí?

—Ya... es cierto que el piso de Figueres nos quedará pequeño con tantos niños —le dice con una sonrisa en los labios.

—Sí. Por eso pienso que a nuestros padres les hubiera hecho mucha ilusión que todos sus nietos estuviesen juntos y crecieran aquí, ya me entiendes.

—Sí. También había pensado en ello, pero la casa también es tuya. ¿Qué quieres que haga? Ya sabes que compraría tu parte con mucho gusto, si realmente es lo que piensas.

—Creo que es lo mejor. Y por el tema económico no te preocupes, nos entenderemos.

—Antes de contestarte, quiero comentárselo a Nuria.

—Claro.

—Tú también tendrías que hablar de ello con Sofía. Por lo que veo, creo que vuestra relación va a más. No te había visto nunca tan contento, centrado y feliz.

—Es cierto. Creo que estoy enamorado.

—¿Y si otro día quieres formar una familia aquí?

—Nosotros, pase lo que pase, con la cabaña tendremos suficiente. No tengo provisto tener una familia tan numerosa como la tuya —le dice mientras le hace un guiño—. Sería genial educar a los niños aquí, ¿no?

—Sí. Nosotros fuimos muy felices.

—Tienes razón.

—Hablemos del tema con ellas y dentro de unos días decidimos.

Capítulo 35

Siempre que su trabajo se lo permite, Andreu se encuentra con sus compañeros de toda la vida, Jan y Paul. Esta vez, también se han sumado Martí y Gerard. Juntos empezaron a congeniar y a encontrarse a raíz de la boda de Alberto y Paula.

La casa señorial e indirectamente la cabaña de Martí, se han convertido en un punto de encuentro después de que por Navidad se abriera definitivamente a la familia y a los amigos. Los hermanos Prat se han propuesto que sea un espacio de reunión y de celebraciones. Andreu ya ha hablado con Nuria, y ella se ha mostrado muy contenta e ilusionada ante la posibilidad de establecerse de manera permanente después del nacimiento de los gemelos y de que se hayan hecho las obras de rehabilitación necesarias. Que sus hijos tengan la oportunidad de crecer en un entorno natural y con tanta historia es un privilegio.

La parte de abajo de la casa es lo suficientemente espaciosa. En la entrada hay un recibidor grande que al mismo tiempo hace de distribuidor. Al lado derecho del recibidor, un armario para dejar las cosas; al lado del armario, un lavabo completo y, justo enfrente, una escalera que conduce a las habitaciones. A su lado, una habitación de invitados con baño, y seguidamente, la cocina amplia que da al comedor. A los padres de Andreu y Martí siempre les gustó tener invitados y visitas, por eso habían apostado por la comodidad y la funcionalidad. Al fondo del comedor, en un lateral, está el acceso a la sala de estar, con una puerta doble, que cuando se abre, hace que todo quede en una única sala.

Hace pocos días, Andreu hizo colocar un billar en la zona de juegos, un espacio acristalado y cubierto entre la sala de estar y la terraza, y que se puede abrir en verano. Hoy se han retado a jugar.

De camino a casa de Martí se ha encargado de ir a por la cena. Los demás traerán bebidas y postres.

Es una noche lluviosa de invierno. Hace frío. A pesar del tiempo, les viene de gusto verse y pasar un rato juntos.

—¡Martí, tienes la suerte de cara! —le dice Jan, y da un trago de cerveza.

Cuando recoge de nuevo las bolas y las vuelve a colocar sobre el tapiz verde, a Martí le viene a la memoria la tarde que estuvo con Sofía en la mesa de su casa. No puede dejar de sonreír y de pensar que tiene toda la suerte del mundo.

—Sí, ya lo puedes decir —le comenta sonriendo antes de dar también un trago a su cerveza, directamente de la botella.

—Nos podrías pasar una poca a los demás, ¿no? —le pide Jan, riéndose—. Esta noche no acierto ni un agujero.

—A este paso sería mejor que recogieras y nos miraras —le propone Gerard, dándole un manotazo en la espalda.

—Eres un mal amigo.

—En el juego no hay compasión —dice Andreu.

Vuelven a jugar.

—Me gusta que con Nuria hayáis decidido instalaros aquí. Vuestros padres estarían contentos —le dice Jan.

—¡Creo que es una buena opción! No tenemos más espacio en Figueres, y con tantos niños...

—Te creo. Por cierto, ¿Nuria se encuentra bien? —le pide Paul.

—Está guapísima. El embarazo le sienta de maravilla, solo que se cansa muchísimo. Traer a dos no debe ser una tarea fácil.

—Claro.

—Pero después... ¿Cómo vamos a organizar nuestra noche de hombres si tenemos a las mujeres justo aquí al lado? —pregunta Martí.

—Será *très different* —dice Paul.

—Seguramente. Ellas pueden estar en la cabaña y nosotros aquí —dice Andreu.

—Por cierto, ¿a ti cómo te va con Sofía? Parece que por fin una mujer te hará sentar la cabeza —comenta Jan.

Martí se sonroja un poco.

—Ya lo podéis decir, ya. Hace meses que no sale de fiesta. Me ha dejado colgado —contesta Gerard, enviándole un guiño.

—Anda que no estás bien tú con Silvia. ¿Cuánto hace que salís? Creo que es la relación más larga que has tenido nunca —replica Martí.

—¡Parad, chicos! ¡Cualquiera diría que estáis compitiendo para ver quién aguanta más! —exclama Jan.

—No, no es eso —dice Martí.

Claro que no lo es. Martí está enamorado de Sofía y Gerard... vete tú a saber...

Capítulo 36

Se ha despertado en la más absoluta oscuridad, incapaz de moverse, de ver, ni de hablar. Le duele la cabeza como si se la hubieran abierto, y tiene el estómago revuelto. Desorientada y aterrada. Siente las piernas pesadas.

Tiene los ojos abiertos como platos, y todo le parece que da vueltas. Escucha un ruido rítmico y fuerte, piensa que está sola con la música a todo volumen.

De golpe le viene toda la escena de lo que le ha pasado. La tiene fresca en la memoria. El sol apagado de media tarde. La misma hora de siempre. Había hecho estiramientos, se sentía ágil y ligera. Le gusta esta sensación. Sentirse sola en un mundo de colores y olores. Solo ella, y la libertad de correr.

Recuerda a un hombre que se dirigía hacia ella. Nada para preocuparse.

El hombre ha tropezado, ha caído, y ella se ha parado un momento para socorrerlo. No lo recuerda del todo. Estaba borroso. Pero sí reconoció alguna cosa familiar en aquellos ojos solo unos segundos antes de sentir el dolor.

Llevaba encima el spray antiviolación, pero no tuvo tiempo de cogerlo. La han secuestrado. ¡Roberto! ¿Por qué? Sofía tiene la respuesta muy clara: venganza.

—¡Despierta!

Una voz conocida resuena en su cabeza. La sensación de irrealidad. Todo lo que está a su alrededor se desdibuja y se dibuja otra vez por segundos. Prueba de levantarse, pero alguna cosa la mantiene atada en la cama. Intenta deshacerse sin conseguirlo. Las bridas están tan ajustadas que le presionan y le cortan la piel, haga el movimiento que haga con las manos. Ahora lo prueba con las piernas. Tampoco sirve.

Empieza a llorar y vuelve a intentar liberarse sin éxito. El dolor le atraviesa las muñecas como un cuchillo afilado.

Roberto la mira sin inmutarse, con las manos apoyadas en el reposabrazos de la silla, y una calma turbadora en él.

—No llores, Sofía. No te servirá de nada.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Que qué quiero? Me has hecho daño, mucho daño. Y a ti te haré lo mismo.

Ella no puede parar de llorar, de suplicar que no le haga nada. Tiene miedo de volver a experimentar lo que ya pasó y sufrió hace unos años. La sensación de mareo, la opresión en el pecho y la taquicardia se han multiplicado por cien.

—El tiempo siempre es un problema. Puede hacerte olvidar las cosas o, por contra, intensificarlas. No llores. No tienes porqué. Me gusta ver tu miedo reflejado en tus ojos.

—¡Por favor, no me mates!

—¡Calla!

La habitación le vuelve a dar vueltas. Un cachete en la mejilla la hace reaccionar. Está delante de ella. La mira sin ningún tipo de expresión en el rostro.

—Vuelve. Te quiero consciente —le ordena mientras con la yema de los dedos le oprime las mejillas y ella se debate con las pocas fuerzas que aún tiene.

—Mátame, si esto es lo que quieres, pero no me hagas sufrir.

—Quiero que vuelvas a ser mía —le dice mientras disfruta viendo el miedo que sus palabras le causan—. Quiero hacerte mía de todas las maneras posibles, y cuando acabe, cuando

ya no me sirvas, te mataré, no lo dudes.

Mil imágenes del pasado pasan por su mente. Ella vuelve a sentir aquel mareo, aquel ataque de pánico y aquel miedo, de forma clara e implícita, que había olvidado.

Roberto le acaricia la cabeza y el cabello, y le tapa la boca con cinta adhesiva. Comienza a explicarle el calvario de la prisión y lo que tiene pensado hacer con ella.

—Me has hecho mucho daño y no entiendo el porqué. Yo te amo como nadie en el mundo. He estado muy mal en prisión, con todos aquellos tíos allí y yo en medio. ¿Te lo puedes imaginar? Seguro que no. ¿Sabes lo que es estar encerrado tanto tiempo? Te debo los peores años de mi vida. En un primer instante, quería olvidarte. Pero con el paso de los días, la opresión que sentía allí, encerrado, con toda aquella gentuza, no me ayudaba. En la celda la vida te pasa por delante como una película; los recuerdos vuelven y vuelven, incluso aquellos que ni tan solo sabías que tenías dentro de tu mente. Sí, Sofía, estoy enganchado a los recuerdos. Reconozco que estoy enfermo. Mis heridas no se cierran, y yo no quiero que se curen. ¿Tengo planes para ti, lo sabes? Pero da igual. Ahora volvemos a estar juntos. ¿Creías que marchándote de Barcelona no te encontraría? Me conoces poco... Tengo contactos, lo tendrías que saber. Además, veo que querías olvidarte de mí, ¿no? —le dice mientras le acaricia el cabello—. Incluso has tenido tiempo para ligarte a un tipo y tener un hijo. Porque... es tuyo aquel niño, ¿no? ¿Ya le dijiste que estabas casada? Te recuerdo que aún lo estamos. Tu abogado quería que firmara el divorcio, pero no lo hice. Te amo demasiado y sé que tú en el fondo, también. Pero da igual, nena, mañana me ocuparé de ellos.

Sofía abre los ojos como platos. Roberto cree que Nico es hijo de Martí. «Pero, ¿qué dice? ¿Qué quiere hacerles? Ay, Dios mío. Es capaz de todo. No lo puedo permitir», piensa mientras mueve las manos y los pies para intentar deshacerse de las cuerdas que la mantienen atada. Se hace daño, mucho daño. Le sale sangre, lo sabe, la huele. Nota como la cuerda se le destensa un poco, o puede que solo sea una percepción suya.

—Te he visto guapa como siempre detrás del mostrador de la farmacia. Sí, te he estado espiando. Cuando sales de casa y te vas a trabajar, o cuando llevas a tu chaval a la escuela... Nunca me han gustado los niños, ya lo sabes. Sé lo que comes al mediodía, y con quién... Aquel tipo... tiene una supermoto. ¡Me gusta! Hasta conozco tus vecinos gays. Porque son gays, ¿no? Ya ves. He tenido tiempo para todo. Incluso para diseñar este espacio. ¿A que es bonito?

Capítulo 37

Carla llama a Martí para decirle que Sofía no ha ido a la farmacia por la tarde. De golpe se disparan todas las alarmas.

Martí lo deja todo y se va a reseguir el camino que Sofía acostumbra a hacer cuando va a correr. Mientras, llama a Paula, que enseguida llama a Miquel Montfort, y este a Marina. Martí también se pone en contacto con Andreu, que se compromete a contactar con el inspector Sánchez-Castro, quien llevó el caso del secuestro de Nuria.

Al cabo de una hora, todos están en la sede de la policía de Roses. Martí, nervioso, explica que ya ha realizado el recorrido que hace Sofía normalmente cuando va a correr. Nada sospechoso. Solamente las roderas de un coche cerca del cruce, diversos chicles y papeles en el suelo. Puede que sea el sitio donde la esperaba. Explica todo lo que sabe de Roberto. Andreu queda atónito.

Paula comenta que Montfort ha llamado al abogado de Roberto y que este hace semanas que no sabe nada de su cliente. Solo le ha dicho que se ha trasladado a vivir fuera de Barcelona, y que le comentó que estaba interesado en comprar un apartamento en la Costa Brava. Nada más.

Con todo lo que le han explicado el abogado y la psicóloga, el inspector se hace una idea.

—Pienso que debe de haberla seguido y observado durante un tiempo para conocer su rutina. Un golpe como este no se hace sin planificación previa. Seguramente, la ha cogido por sorpresa, y posiblemente, la ha debido sedar para cogerla y llevársela. De acuerdo, con los datos que tenemos ahora mismo, podría haberse comprado el apartamento. Puede que una casa. Quizá en un sitio un poco apartado o con muy pocos vecinos.

Uno de los agentes se ofrece a hacer llamadas para saber los pisos, apartamentos y casas que se han vendido en los últimos meses. Comenzará por Roses, la zona de Santa Margarida y Empuriabrava.

Han pasado tres horas desde que ha saltado la alerta del posible secuestro de Sofía.

—¿Aún no se sabe nada? —pregunta Nuria por teléfono a Andreu.

—No, querida. ¿Tú sabías que Sofía había sufrido maltrato por parte de su ex?

—No, pero no me extraña. Sabía que en su pasado había algo turbio.

—Además, Nico es fruto de una violación. ¿Te lo imaginas? No podía creerme todo lo que Martí explicaba a los inspectores. ¡Mal nacido!

—¡Dios mío! ¿Y dónde está Nico en estos momentos?

—Con una chica de la farmacia, Carla. De vez en cuando le hace de canguro. No te preocupes por él, está bien. Nuria, no quiero que te preocupes más de la cuenta, ¿me oyes? —le suplica Andreu.

—Sí. Lo procuraré.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, sí. Estoy preparando la cena mientras están haciendo los deberes.

—De acuerdo. Paula y Marina, su psicóloga, vienen hacia aquí. Ya han hablado con los funcionarios de la prisión para tener más información. Marina dice que es un psicópata frío y calculador, y por este motivo cree que va a actuar de forma parecida a como lo hacía antes. Quiero decir como cuando estaba casado con ella.

—Ojalá lo puedan coger a tiempo, antes de que le haga más daño.

—Esto es lo que pretenden. Ahora están investigando las casas y apartamentos que se han alquilado o vendido estos últimos meses, y policías de paisano van por los bares, por si ven a alguien sospechoso. Resulta que antes de violarla se emborrachaba.

—¡No puedo creérmelo!

—Te dejo. Me voy con Martí. Me necesita. Si hay cualquier noticia, te llamo. Te amo mucho.

—Yo también. Cuidaos.

No puede creerse todo lo que Andreu le ha explicado. ¿Cómo puede una persona que dice que te ama poder hacerte tanto daño? No le entra en la cabeza. La conversación la ha dejado un poco angustiada. Los gemelos empiezan a moverse, y debe sentarse un momento para recobrar energía y tranquilizarse.

Mientras la investigación hace su curso, ella está sola e indefensa en una habitación. Roberto la ha dejado tumbada en la cama, atada de manos y pies, y solo con ropa interior. Hay ratos que tiene mucho calor y, otras, un frío que se le cala en los huesos. Ahora, Sofía ya no piensa en ella. No puede dejar de preocuparse por Nico, por Martí y por lo que Roberto es capaz de hacerles.

Debe pensar un plan. Solo puede tener alguna posibilidad si puede quitarse la correa. Busca con la mirada en la habitación. Una cajonera marrón oscuro a un lado con una lámpara abierta. La única luz que tiene en estos instantes. Un espejo al fondo y unos grandes ventanales justo delante, donde en estos momentos ve un cielo negro y las estrellas brillando. Una noche aparentemente tranquila. Pero no ve ni tiene nada cerca que pueda coger. No tiene escapatoria. Puede que si le pide que la libere... pero sabe que no lo hará.

De golpe empiezan a invadirle pensamientos del pasado. Pensamientos que tenía escondidos y casi olvidados. Sabe lo que le espera: Roberto se emborrachará, volverá para violarla y vete a saber qué más. Lo ha visto amargado y con sed de venganza.

Tiene que mantenerse valiente, pero llora por dentro.

Capítulo 38

No habían pasado ni dos días que se habían reunido en casa de Paula, en Olot. Todas, excepto Nuria. No la habían invitado a cenar porque tenían que hablar de los preparativos de la boda. Estaban entusiasmadas ante el encargo de organizar la despedida de soltera de Nuria y su boda con Andreu. Tenían ante sí un montón de trabajo.

En torno a la mesa, y mientras tomaban canapés y montaditos, hicieron dos listas. La primera, para la despedida. Decidieron no dedicarle muchos recursos y centrarse en la boda. Es por eso que optaron por una cena en Figueres, y de esta forma facilitarle el desplazamiento a Nuria. Decidieron que estaría bien encargar la sala pequeña y privada del restaurante Antaviana. Calcularon que serían diez personas como máximo: ellas, su madre y la hermana de Nuria; María y Rosa del despacho y alguna amiga más.

Marie y Gloria se encargarían de llamar y hacer la reserva y también de comprar algunos detalles picantes para reír un rato todas juntas. Seguramente, después acabarían tomando una copa en algún bar de la plaza del Sol.

La segunda lista era para la boda. Esta les llevaría más trabajo.

—Nuria me comentó que nos pasará una lista de invitados. Han hablado de ello con Andreu e intentarán no pasar de ciento cincuenta personas.

—*C'est beaucoup!* —exclama Marie.

—Sí, pero no me extraña. Con el montón de gente que conocen, tampoco es tanto. En el mío fuimos ciento setenta y dos —dice Gloria.

—Pues en el mío, *six* personas.

—¿Solo seis? —pregunta Paula.

—Sí. Paul y *moi*, su hermano, mi madre, mi hermana y el... cómo se dice... el alcalde.

—Una boda íntima. A mí también me gustaría —dice Sofía.

—Vamos, chicas —dice Gloria.

—Además, la boda debe tener lugar en la Escala. Esta es la única condición que han puesto.

Por lo demás, tienen carta blanca. Así, comenzaron la lluvia de ideas. Primero tendrían que decidir dónde se llevaría a cabo. Parecía que sería complicado, pero acordaron, por unanimidad, de hacerlo en cala Montgó, donde los novios se conocieron.

Sería, pues, una ceremonia en la playa. Habían descartado hacerla en el velero, ya que es demasiado pequeño para tanta gente y el acceso es incómodo, especialmente para la novia. Y la comida, en Can Miquel, el lugar de su primer encuentro. ¡Sería genial y emotivo!

Prepararían una boda de tipo ibicenco, invitaciones y decoración marinera, encargarían un menú especial... y lo más importante: tenían que escoger los vestidos.

Decidieron que Sofía y Paula se ocuparían del diseño de las invitaciones y de ir a Can Corredera a ver posibles propuestas de vestidos para los novios, para ellas, para el padrino y para los niños. Gloria y Marie harían el resto: una propuesta de decoración, la prerreserva del restaurante y del menú, y también unas cuantas fotografías de la playa y del entorno para tener una idea de las dimensiones, accesibilidad, movilidad, etc. Más adelante, irían todas juntas para verlo con sus propios ojos. Tenían claro que no se les podía escapar ningún detalle, pues Nuria es su mejor amiga.

Se lo pasaron bien anotando todo lo que se les pasaba por la cabeza, y quedaron en verse dentro de quince días para ir avanzando con la organización. La próxima reunión sería en casa de

Marie, en Port de la Selva. Al final, también acordaron que la despedida de soltera se celebrase quince días antes de la boda.

Capítulo 39

Nuria y los niños cenan, ajenos a lo que sucede. Después de hablar y jugar un rato se van a dormir. Mientras, ella ha dejado lista la cocina y se ha puesto el pijama. Se tumba en el sofá *lounge*, se tapa con una manta y enciende el televisor. Recorre todos los canales; no ponen nada que le interese.

Coge una revista, pero después de ojear unas cuantas páginas, le entra el sueño y cierra los ojos. No quiere irse a la cama, prefiere quedarse un rato más en la sala de estar por si Andreu llama con novedades.

Luego le vienen *flashes* de Roses, de una noche clara y llena de estrellas. Se acerca a la casa del Sr. Alsina. De golpe, ve cómo se abre el portal del garaje y como el hombre baja del coche. El garaje está relativamente oscuro, pero sabe que es él. A la derecha, el ascensor que lleva al estudio. Es un sueño tenebroso, que la asusta. Tiene miedo.

No quiere entrar, pero no puede evitarlo. Ve a Sofía desnuda, atada a la cama de barandas que tanto le había gustado.

—Perfecto —había dicho él cuando se lo enseñó.

Él se acerca hacia Sofía con un cuchillo en la mano. De golpe, se sobresalta. Todo encaja.

No es la primera vez que tiene este tipo de visiones. Son más de la una de la madrugada. Tiene que hablar con Andreu.

Roberto llega a la casa. Sofía siente cómo sube el ascensor. Está muy asustada. Ha llegado el momento que tanto temía. Cuando Roberto abre la puerta de la habitación, a Sofía se le acelera la respiración, a pesar de la voluntad de mantenerse serena, y empieza a temblar de forma evidente.

—Hola —le dice Roberto—. Ya estoy aquí, querida.

Se quita la americana y la deja sobre una silla. Después se acerca a la cama y se sienta, justo a su lado.

—¿Tiemblas? No lo hagas, si yo solo te quiero a ti. Hacerte mía —le dice al oído, dejándole el aliento a alcohol y apartándole los cabellos de la cara.

Los ojos de Sofía la delatan. El miedo está en su interior.

—Me gusta que estés así. Preparada para mí. ¿Quieres que te explique lo que voy a hacerte?

«No», piensa ella. Al contrario, quiere que todo vaya rápido, deprisa, que se acabe pronto.

—Tengo ganas de arrancarte esta ropa interior y después besarte todo el cuerpo. Todo entero. Pondré la lengua, los dedos y todo lo que me venga en gana en todos los agujeros. En todos.

Sofía le gira la cabeza.

—No, amada. No quiero que te gires, quiero que me mires y te lo pases bien, al igual que haré yo. Además, he comprado algunos juguetes. Ya me entiendes. Quiero gozarlo tanto como tú.

No puede soportarlo y empieza a moverse para intentar desatarse. Las bridas le vuelven a cortar las muñecas. El dolor es insoportable, pero no puede dejar de intentarlo.

—Ya sabes que no podrás. Tranquilízate, nena —le dice Roberto al mismo tiempo que le desabrocha el sujetador. ¡No sabes cuánto he deseado hacer esto!

«Para, para. ¡No!», exclama por dentro. Tiene la boca aún tapada con la cinta. Vuelve a

moverse, y Roberto le da un bofetón.

—¡He dicho que pares, nena!

Queda pasmada. Le escuece la mejilla. Le ha hecho daño.

—Lo siento, Sofía. Ya sabes que no me gusta hacerte daño, pero tienes que dejarte hacer y verás cómo te gusta. Ahora te quitaré el tanga y te tocaré. Lo haré suavemente, con delicadeza, ya verás.

Se pone al final de la cama, y le empieza a recorrer el cuerpo con la boca, lamiéndola y besándola. Primero, la parte externa de las piernas y después por dentro, y sube hasta llegar a su sexo. Los ojos le brillan, están llenos de deseo. Con una mano le toca el clítoris, mientras con la otra le coge el pezón.

—¿Verdad que es excitante?

Ella no puede aguantarlo. Le da asco. Aunque ha intentado no pensar en ello, y pensar en Nico y en Martí, no se concentra. Al menos, si estuviera inconsciente y no se enterara de nada... Comienza a moverse otra vez.

—¡He dicho que pares, Sofía! ¿No te das cuenta de que será peor si no colaboras? Sé buena chica.

No puede. Se mueve y se sacude sin parar. Roberto le da unos cuantos tortazos. Sofía queda malparada, pero, aun así, no acaba inconsciente. Empieza a sangrarle la nariz y por la comisura de los labios.

—¿Ves lo que pasa cuando no haces lo que te digo? Yo no quiero hacerte daño. Tú me obligas. Voy a buscar una toalla. Cuando vuelva quiero verte y notarte totalmente dispuesta y sumisa.

Ahora todo le hace daño. No sabe cuánto rato más podrá aguantar.

Roberto vuelve con una toalla húmeda en una mano, y en la otra lleva... «¡No puede ser! Lleva un cuchillo. ¿Qué quiere hacer con un cuchillo?». Se asusta.

Lo deja encima de la cama, cerca de los pies de Sofía. Comienza a limpiarle la cara.

—Me gustaría quitarte esta cinta, pero creo que no va a ser una buena idea.

Vuelve a empezar. Le empieza a besar el cuello y los pechos. Se entretiene en sus pezones. Después vuelve a acariciarle las piernas hasta el clítoris. Le pone un dedo en su sexo. Sofía se muestra indiferente y lejana. Ya nada le importa.

Roberto se baja los pantalones y la penetra. Está en su interior. Ella ya nada puede hacer. Tiene los ojos cerrados mientras él, tumbado encima de ella, no para de embestirla. Sofía ha cedido. Se ha abandonado a su destino.

De pronto, se oye un golpe fuerte y la puerta de la habitación se abre. Roberto coge el cuchillo. Se oye otro golpe. Es un disparo.

Sofía abre los ojos. Después todo va deprisa. La desatan, la tapan con la toalla y unas mantas. Entra Marina.

—¡Marina!

Se abrazan y salen juntas. Roberto está tendido en el suelo, en un charco de sangre. Todo lleno de policías. Afuera está Martí. Lo ve. La ve.

—No quiero que me vea así —le dice al oído.

—Ahora no es el momento, Martí. Me la llevo y te explicaré —le dice Marina.

—Pero...*papillon*...

—No. Ahora no, le vuelve a insistir Marina con una voz más grave.

—Ven, Martí —le dice Andreu—. Ven conmigo. Deja que se vaya con ella. Está bien. Está viva. No te preocupes.

Entra en el coche policial y ve como Sofía se aleja en la ambulancia.

—Inspector Sánchez-Castro, ¿nos puede explicar qué ha sucedido allí dentro? —Pide Andreu.

Capítulo 40

Diez días después, Martí está sentado en el patio de su casa tomándose una cerveza y mirando como Nico se entretiene jugando. Pero ella no está.

Después de la muerte de Roberto y de las pruebas en el hospital, había estado en la sede policial respondiendo las preguntas y cerrando el caso. Después, Marina, su terapeuta, le había propuesto irse unos días a su casa para rehacerse, por un lado, de las heridas físicas, pero también de las emocionales que había sufrido. Ella la cuidaría.

Martí quería estar a su lado. Había hecho lo posible para que fuese así, para abrazarla y decirle que la amaba, y que todo iría bien. Pero ella aún no podía enfrentarse a él. Marina lo llamaba cada día para decirle que Sofía estaba mejor, que iba mejorando y que no se preocupara, que ella la cuidaba.

Había pensado que estarían separados pocos días, pero ya hace más de una semana y está angustiado.

Nico se sienta en su regazo y le regala una de sus sonrisas, mientras le pide por la merienda. Martí coge esta sonrisa como una señal de aliento. La única luz brillante en estos días oscuros ha sido el niño. Han estrechado lazos y puede admitir, sin equivocarse, que lo ama con todo su corazón.

—Pues vamos hacia la cocina. ¿Qué querrás que te prepare?

—Quiero... pan con tomate y jamón.

—¡Muy bien!

Al momento, oye como la puerta principal se abre. Son Andreu y Nuria quienes entran.

—Eh, ¿hay alguien?

—Sí, estamos en la cocina.

—¿Qué tal? ¿Qué tal, Nico? —pregunta Andreu, mientras Nuria le da un beso a Martí.

—Bien. Aquí, preparando la merienda al chaval. ¿Y vosotros?

—Ya ves, grande como una ballena.

—Estás estupenda, Nuria. ¿Verdad que Nuria está estupenda, Nico?

—Sí. Pero tienes una tripa enorme. ¿Están bien los niños? —le pregunta mientras le acaricia el vientre.

—Están muy bien. ¡Son dos torbellinos! Mira, pon la mano aquí. ¿Sientes cómo se mueven?

—¡Sí! ¡Martí, mira, pon la mano! —le dice emocionado.

Martí se acerca y también pone la mano sobre el vientre de Nuria. Al cabo de un momento, con el bocata en la boca, Nico se va hacia el jardín.

—¿Aún no sabes nada? —le pide su hermano.

—No.

—No sufras. Es valiente, ya lo sabes. Y por muy duro que sea lo que ha pasado, saldrá de esta.

—Lo sé, pero querría estar con ella. Ya me entendéis.

—Sí. Lo sabemos.

La ama tanto que sabe que no está preparado para dejarla marchar si así lo decide. Está dispuesto a mostrarle todo lo que siente por ella, y cuando la tenga delante hablarán de todo lo que ha pasado y lo superarán juntos.

Solo han pasado unos minutos cuando oyen llegar un coche.

—¿Quién es? —se pregunta Martí en voz alta, y se dirige hacia la puerta.

Queda plantado cuando la ve. Ella también. Él la mira fijamente. Se la ve pálida y cansada, pero, sobre todo, insegura.

—Hola —le dice mientras se muerde el labio.

—Hola, *papillon*.

—¡Mamá, mamá! —exclama Nico saliendo del patio.

—¡Mi niño! ¡Cuánto te he extrañado!

Le da un beso y no puede reprimir las lágrimas de alegría en volver a acariciar y tener a su hijo en brazos.

—Ayer me llamó. Solo quería saber cómo estabais y si podríamos estar aquí cuando ella llegara. Me dijo que quería darte una sorpresa —le dice Andreu a Martí, al oído.

—Objetivo conseguido.

No puede estar más confuso por su presencia. Contiene las lágrimas y la observa otra vez, intentando decidir qué hacer.

—Si la miras de esta forma, la asustarás, hermanito.

—¿Mirándola, cómo?

—Ya lo sabes. Como si no pudieras decidir si llorar como un niño o abrazarla y comértela a besos hasta la semana que viene.

Después de abrazar a Nuria y Andreu, entran en la casa.

—Creo que necesitáis un rato para hablar. Nosotros nos vamos con Nico al patio.

Cuando se hallan solos, él la mira fijamente, fundiendo sus ojos a los de ella, convencido que si parpadea puede volver a desaparecer. Pero no sabe qué decir. Tiene miedo a meter la pata si abre la boca.

—¿Estás bien, Sofía?

—Sí, a pesar de todo. ¿Te ha sido duro hacerte cargo de Nico, tú solo?

—¡No! Para nada. Nico ha sido lo mejor que me podía pasar esta semana. La verdad es que lo necesitaba. Pero, y tú... ¿cómo estás?

—Bien.

—Si no quieres explicármelo, lo entiendo.

—No. Sí que quiero, pero no sé por dónde empezar.

—¿Te preparo un café con leche y nos sentamos ahí?

—De acuerdo.

Una vez sentados y servidos, Sofía empieza a contarle lo sucedido.

—Marina me acompañó al hospital y me hicieron las pruebas. Roberto no pudo consumar la violación.

—Me lo dijeron.

—¡Estaba tan asustada! Creía que esta vez sería la última. No podía desatarme, aunque lo intenté con todas mis fuerzas.

Martí no puede dejar de acariciarle la mano y no puede evitar que se le humedezcan los ojos. Aún son visibles las marcas de los cortes en las muñecas.

—Después fui a casa de Marina y me ha cuidado como lo hizo mi padre la otra vez. Me ha estado ayudando mucho; es una gran amiga. Su casa ha sido un refugio de paz. Quería estar preparada para venir y saber que tú aún me quieres.

—¡Oh! —exclama mientras se lanza a sus brazos, envolviéndola con fuerza. —¡Oh, Dios mío! ¡Te quiero, *papillon*!

Es todo lo que necesita oír. Las preocupaciones, las angustias, y los miedos de esta última

semana han pasado al olvido.

—Te amo. Tenía tanto miedo a perderte... Me hubiera vuelto loca.

Martí le seca las lágrimas con besos y se da cuenta de que él también llora. Sofía confía en él y tiene fe en su futuro juntos.

—*Papillon...*, quiero que vivamos juntos durante el resto de nuestras vidas. Ven. Tengo una cosa para ti.

La coge de la mano, la lleva hasta el dormitorio y hace que se sienta en la cama. Mientras tanto, él saca una cosa del cajón de la mesita.

—Eres la única mujer que amo. Te he amado desde el primer día que nos vimos. Bueno, el segundo. Sé que estaremos juntos, pase lo que pase. Quiero ser un buen padre para Nico y un buen marido. Por favor, no me dejes nunca. Juntos, siempre —le dice mientras le pone un precioso anillo de oro y diamantes—. Cásate conmigo.

Ella ha abierto los ojos y parpadea para evitar las lágrimas.

—Sí. Quiero casarme contigo —le responde dándole un beso en los labios. Un beso fuerte e intenso.

A los pocos segundos, Sofía empieza a estirarlo de la camisa y a quitarle los pantalones. Él hace lo mismo con ella; quiere tenerla una vez más.

Ella se quita el tanga y separa las piernas para él. No le queda ninguna duda cuando Martí la envuelve con su cuerpo, dejando que su calor y su deseo surjan. «Es mío y yo soy suya», piensa. Cierran los ojos y saborean la sensación del momento.

Martí la besa.

—Es perfecto, *papillon*.

Notan como si sus cuerpos flotaran. Él resbala hacia el interior de ella. Es maravillosa, y por fin, suya. No puede ser más feliz.

—Sentí debilidad por ti desde aquel día que entraste en la cafetería. Creo que, en mi interior, siempre supe que teníamos que estar juntos. Pero estas últimas semanas, mis sentimientos han sido más profundos. Este es mi sueño hecho realidad.

Él se siente igual.

—Y el mío también. Te amo, Sofía. Por siempre. Siempre juntos.

Epílogo

Hace una mañana espléndida y soleada. El día no se podía presentar mejor. Sus amigas se habían encargado de la ceremonia. Lo habían dejado todo en sus manos. Confiaba y quería que fuera una sorpresa.

El día que vio el vestido no pudo contener las lágrimas. Paula había acertado de lleno pues, aún con el vientre que lucía, le sentaba de perlas.

A las once, Martí ya estaba en su casa. «¡Está tan guapo con aquel traje!», piensa. Le ha traído un ramo de rosas amarillas; las que a ella tanto le gustan.

Con ella, está parte de su familia, los compañeros de trabajo —Jordi, María y Rosa, con sus respectivas parejas—, algunas amigas de la escuela y otras de la universidad. En cambio, Paula, Albert, los hijos de Paula, Sofía y Nico, se han ido hace poco.

Los niños de Andreu han pasado la noche con su padre. Será una boda especial y todos están muy ilusionados.

Nuria se irá con Martí en un *Rolls-Royce* de época descapotable, con chófer incluido, que han alquilado para la ocasión.

Andreu no ha podido dormir mucho. Ha pasado parte de la noche en la cubierta pensando y recordando los dos años junto a Nuria. Es la mujer de su vida y tiene claro que será un día especial. No sabe mucho de la boda. Sus amigas lo han llevado todo con mucho secretismo.

Ayer por la tarde había estado con Martí y sus hijos en la peluquería. Después, ya en el velero, habían visto la ropa que las chicas habían preparado.

—Una boda ibicenca —concluye Martí, una vez vestido.

—Ya me lo imaginaba. Aunque dudaba en si me querrían vestir de pirata —bromea—. Ya sabes por qué lo digo.

—Habría estado bien, también.

—Sí, ya me imagino a Nuria vestida de época, a modo de cortesana, con grandes faldas, un buen escote y enaguas.

Sonrieron. Más que nunca, había una total complicidad entre ellos.

—Ya verás qué guapa va a estar con un vestido ibicenco, blanco y ceñido.

—Papá, mírame —le dice Pere.

—¡Qué guapo que está mi chico! ¿A que sí, Martí?

—¡Fantástico! Vas igual que nosotros. ¿Te das cuenta?

—Ostras, sí. ¡Ven, Mar! Llevo un vestido igual que Martí y papá.

—Bueno, papá llevará una chaqueta un poco diferente.

—¡Fiu-fiu! —Silba Andreu—. ¡Qué guapa estás, Mar!

—Ahora ya tenemos una idea de cómo serán los vestidos de las chicas. Quiero decir el de Sofía, Paula, Marie y Gloria, ¿no?

—Quizá. Seguro que serán bonitos, como el de Mar, pero a ella le queda superchulo —le dice mientras le da un beso en la mejilla.

En la playa han instalado sillas en dos hileras, con fundas de color azul marino y lazos blancos, separados y haciendo un pasillo en medio con telas transparentes blancas. Han colocado ánforas, quinqués, y justo donde hay la mesa que hace de altar, un timón de época. Detrás, está

Tritón. Una postal preciosa. Es la estampa que ahora ve Nuria desde el paseo, al fondo de la playa y mientras la cruza en dirección al mar.

Martí la lleva del brazo, y le susurra:

—Fíjate, Nuria. Andreu y los niños están viniendo en la lancha desde el Tritón.

—Es verdad. ¡Qué bonito!

—Esperemos —le propone él—. Andreu tiene que llegar antes que nosotros. Disfruta, Nuria. Es vuestro gran día. ¡Estoy tan contento!

—Yo también. Y los gemelos más. No paran.

—¡Espero que no quieran salir antes de tiempo!

—¡No! Quiero vivir intensamente este día con Andreu y con todos vosotros. ¿Tú sabías algo de esto?

—La verdad es que no. Sofía ha sido una tumba. No me ha querido contar nada, aunque he insistido, créeme.

—¡Me encanta! Quería que fuera una sorpresa y lo está siendo.

Durante toda la mañana, Andreu se ha estado fijando en todos los preparativos que se estaban llevando a cabo en la arena. Le gustaba lo que veía. Las amigas de Nuria estaban haciendo un gran trabajo y todo estaba quedando divino.

Ahora, mientras se dirige hacia la playa con la lancha, ha divisado a Nuria y a Martí al fondo. «Preciosa», murmura.

La ceremonia ha sido muy bonita y entrañable. Los respectivos hijos los han acompañado hasta el altar, y también se han encargado de llevar las alianzas y de leer diferentes textos y poesías.

Después, el ágape en Can Miquel ha estado de lo más exquisito y detallista. Miquel está muy contento. Una historia de amor que había nacido allí, y él había sido testigo de ello.

En todas las mesas había un centro. La base era una fotografía de cala Montgó y, encima, una maqueta del Tritón. También pequeñas caracolas de mar y pétalos de rosas amarillas esparcidos por la mesa.

Al final de la comida, Martí ha tenido ocasión de leer un poema que ha escrito y dedicado a los novios, y que ha hecho que todo el mundo se emocionara, especialmente Andreu, su hermano, a quien incluso ha hecho llorar.

Una de las muchas sorpresas de la boda ha sido que Clara, una amiga de la pareja, les cantase La habanera de cala Montgó, y que luego, Nuria ofreciera su ramo a Sofía.

Todos los presentes se han puesto muy contentos, y se han levantado para brindar, porque ya saben lo que les espera: la llegada de los gemelos y otra boda.

La felicidad ha llegado a la familia Prat. Siempre juntos. Para siempre.

Fin